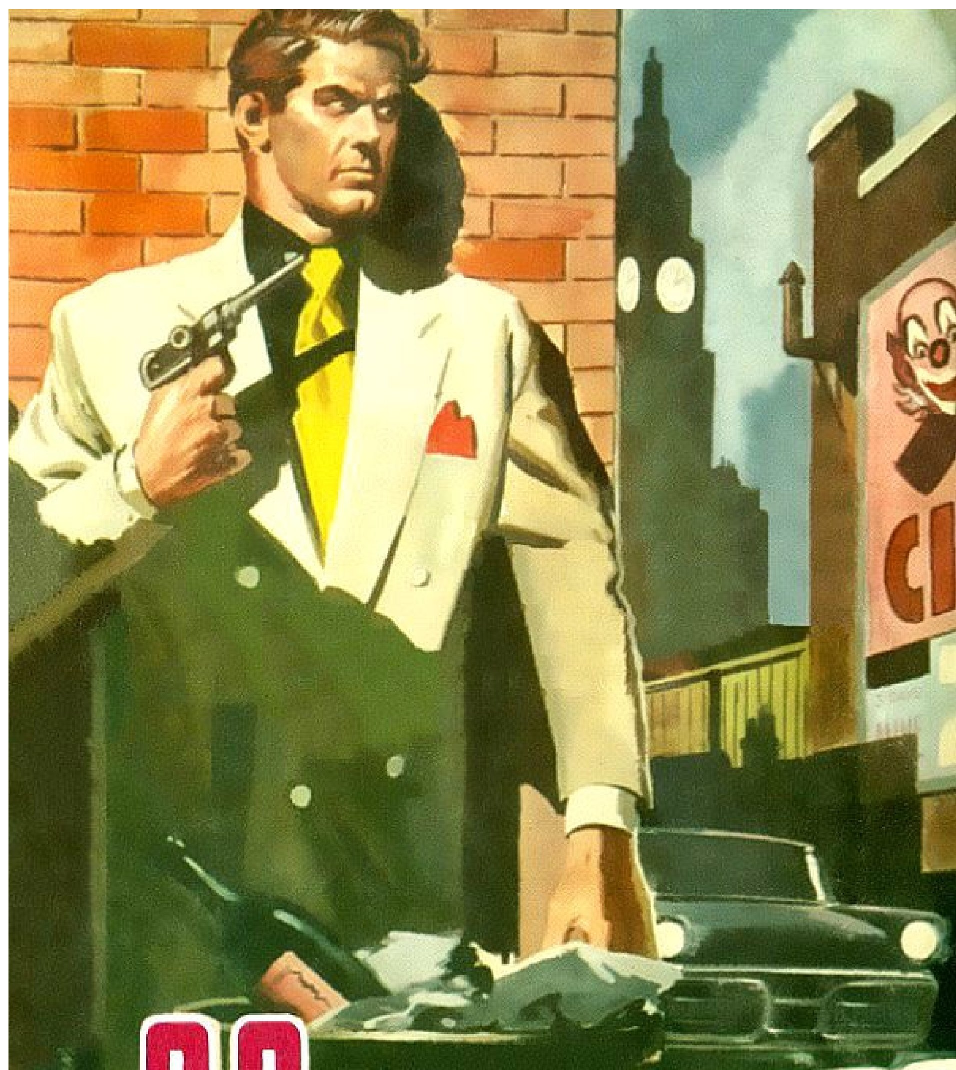


SS
SERVICIO SECRETO

DONALD CURTIS

TRECE HORAS

Eran ya las seis menos cuarto cuando su «Dodge» verde penetró en el amplio aparcamiento del transbordador de la Estatua de la Libertad. Adquirió un billete y subió a bordo.

Soplaba un aire húmedo en la bahía, agitando su liviano traje claro y sus cabellos revueltos, ligeramente adheridos a las sienes por la transpiración.

Se acodó en la borda, viendo alejarse de él los altos edificios de la ciudad. Parecía tan fácil. Como si aquella distancia pudiera ir creciendo, creciendo, poniendo ante él y su destino una infranqueable barrera de agua. Todo un mundo, que ni siquiera Johnny Moran podría salvar, porque fuera de su imperio apenas si era nadie. Y su imperio moría allí donde muriesen los límites de la ciudad de hierro y cemento vertical.



Donald Curtis

Trece horas

Bolsilibros: Servicio Secreto - 449

ePub r1.0
jala y Titivillus 16.12.17

Título original: *Trece horas*
Donald Curtis, 1959

Editores digitales: jala y Titivillus
ePub base r1.2





Donald Curtis

Trece horas

1ª. ED IC I ON

MARZO - 1959

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T 284453 BARCELONA (6)

TRECE HORAS

POR

DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

WADE LASH (Cinco de la tarde)

Alguien había dicho que Wade Lash hubiera hecho carrera en Hollywood.

Acaso no le faltara razón, porque Wade, aparte de ofrecer una sorprendente semejanza con el actor cinematográfico William Holden, poseía su misma elevada estatura, unas facciones enérgicas y atractivas, de duro gesto, en las que brillaban sus grises ojos acerados.

Vestía como un auténtico caballero, aunque estuviera muy lejos de considerarse como tal. Su impecable traje claro, de fino tejido, adaptado a su musculatura y alta figura, la camisa de un color marrón que daba realce al cremoso de la corbata impoluta, todo, en suma, hacía de Wade Lash uno de los más pulcros y arrogantes neoyorquinos de menos de treinta y cinco años. Podía pasar en cualquier punto de la ciudad por un distinguido deportista de la Quinta Avenida o por un *yatchman* de Queens.

Pero Wade Lash distaba mucho de ser cualquiera de esas cosas…

—Las cinco en punto —dijo, mirando la esfera negra y dorada de su reloj de pulsera.

Y el hecho de que fueran las cinco de la tarde, tenía una importancia vital para él, en aquel día precisamente.

—Muchas gracias, señor —respondió la mujer cargada de paquetes que le hiciera la pregunta. Luego se alejó presurosa, Broadway abajo, moviendo sus largas piernas.

Wade la vio partir con expresión pensativa. El hoyo de su barbilla se remarcó, al oprimir duramente sus labios. Abrió la

portezuela del verde «Dodge», y penetró en él, acomodándose ante el volante.

Encendió un cigarrillo antes de ponerlo en marcha a través del denso tráfico de Broadway. Después, en cuanto rugió el motor y rodaron los neumáticos, Wade incrustó sus fríos ojos en el espejo retrovisor.

Un impersonal «Buick» negro se despegó de la acera, como si estuviese unido por un hilo invisible a su «Dodge», y salió tras de él.

Durante un largo trecho permaneció a espaldas suyas, sin despegarse del coche verde.

Cuando el semáforo cambió en rojo, y hubo de frenar Wade frente al cruce con la Calle Cuarenta, el «Buick» se situó a su izquierda, y el joven sosias de William Holden pudo contemplar a su sabor el perfil hierático de los dos ocupantes del coche seguidor.

Ninguno de ellos parecía particularmente interesado en él, pero eso era falso. En realidad, no tenían interés por otra cosa que por su «Dodge», ni por otra persona que la suya.

No eran los primeros. Ni iban a ser los últimos. La red estaba tendida. Una red espesa, tupidísima, que acaso abarcara toda la ciudad. Entre diez millones de habitantes, uno solo, él mismo, era centro vital de una telaraña implacable, destinada a encerrarle sin posibilidad de fuga.

Era una experiencia excitante, pero desoladora. Nadie iba a arrestarle, nadie iba a poner una mano sobre él… Pero el cerco estaba cerrado.

¿Podría salir de él, encontrar una figura, filtrarse por entre su denso sistema? Es lo que iba a intentar ahora.

Cuando cambió la luz y apareció la señal de paso, Wade Lash pisó a fondo el acelerador, lanzándose por una desviación de la Cuarenta en brusco viraje, y a una velocidad muy superior a la autorizada.

En «Buick» no se despegó de su cola ni una pulgada. Wade repitió la maniobra ante tres semáforos con igual resultado negativo. Pero al cuarto, logró salvar el cruce en el momento preciso del cambio a rojo, y ello hizo detenerse, chasqueado, al ocupante del negro coche seguidor, justamente con las gomas delanteras rozando la franja delimitadora del paso de peatones.

Lash sonrió duramente, pero sin humorismo alguno. No había

razón para repicar campanas. Un centinela había sido burlado, sí. Pero ¿cuántos quedaban, dispersos por todos los puntos estratégicos de la ciudad?

Apuró su breve tiempo disponible en dar vueltas y revueltas a las calles, alejándose lo más posible del cruce salvador. Recorrió después varias calles y avenidas, sin que el retrovisor acusara la presencia de ningún «Buick» sospechoso.

Enfiló directamente hacia la carretera de Albany, subiendo por Riverside Park.

El puente de Bronx apareció ante él. Wade pisó los frenos con violencia, haciendo chirriar las gomas en el asfalto. Le rebasaron varios coches, pero Lash no dio muestras de querer seguirlos.

Su aguda mirada, escrutando a través del parabrisas, estaba estudiando la presencia de dos coches, uno a cada extremo del puente. Sus conductores fumaban, asomados a la ventanilla, como si esperasen a alguien sin demasiadas prisas.

Era cierto. Esperaban a un hombre: Wade Lash.

Pequeñas gotas de sudor aparecieron en la frente ensombrecida de Lash. Hizo una rápida maniobra, regresando al interior de Manhattan.

Iba a ser imposible alcanzar punto alguno por carretera, pensó frenéticamente, conduciendo de nuevo a través del tráfico espeso de la ciudad. Las agujas del reloj corrían deprisa. El «Dodge» verde también.

No encontró dificultades en abordar la carretera, amplia y despejada del aeropuerto de La Guardia. Ya de por sí, el detalle le resultó alarmante. No podía imaginarse a Doc Hausman o a Johnny Moran olvidando la vigilancia de los aeropuertos y sus accesos.

Sin embargo, llegó frente al edificio del aeropuerto neoyorquino sin sentirse seguido o abordado. Frenó suavemente, poco antes de llegar al aparcamiento autorizado, y saltó a tierra, avanzando a buen paso hacia las oficinas de las Compañías de navegación aérea, por el sendero de grava lateral.

Alcanzó las puertas vidrieras, grandes y silenciosas. Empujó una de ellas, entrando en la gran nave central, ensordecida por las voces de los locutores, hablando en varios idiomas por los diferentes altavoces.

Buscó con la mirada el despacho de billetes para Europa. La

«BOA» británica, la «TWA» y «Air France» se le ofrecieron, con sugestivos pasquines de lejana geografía. Cualquiera de ellos, sería un refugio, una tabla de salvación.

Dio un par de largos pasos hacia las oficinas.

—Hola, Wade —dijeron tras él.

Lash se volvió. Bruscamente, girando sobre sus talones. Un hombre alto, enjuto y cetrino, le sonrió, bajo la nube azul del humo de un cigarrillo. Sin gesto amenazador, sin intentar nada contra él.

—Me sorprendía que no hubierais pensado en esto —dijo serenamente Wade.

—¿Nos crees tan tontos, Lash? —rió el otro, agitándose con la hilaridad su corbata de franjas verdes, rojas y negras.

Wade no contestó. Miraba ahora a las puertas de acceso a las pistas de despegue. Vio a dos hombres, uno enlutado y otro de impecable traje blanco. Parecían ajenos el uno al otro. Mientras el primero compraba cigarros, el otro leía una revista.

Por allí no iba a salir. Sus ojos se desviaron, brillando de excitación, a la pareja de guardias uniformados que paseaba con indolencia frente a las oficinas aéreas.

—¿Por qué no les llamas? —apuntó el tipo cetrino de corbata chillona, cloqueando entre dientes.

—Tal vez lo haga… cuando no me dejéis otra salida —replicó abruptamente Lash, saliendo del aeropuerto con violencia.

No le siguió nadie. Tras el humo, los ojillos perspicaces del hombrecillo de viva corbata siguieron su camino hacia el coche con total indiferencia. Luego, cambió una breve mirada con los dos individuos de la otra puerta. Ellos asintieron.

Wade Lash no emprendería la fuga por avión.

El regreso a la ciudad fue más sombrío esta vez. Wade sabía que las esperanzas se iban agotando implacablemente. Tierra y aire estaban bloqueados. Quedaba el mar como única escapatoria.

Eran ya las seis menos cuarto cuando su «Dodge» verde penetró en el amplio aparcamiento del transbordador de la Estatua de la Libertad. Adquirió un billete y subió a bordo.

Soplaba un aire húmedo en la bahía, agitando su liviano traje claro y sus cabellos revueltos, ligeramente adheridos a las sienes por la transpiración.

Se acodó en la borda, viendo alejarse de él los altos edificios de

la ciudad. Parecía tan fácil… Como si aquella distancia pudiera ir creciendo, creciendo, poniendo ante él y su destino una infranqueable barrera de agua. Todo un mundo, que ni siquiera Johnny Moran podría salvar, porque fuera de su imperio apenas si era nadie. Y su imperio moría allí donde muriesen los límites de la ciudad de hierro y cemento vertical.

Se volvió, mirando por encima de su hombro, súbitamente electrizado por una sensación de fracaso, de nueva derrota.

Desde el otro extremo del transbordador portuario, alguien le sonrió. Un hombre gordo, pequeño y malicioso, que parecía bailar dentro de su enorme, rugoso traje azul. Un sombrero flexible, con banda de piel de serpiente, cubría su grasienta calva.

Tony Scatto. Tony, el gran amigo de Ginno Rizzoli, su compatriota. La sonrisa tenía veneno, crueldad. Si alguien le odiaba hasta el punto de desear su muerte inmediata, sin esperas, ese alguien era precisamente aquel gordo, adiposo ser repelente: Tony Scatto.

Sólo la orden de Johnny Moran podía mantener aquel compás de espera terrible y angustioso. Las fieras se limitaban a acechar, a impedir que su presa huyese de la jungla. Cuando sonase la hora, caerían sobre ella para despedazarla con ferocidad salvaje.

Wade Lash, a pesar de todo, le devolvió la sonrisa. Con ironía, desafiándole aún. Pero en su interior, el desaliento empezaba a hacer efecto.

Más allá de Scatto, había un hombre cobrizo, ajeno al gordo pistolero de origen italiano. Pero no era tan ajeno. Wade volvió el rostro al mar, dejándoselo azotar por la brisa fría, cortante. Se aproximaba la mole de piedra del monumento a la Libertad.

Una libertad que no era, en modo alguno, la suya. La estatua dejaba de tener simbolismo alguno para él, en esos momentos. El paseo marítimo terminaba allí.

Cuando descendió del transbordador, se limitó a caminar sin rumbo fijo, alrededor del monumento. No entró en él para subir hasta la antorcha, mirador de la alta mole, minimizada por el panorama de los enormes rascacielos, allá al fondo, y después de encender un cigarrillo ante un puesto de artículos de turismo, donde «casualmente» se tropezó con el hombre de tez cobriza, se encaminó hacia el embarcadero nuevamente. Mezclar de con un

grupo de turistas franceses y alemanes, dirigió la vista atrás.

Tony Scatto producía un efecto cómico, al mover sus cortas piernas a una velocidad similar a la utilizada por las largas extremidades de Wade. Pero no tenía nada de cómico para Lash.

Estiró algo más la cabeza, alcanzando a ver al tipo de piel color cobre avanzando en diagonal hacia el embarcadero, adonde llegaría antes que el propio Scatto o que él. Los hombres de Moran sabían hacer las cosas. Siempre lo habían sabido.

Había llegado a unirse a un grupo de curiosas visitantes de la Estatua, cuyo depurado lenguaje indicaba su origen británico. Tan estrechamente confundido con ellos caminaba, que sufrió de pronto un brusco choque, al detenerse uno de los componentes del grupo.

—Oh, perdone… —se excusó rápidamente Wade, volviéndose con viveza.

—Soy yo quien debe excusarse, caballero —le respondieron—. Me detuve de repente y…

Siguieron las excusas, en correcto inglés. Pero Lash no las escuchaba. Estaba mirando a la deliciosa criar tura que se las formulaba con tono cortés y amable. Una linda inglesita, de rojos cabellos, pupilas intensamente jaspeadas y tez nacarina, que salpicaban algunas deliciosas pecas doradas en torno a la graciosa nariz respingona.

Mientras el resto del grupo turístico seguía adelante, permaneció su menuda y esbelta figura plantada frente a Wade Lash, con la expresión ingenua de una colegiala sorprendida en una travesura. Bajo el claro vestido de mezclilla, sus deliciosas curvas se amoldaban al tejido sin procacidad, pero con indudable sugestión. Una radio portátil colgaba en bandolera de su hombro, dentro de una funda roja.

—No se disculpe, porque ha sido torpeza mía —insistió Wade—. Lo cierto es que iba distraído.

—Yo también —sonrió ella, divertida al parecer.

Wade miró de soslayo hacia atrás, descubriendo que Scatto permanecía inmóvil al fondo, como si contemplara, absorto, el perfil pétreo de la Libertad erguida sobre el azul, un azul que empezaba a ensombrecerse. El otro debía de estar ya en el transbordador, esperándole.

Al volverse hacia la muchacha, descubrió que ésta miraba

también curiosamente al gordo latino. Pero varió la expresión en el rostro de la joven, que esbozó una sonrisa poco espontánea. A su vez, buscó con la mirada a su grupo, y los descubrió cerca ya de la pasarela del transbordador. Todos, excepto uno, se mantenían quietos, mirándola como si la aguardasen. La excepción, un hombre alto, canoso y delgado, con una gabardina sobre los hombros, venía hacia ellos con largos pasos.

—Bien, de veras lo lamento, señor —dijo la joven, algo nerviosa —. Me marcho. Mis compañeros se están demorando por mi culpa.

—Yo sigo igual camino —sonrió Lash, echando a andar junto a ella.

Fue por breve tiempo, porque el individuo de la gabardina les alcanzó, inclinóse con fría cortesía ante Lash, y luego miró con expresión severa a la joven.

—Por favor, señorita Goring… El transbordador va a marcharse ahora mismo, y lo perderemos, si usted no se apresura. Ya sabe que disponemos de muy poco tiempo…

—Oh, sí, sí, profesor. Perdóneme —se excusó ella rápidamente —. Es que he tropezado sin querer con este caballero, y…

El llamado «profesor» clavó sus ojos estrechos y grises en Wade Lash. Pareció complacido de su aspecto, le dirigió una sonrisa y un monosílabo cortés, y se alejó apresuradamente con la joven colgada materialmente de su brazo, en tanto que el transbordador hacía sonar su sirena de aviso.

Lash siguió con más calma, estudiando la figura de la muchacha por la espalda. Su cuerpo seguía siendo delicioso, con un encanto femenino arrebatador. Una mujer muy diferente de las que Wade conocía y trataba habitualmente. Acaso por eso le gustaba esa chica.

Alcanzó el grupo de turistas, comenzando a charlar animadamente entre sí todos sus componentes. Desaparecieron después a bordo de la embarcación.

Wade se encogió de hombros, volvióse hacia Scatto y le gritó, burlón:

—¡Vamos, amiguito, a correr un poco!

Se lanzó, en vertiginosa carrera, hacia la pasarela que retiraban, en medio de un largo mugido de aviso definitivo. Sus piernas, elásticas y musculosas, cubrieron la distancia en pocos segundos,

mientras a sus espaldas jadeaba el gordo Scatto.

Brincó, salvando la corta separación del transbordador al islote, y se encontró frente a un empleado de gesto ceñudo.

—Esto no es una travesía atlántica, señor —le recordó irritado—. Podría esperar la salida del próximo, por mucha prisa que tuviera.

Wade dio una breve excusa, y se volvió después hacia la borda. Rió de buen grado, al descubrir la indignada roja faz del gordo, parado en el borde del agua, impotente para seguirle. Le hizo un gesto de burla y se adentró por la cubierta, buscando un asiento.

No vio ni rastro de los turistas, que posiblemente estarían en la proba, gozando del panorama. Pero sí vio al italiano, amigo de Scatto, tan enfurecido como éste. Le hizo un guiño y se sentó, hundiendo las manos en los bolsillos.

Era una venganza infantil, porque aquello no resolvía nada. Seguía vigilado. Y, lo que era peor, todos los accesos a la fuga estaban bien controlados. Una orden de Moran era algo así como un decreto presidencial. Con la ventaja de que las órdenes de Moran no se discutían en ningún Senado. Iban directas a sus hombres.

El experimento de la Estatua era la prueba evidente de que no sólo aeropuertos y carreteras estarían vigilados, sino también muelles, embarcaderos, playas y calas.

Nada se le podía pasar a Doc Hausman, el brazo derecho de Moran, y parte de su cerebro también. La orden era: «Vigilad. Y esperad. Nada más».

Y sabían vigilar. Y esperar… Wade sabía lo que esperaban. Ellos también. Mecánicamente, clavó los ojos en su reloj. Las seis y veintidós minutos. Volaban las manecillas.

Quedaba muy poco tiempo ya. Ni siquiera media jornada. Había perdido una hora y media desde que aquella voz familiar, hueca y metálica como un tubo de acero, le dijera a través del teléfono:

«Son sólo trece horas, Lash. Trece horas las que tienes de vida. No intentes salir de la ciudad, porque fracasarás, y tú lo sabes. Adiós, Wade…».

Después de eso, como queriendo fijar la hora decisiva, aquella mujer de los paquetes le había interpelado al salir de la cabina telefónica:

«Caballero, por favor… ¿Qué hora es?».

Y él había contestado, cuando su reloj marcaba exactamente las cinco.

Ahora, obscureciendo ya la tarde sobre su cabeza, mientras el transbordador cruzaba las aguas de regreso a la ciudad, enorme y férrea prisión de Wade Lash, éste se olvidó de lo que estaba ocurriendo, para recordar el origen de todo aquello.

Tuvo que ser el maldito Doc quien le empujara al desastre aquella noche, al acercarse a él en el club y decirle sencillamente:

—Wade, tú eres el hombre indicado…

CAPÍTULO II

—Wade, tú eres el hombre indicado… —Estaba diciendo Doc Hausman, frío y rígido como siempre, plantado frente a la mesa de bacarrá.

Lash dejó las cartas, mirando con suspicacia a Doc, por entre los rostros inexpresivos de sus compañeros de mesa.

—Estoy ensayando con Murdock, Jeff y Allyn la partida de esta noche —observó secamente—. ¿Puedes abreviar al contarme el chiste?

—No hay chiste —fue la dura respuesta—. Olvídate de la partida, y ven conmigo. Te he dicho que eres tú el elegido.

—Elegido, ¿para qué?

—Lo sabes igual que todos, ¿no es cierto?

Lash apretó los labios, tabaleando sobre el dorso del mazo de cartas.

—Claro. Por eso te lo pregunto, Doc. Eso no es tarea mía. Nunca he matado a nadie.

—Alguna vez había de ser la primera —sonrió Doc. Y si las serpientes sonreían, tenían que hacerlo así, a juicio de Lash.

—Eso es lo que dices tú.

—Eso es lo que dice Moran —cortó fríamente el pequeño, delgado y amarillento hombrecillo de expresión inconmovible, *smoking* negro y pelo lustroso.

—¿Moran? —Wade se puso rígido—. El jefe no puede haber dicho que yo…

—El jefe *ha dicho* que tú te encargues de Dave Dorset.

—¿Ha cambiado la sentencia acaso?

—No. Muerte, Lash. Rizzoli irá contigo.

—Escucha, Doc. Cuando entré en vuestra organización, el propio

Moran me prometió que no haría otro trabajo que jugar, hacer trampas y engañar a todo el mundo cuanto me fuera posible. Nada de sangre, negocios sucios ni matanzas.

—El propio Moran ha dado la orden, Wade. Si no aceptas, díselo a él.

Lash apretó las mandíbulas. Sabía que era imposible hablar con él. Moran estaba fuera del país. El superhombre de los bajos fondos neoyorquinos, el nuevo emperador del hampa, había tenido que abandonar los Estados Unidos, para evitar posibles complicaciones Federales. Pero sus manos seguían empuñando los hilos de la organización, estuviera donde estuviera. Las marionetas bailaban a su son. Y la organización de Moran era todo el bajo mundo de Nueva York. Cientos de ramificaciones, miles de hombres. Una red espiga e inextricable, dominada por un solo hombre: Johnny Moran, el «dictador del crimen».

—Puedo negarme a obedecer, de todos modos —repitió, incisivo.

—Puedes —sonrió Doc—. ¿Y después?

Después, sería él la persona sentenciada… No, no podía negarse.

—Escucha, Doc: si Dave ha hecho algo malo, ejecutadle vosotros.

—Dave Dorset ha traicionado a todos. Su confidencia al
«F. B. I.»
ha provocado la huida de Moran y muchas cosas más. Tiene que morir.

—¿Y he de hacerlo precisamente yo, yo que no soy pistolero, ni asesino a sueldo, ni siquiera un hombre de armas?

—Has sido soldado. Y buen tirador.

—¡Infiernos! ¿Y eso qué tiene que ver, Doc? ¡Dave confía en mí, sabe que no soy ejecutor de sentencias ni nada parecido! ¡Incluso me tiene aprecio!

—Exacto —aprobó suavemente Doc—. ¿Por qué crees que te ha elegido Moran entonces?

Lash se quedó sin habla. Era eso. Dorset, hombre difícil de engañar y de confiarse ante cualquiera, se confiaría con él. Así era de maquiavélico Moran.

—Entiendo —dijo lentamente Wade, inclinando la cabeza sobre el verde tapete. De un manotazo dispersó las cartas, dejando al

descubierto el as de corazones entre ellas—. Lo tengo bien merecido. Tuve que estar loco para meterme en todo esto…

—Moran te sacó de la miseria y del hambre, Lash —le recordó Doc Hausman—. No lo olvides.

—No lo he olvidado nunca. No es fácil que se borren cosas así, Doc. Él me sacó de aquel tugurio del Bowery donde me hundía más y más. Pagó mis deudas, canceló mis problemas judiciales abonando las fianzas reclamadas y defendiéndome de los pequeños delitos que se me imputaban el mejor abogado capaz de hacerse cargo de mi caso. Todo eso se lo agradecí entonces y también ahora. He trabajado para él, y he seguido siendo un pillo redomado, Doc. Ni mejor ni peor que antes. Sólo he cambiado mi ropa sucia y mugrienta del Bowery, por buenos trajes y buenos modos. Pero es el interior el que no se ha limpiado jamás, porque sigo siendo el mismo a quien Moran salvó. Sólo que ahora no me persigue la Ley, ni debo nada a nadie.

—Todo eso cambiaría sin Johnny Moran tras de ti.

—De acuerdo, Doc. Pero también va a cambiar todo mucho si hacéis de mí un pistolero más.

—Lo lamento. Ésa es la orden. Pero si te repugna utilizar el arma contra Dave, puedes dejarle ese aspecto de la cuestión a Rizzoli. Él tiene experiencia. A Moran le basta con que tú hagas tu parte. Y esta consiste en engañar a Dorset y hacerle creer que vas como amigo, a facilitarle la fuga de los Estados Unidos antes de que Moran de con él.

—Dave tiene mujer, Doc. ¿La has olvidado?

—No. Margie no es de las mujeres que se olvidan. Pero contra ella no va nada. Puede utilizar su pasaporte libremente, y salir del país. Moran no se opone a ello. ¿Acaba eso con tus escrúpulos?

—No. Pero la suerte está echada. —Lash estrujó entre sus dedos el as de corazones—. Hay que matar… o morir.

—Y tú… ¿qué eliges? —sonrió Doc Hausman, inclinándose hacia él.

Los dedos de Wade se abrieron, soltando el estrujado corazón rojo, que rodó por el verde suave del tapete. Los ojos de ambos hombres se encontraron, centelleantes.

—Ahí tienes mi respuesta —dijo roncamente Lash—. No me gustaría morir tan joven…

* * *

—¿Estás seguro de que no es una trampa para acribillarnos a balazos, Wade? Lash miró de reojo a su compañero. Denegó, con expresión hosca.

—Dave no es un sucio traidor —dijo.

—Lo ha sido con Moran.

—¿Acaso no se lo merece Moran? —replicó Wade con irritación.

La faz innoble, morena y angulosa, del italoamericano de camisa roja, corbata blanca y absurdo sombrero panamá, se iluminó con una sonrisa ácida, repulsiva.

—Si Doc o el jefe te oyeran decir eso, sería tu pasaporte al infierno —dijo.

—Pero no lo oyen. Y si me entero de que lo saben, será porque te lo oyen a ti. En cuyo caso, sería un placer utilizar ésta en tu cochino cuerpo —y palmeó sordamente la pesada forma que se dibujaba bajo el traje.

—Bueno, Wade, era una broma —sonrió Ginno Rizzoli, torciendo la cara.

—Será mejor para ti que se quede en eso —aconsejó secamente Lash, avanzando por el confortable corredor de espesa alfombra esponjosa, luces indirectas y pulcras puertas con cifras en metal niquelado, centelleante.

Rizzoli parecía perplejo por algo, y lo manifestó antes de llegar al recodo que formaba el pasillo.

—Nunca se me hubiera ocurrido buscar a Dave en este sitio —confesó—. Siempre ha aborrecido los lugares céntricos y lujosos.

—Es justamente lo que pensó él. Por eso se refugió en el mejor edificio de la ciudad, en tanto que vosotros revolvíais todos los vertederos que os son tan familiares.

Rizzoli no dijo nada. Parecía temer a Lash más que a nadie en el mundo, excepción de Moran, el omnipotente.

—Quieto —cortó Wade, frenando de un zarpazo en el hombro a su compañero—. Ahí es.

Se quedaron en el mismo recodo. Frente a ellos, brillaban una letra y dos cifras, sobre el color crema pulimentado de una puerta cerrada:

S-46.

—¿Es tu apartamento? —musitó Rizzoli.

—Sí, hijito —gruñó Wade entre dientes.

—¿Cómo diablos lograste dar con él?

—Utilizando la peor de las traiciones: la amistad. Cuando caiga Dave, no será él sólo quien muera.

—¿Qué quieres decir?

—Habrás enterrado también a Wade Lash, traidor, asesino y cobarde de profesión.

Pero es un mal tipo, y vale más así. No vayas a sus funerales.

Sin esperar a que Ginno comentara nada, Wade avanzó hacia la puerta. Tras él, pero pegado a la pared, de forma que no fuese visto a través de cualquier mirilla abierta en aquella puerta, lo hizo el italiano.

Wade llamó suavemente con los nudillos, en vez de utilizar el timbre. Dio tres golpes secos, cuatro seguidos y otros tres espaciados. Reinó un silencio. Después, la voz de un hombre preguntó desde el interior:

—¿Quién es?

—Soy yo, Dave —respondió con voz seca Lash—. Wade Lash. Abre sin miedo.

Una mirilla circular giró dentro, siendo examinado el corredor y el visitante por un ojo invisible. Rizzoli estaba pegado al muro, a la derecha de la puerta, y no era posible verle desde el interior.

Se cerró la mirilla. Chirrió un cerrojo, sonó una cadena y giró una llave en su cerradura.

Dave no se fiaba mucho. Una voz femenina se escuchó, estridente.

—¡Dave! ¿Es que vas a abrir?

Y su respuesta, segura, concisa:

—No hay nada que temer. Es Wade, nuestro amigo.

Rizzoli sonrió con un guiño jovial a Lash, y éste sintió náuseas. Pero aguantó el tipo al abrir Dave la puerta. Se vio frente a su amigo, y éste le miró por encima de su pistola automática, presta al disparo.

—Hola, Wade —saludó, escrutando recelosamente a espaldas del joven.

—Hola, Dorset —le sonrió Lash—. ¿Puedo entrar?

—Claro. Pasa, muchacho… —Dave, en mangas de camisa, con el

rostro cuidadosamente afeitado, pero hundidas las mejillas por el insomnio y la inquietud, sumidas las pupilas ardientes, que se movían con rápidos giros en sus órbitas, mostrando el temor de su vida actual, bajó su pistola y se hizo a un lado—. Eres el único de quien puedo fiarme en estos momentos, aunque trabajes con Moran. Te aseguro que…

Wade entró. Dorset iba a cerrar, confiado, cuando penetró Rizzoli como lanzado por una catapulta. Su impacto arrojó a un lado a Dave, sin que pudiera cerrar la puerta. Lash desenfundó su automática, encañonando a Dorset sin vacilaciones, y Ginno hizo lo propio, cuando Dorset no había tenido tiempo aún de enmendar la trayectoria de su arma, ahora inútil, pendiendo de su brazo. Los ojos, sorprendidos y cuajados de dolor, se fijaron en Lash.

—¡Suelta esa arma o te acribillo a balazos sin esperar a más, Dorset! —Aúllo Rizzoli, cerrando a sus espaldas de un portazo.

Dave obedeció, atónito aún, con la mirada fija en Lash y no en las dos automáticas provistas de silenciador que apuntaban hacia él.

—¡Wade! —musitó—. ¡Tú… a su favor! ¡No es posible, Wade! ¡No puedes ser tú quien…!

—Lo lamento, Dave. Son órdenes de Moran —dijo secamente Lash.

Un sollozo roto surgió de la puerta del fondo. Rápidamente, Wade dirigió allí su automática, encontrándose con Marge, hermosa y sugestiva dentro de una blusa blanca, ceñida a su busto, una falda a cuadros y una boinita que sentaba bien a su melena rubia. Detrás de ella, sobre una cama, se veía una maleta cerrar da. Y un gabán haciendo juego con sus zapatos y su boina.

—Quieta, Margie —recomendó Wade—. Es mejor para ti. Moran no tiene nada contra la esposa de Dave Dorset.

Los ojos de la mujer fueron a Dave en derechura. Estaban húmedos, dilatados.

—Te lo dije, cariño —musitó—. Te dije… que no te fiaras de nadie. Ni siquiera de Lash… Moran es como el diablo. Compra las almas, juega con ellas a voluntad…

—Menos charla, hijitos —cortó Rizzoli, riendo agudamente—. Esto vamos a terminarlo enseguida. Los vecinos pensarán que son taponazos de champaña… Estos silenciadores son buenos, ¿sabes, Dorset?

—Sí. Moran todo lo hace a conciencia —silabeó, lívido, el hombre sentenciado. Rizzoli volvió a reír.

—Lo siento por ti, Lash —dijo—. Pero eres un sentimental, y eso es malo en nuestro oficio. Despídete de tus buenos amigos, porque voy a darles el pasaje para el extranjero.

El rostro de Wade no se alteró. Estaba mirando a Rizzoli, cuyo índice se movía con nerviosismo en el gatillo.

—¿A los dos? —indagó, muy sereno.

—Claro. ¿Pensaste en serio alguna vez, en que Moran cometiese la tontería de dejar con vida y libre a la mujer de Dave, testigo de su muerte?

—Nunca lo pensé —sonrió Lash—. Moran no comete errores nunca.

—¡Vaya! —Rizzoli se volvió a mirarle, con una sonrisa de admiración—. Eres listo, amigo mío. Y aun así has accedido a acompañarme. Tendré que cambiar mi juicio respecto a ti.

—Sí, cámbialo antes de que sea demasiado tarde, hermano.

El italoamericano notó algo raro en el tono con que fue dicho. Vio de pronto que la automática de Wade le apuntaba directamente a él, no a Dorset o a Margie.

—¡Eh, Wade, fíjate en lo que haces! —chilló—. ¡No hagas una locura o te pesará toda la…!

No pudo continuar. Mientras se enfrentaba con Lash, Dave se había inclinado vivamente, tomando su pistola. Advirtiéndolo con el rabillo del ojo, Rizzoli giró sobre sus talones, dirigiendo el arma hacia la cabeza de su víctima.

Wade disparó antes.

Apretó el gatillo, sonó un *ploof* ahogado…

Rizzoli se retorció, alcanzado en el costado, y logró disparar su automática silenciada, hundiendo un proyectil en la alfombra. Juró entre dientes, mientras su brazo pugnaba por enmendar la puntería y repetir el disparo, esta vez sobre Wade.

Los ladridos estruendosos de la poderosa pistola de Dave Dorset sonaron como dos cañonazos, después de los dos ahogados taponazos de los silenciadores. Los proyectiles perforaron el vientre y pecho de Rizzoli sin compasión.

Saltó epilépticamente el pistolero, como si bailara un grotesco danzón de muerte. Escapó de sus manos la pistola, rodó hasta caer

de bruces sobre la alfombra espesa y blanda, y allí se quedó quieto, ensuciando de rojo el peluche blanco, inmaculado.

—Gracias, Dave —dijo sencillamente Lash, enfundando su pistola con gesto grave.

—¿Gracias a mí? —Dorset sonreía, fieramente, sin dejar de apuntar al caído—. Lash, no sé cómo pagarte lo que…

—Marchándote en el acto —le atajó vivamente Wade. Se volvió hacia ella—. Margie, ¿tenéis todo dispuesto?

—Sí, Wade —habló débilmente la muchacha, bajando los ojos.

—¿Cuándo sale el avión?

—A las once.

—Aun llegáis a tiempo. No encontraréis dificultades, porque Moran cree que vais a morir antes de salir de casa. Doc también lo cree, como lo creía Rizzoli. ¡Vamos, pronto! Os llevaré al aeropuerto.

—¿Y tú?

—Yo tengo que ganar tiempo para vosotros, o tratarían de asesinarnos al hacer alguna escala en territorio americano.

—Hacemos una de madrugada en…

—No digáis nada —cortó Lash—. Es mejor que ignore todo. Os dejaré en el aeropuerto, veré salir el avión, y regresaré para urdir una historia mientras salís de las fronteras.

—¡Pero, Wade, tienes que estar loco para volver! —gimió Dave —. ¡Moran te hará matar en el acto! ¡Nadie se ha atrevido aún a hacer algo así!

—Correré el riesgo —rió Lash duramente—. Vamos, apresuraos. Esos disparos han debido de alarmar a todo el mundo, y disponemos de muy poco tiempo. ¡A la escalera de incendios, vivo!

Corrió Dave a por la maleta. Wade, entretanto, se acercó al cadáver de Rizzoli. Tomó su pistola, caída cerca de la agarrotada mano, y la vació íntegra sobre su rostro, destrozándoselo.

La señora Dorset sollozó, aterrorizada, cubriéndose el rostro con las manos. Wade soltó la pistola y miró complacido la masa informe de aquella cara.

—Eso nos dará algún margen. Dirán que el muerto es Dave Dorset, hasta que se descubran detalles que demuestren lo contrario.

Se encaminó tras Dorset, y al pasar junto a Margie, la rubia le

aferró por un brazo con energía. Wade se encontró junto a una cara pálida y unos bellos ojos húmedos. Le temblaban los labios carnosos.

—Wade, ¿podrás perdonarme alguna vez que dudara de tu lealtad? —musitó.

—Claro, pequeña —rió Lash—. Ahora no hay tiempo para explicaciones, y comprendo perfectamente lo que sentiste. Pero tenía que engañar a ese maldito Rizzoli, que no se fió de mí hasta ver que una vez aquí dentro le seguía el juego…

—Wade, eres un hombre maravilloso —dijo sencillamente la muchacha, besando sus labios fugazmente.

Después, se lanzaron detrás de Dave, que había abierto ya la ventana posterior y les aguardaba, con un pie en la escalera de emergencia.

—Adelante, Dave —dijo Lash en un susurro—. Y te advierto que tu mujer acaba de besarme.

—Es lo menos que mereces —suspiró Dorset—. Si no fuera un hombre, también yo te besaría, Wade.

CAPÍTULO III

Wade terminó de fumar el enésimo cigarrillo, tendido en su cama, con la camisa abrochada y la ventana abierta. Hacía calor, pero aun haciendo frío hubiera sudado lo mismo. Tenía la camisa empapada.

Encendió otro cigarrillo. Y al aspirar la primera bocanada, sonó el timbre.

Lash miró aprensivamente el teléfono, que seguía repiqueteando sobre la mesilla. Por último, descolgó el receptor. Y preguntó, serena la voz, sin un temblor:

—¿Dígame?

—¡Lash! ¿Eres tú?

—Sí, Doc —había reconocido la voz y respondió sin inmutarse. A pesar de ello, su frente se cubrió nuevamente de menudas gotas. Se le crispó la faz—. Soy Wade Lash…

—¡Wade, tienes que venir inmediatamente al club!

—No voy a ir, Doc. Es muy tarde —miró la negra esfera de su reloj. Las cifras de ero marcaban las cinco y media—. Tengo sueño.

—¡Maldito seas! ¡Son órdenes! ¡Preséntate inmediatamente en el club! ¡Estamos todos aquí!

—Te he dicho que no voy a ir. Os espero aquí, en casa. No voy a escaparme.

—¿Es que te has vuelto loco acaso? ¿Qué mil diablos has hecho?

—Parece ser que lo sabéis ya muy bien, ¿no?

—¡Naturalmente, estúpido! ¡No podías engañar a nadie con lo de Rizzoli! ¡Ya se sabe que él no es Dave! Vamos, Lash, te conviene ser sensato, si quieres tener aún una leve esperanza de…

—No hay esperanza ninguna de nada, y tú lo sabes —rió agriamente Lash, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Fumó, nervioso—. A mí no se me engaña, Doc. Sé lo que

me espera. Y estoy tranquilo. No me esconderé de vosotros. Os aguardo. Díselo a Moran, por si le interesa saberlo.

—Moran ya sabe lo ocurrido. Un avión ha cruzado la frontera, camino del Sur. Hizo escala en Miami, a las tres cuarenta de la mañana. Lo supimos demasiado tarde, y ahora ya está lejos de aquí. Es en él donde van ellos, ¿verdad?

—Sois listísimos, Doc. Me admira que Moran y tú no ocupéis la presidencia y vicepresidencia de la Nación. Sí, ahí iban ellos.

—Tampoco tú eres tonto, Lash. Maldito traidor… ¿Prefieres venir o desafías a Moran abiertamente?

—¿Más aún, Doc? —Y con una risita agresiva, Wade colgó el receptor.

Su humorismo desapareció al dejar de hablar con el segundo de la organización. Ya estaba todo decidido. Ahora sería él la pieza a cazar. Esto irritaría a Moran mucho más aún que la traición de Dave. Ésta era más sangrienta y audaz. Además, había muerto Rizzoli. Y él todavía se permitía el lujo de desafiarles.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero repleto de colillas, se acercó a la ventana y respiró hondo, contemplando la calle. Desierta, silenciosa, sin un ser humano próximo.

Cerró la ventana, echó la persiana y luego volvió a la mesilla, tomando la pistola. Comprobó la carga, le quitó el seguro, y luego encendió otro cigarrillo, comenzando a dar paseos por la habitación.

Finalmente, cansado de ese ejercicio, se sentó en la cama, con la mirada fija en la puerta y la mano próxima a su pistola. No ocurrió nada. Transcurrieron las horas. Fuera, clareaba ya intensamente.

Estaba cansado, le dolían los ojos de tenerlos fijos en la hoja de madera, y esa misma fijeza le hacía ver falsos movimientos en el pomo, que continuaba inmóvil.

Se tendió sobre la colcha, entornando los ojos. Ni siquiera se dio cuenta de que se dormía.

* * *

Le despertó un ruido sordo, lejano, prolongado.

Era el mismo ruido de siempre, pero mientras su sueño fue profundo, no llegó a oírlo.

Ahora, la vibración metálica del tendido del ferrocarril que pasaba cerca de su vivienda, logró arrancarle de su sopor.

Wade Lash irguió la cabeza, frotándose con viveza los ojos, para ahuyentar lo más posible el sueño. Después, se incorporó en el lecho, dirigiendo la mirada hacia la mesilla. Continuaba allí la pistola. Y más allá, la puerta herméticamente cerrada.

Pero había más. Algo más, que tensó los nervios de Lash al máximo. Un papel, un reducido rectángulo blanco, introducido por la rendija inferior de la puerta. Yacía allí, sobre el linóleo, a poca distancia de él.

Se puso en pie de un salto, extendió la mano y tomó el papel. Lo desdobló leyendo el texto escrito a máquina, sin firma alguna. Ni hacía falta que la tuviera.

> *«Lash: Esto te dará una prueba de que hemos estado aquí y no hemos pretendido entrar, ni siquiera molestarte. No son ésas las órdenes recibidas. Puedes seguir contándote entre los vivos…, pero por pocas horas, Lash.*
>
> *Si quieres saber concretamente las que tienes de existencia, telefonea hoy, a las cinco en puntó de la tarde. Serás informado. Hasta pronto, Lash».*

Arrugó el texto con irritación. Era peor esa lucha de nervios que enfrentarse a balazo limpio con los pistoleros de Johnny Moran. Todo aquello no hacía sino aumentar la angustia de su situación actual. Era un hombre vivo, pero su vida dependía de los demás. Concretamente, de un hombre: Moran.

Sin embargo, no sentía miedo alguno. Sólo curiosidad por saber lo que iban a hacer ellos…

Por eso había descolgado el receptor de aquel teléfono público a las cinco en punto de la tarde, sabiendo que al otro lado de los cristales de la cabina, un hombre, al volante de un «Buick» negro, vigilaba sus pasos, le seguía como su propia sombra desde que salió de casa.

Marcó el número del club. Se había puesto directamente Doc Hausman. Eso indicaba que le esperaban. A él le bastó decir:

—Soy Wade, Doc.

Y Hausman había contestado con su más amable, correcta voz:

—Te esperaba, Wade. No tienes miedo, ¿verdad?

—Nunca lo he tenido.

—¿Ni siquiera a Johnny Moran?

—Ni siquiera a él.

—Lo celebro. Así la prueba será menos fuerte para ti. Johnny Moran vuelve. Una pausa. Wade Lash, conteniendo el aliento, permaneció silencioso.

—¿No tienes nada que decir? —habló de nuevo Hausman, tras la pausa.

—Nada. Espero lo que tengas que decir *tú*.

—Eres un tipo admirable, lo confieso. —Doc soltó una breve risa —. Pero eso no va a ayudarte ahora. Moran vuelve al país, estará en Nueva York. ¿Y sabes para qué?

—Lo imagino.

—Quiere juzgarte personalmente, Wade. Está furioso. No le importa ya que Dave Dorset y su mujer vivan. Quiere matarte a ti, ejecutar sentencia inmediata en ti, Wade, para escarmiento y ejemplo en su organización. Pero *personalmente*, ante sus propios ojos. Estás sentenciado sin apelación, Wade Lash. Condenado a morir por traición. Y Johnny Moran en persona viene a ver esa sentencia ejecutada. Utiliza un medio secreto para entrar en el país y llegar a Nueva York.

—¿Para qué me dices todo eso, Doc? ¿Esperas que tiemble y pida clemencia?

—Se que no lo harás. Ni tampoco lograrías nada. Eres demasiado inteligente para ignorarlo. Pero quiero decirte lo que te queda de vida. Justamente trece horas.

—¿Trece?

—Sí, Lash. Son las cinco de la tarde. A las seis en punto de la mañana, Johnny Moran estará en Nueva York. *Y tú no puedes salir de la ciudad aunque lo intentes*. Tampoco puedes hallar ayuda en la Ley. Estás libre, pero eres un preso en Nueva York, Wade.

—Muy seguro te sientes de eso.

—Lo estoy. Nadie escapa al cerco, cuando Moran dispone que sea así. No sufrirás daño alguno hasta que Moran esté aquí. Entonces… ¡buen viaje a la eternidad, Lash!

Una risita metálica concluyó la charla. Doc Hausman había

colgado. Wade colgó a su vez. Salió de la cabina…

Doc Husman había tenido razón. No podía abandonar la ciudad. No podía irse a parte alguna del mundo, fuera de aquella maldita selva de agujas de cemento clavadas en el cielo.

Y trece horas eran tan poco tiempo…

* * *

—Hemos llegado a término, señor.

Wade alzó la cabeza. Le sonrió mecánicamente al funcionario y abandonó el transbordador. Sus ojos recorrieron todo el muelle, sin descubrir rastro alguno del grupo de turistas británicos.

Lo lamentó. Era un sedante fijar la vista, siquiera un momento, en una belleza serena, ingenua y dulce como aquella de la damita pelirroja. Pero su abstracción a bordo, evocando todo lo sucedido hasta el momento, le hizo demorarse en exceso.

En cambio, sí descubrió a su eterna sombra, el italiano amigo de Scatto, fumando con indiferencia, apoyadas las espaldas en un poste del muelle. Con paso rápido, se acercó a él. El tipo se puso rígido, estudiándole con recelo. Pareció a punto de hundir una mano en su bolsillo, pero lo pensó mejor y se mantuvo quieto, sin apartar la mirada de Wade, que se plantaba ya ante él.

—Hola —saludó Lash, con toda calma—. ¿Me das fuego, amiguito?

El otro abrió la boca, estupefacto. Iba a responder un exabrupto, pero por último extrajo un encendedor niquelado y prendió fuego al cigarrillo que sostenían los burlones labios de Wade Lash.

—Gracias —musitó éste, expeliendo una densa bocanada de humo. Su fría expresión parecía poner nervioso al otro—. Saluda a Doc, por si no le veo antes de irme al infierno. Y dile que a lo mejor le mando a él por delante.

El otro torció el gesto, sin responder. Lash se alejó, con su elástico paso largo. Obscurecía cuando alcanzó el centro de la ciudad, y la luz artificial iluminaba marquesinas, escaparates y vías urbanas. El tráfico se intensificaba por momentos. Wade recordó que era sábado. No le gustó la idea de tener que morir en domingo.

Todavía llevaba el italiano pegado a sus talones. Mientras su «Dodge» circulaba velozmente por el centro de Manhattan, otro

cochecito, un cupé gris, le seguía a distancia inalterable.

Sintióse cansado de tanto acecho, y se dentro en el tráfico de Broadway, tardando exactamente cinco minutos en deshacerse de su «sombra». Bastaron ocho o diez rápidas maniobras y rozar una prohibición de tráfico, para que el cupé gris dejara de importunarle.

No le divertía en absoluto el juego, pero se echó a reír, frenó en Times Square y adquirió un diario de la noche por pura rutina. Continuó, buscando vías más despejadas camino de Central Park.

Detuvo el automóvil frente a unas vidrieras fuertemente alumbradas, y desplegó el periódico. No le atrajo en absoluto el gran titular de la primera página, anunciando el trágico accidente en los muelles de Nueva York, con una violenta explosión fortuita, que había hundido un buque mercante, varios tinglados y almacenes, y causado numerosas víctimas. A Wade le preocupaban sus propios problemas, no los ajenos, por dolorosos que fueran. Y después de todo, eran ya demasiado frecuentes los sucesos similares, para sufrir por ellos.

Buscó ávidamente noticias sobre lo ocurrido en el apartamento de Dave Dorset. Lo encontró en quinta página, en la columna de sucesos, inmediata a la de espectáculos. Apenas si le concedían importancia:

> *«DUELO ENTRE PISTOLEROS. DAVE DORSET DESAPARECE, DESPUÉS DE MATAR A GINNO RIZZOLI, OTRO FAMOSO TIPO DEL HAMPA, EN UN TRÁGICO CHOQUE ENTRE HAMPONES. SE SUPONE QUE DORSET HUYO AL EXTRANJERO, Y SE CREE TAMBIÉN EN LA POSIBILIDAD DE UN HOMICIDIO EN DEFENSA PROPIA».*

Nada más. Ni una mención a su nombre, ni una referencia a Johnny Moran o a su poderosísima organización. Pero la Policía acaso supiera ya que había un tercer hombre por medio, y que ero tercer hombre era Wade Lash, miembro de la banda de Moran. También lo sabía el propio Moran, y eso era lo único importante.

Iba a arrojar el diario a un lado, reanudando su estéril deambular por la ciudad cercada, cuando algo atrajo su atención.

Esta vez en la columna de espectáculos.

En principio no supo por qué diablos podía atraerle el nombre de «London's Little Theatre», ya que el teatro no era su fuerte, y mucho menos una pequeña formación inglesa. Luego, comprendió que eran los nombres de cabecera en la cartelera anunciada, lo que absorbió mecánicamente su atención. Leyó:

> *«ULTIMAS REPRESENTACIONES DE "LA DAMA VESTIDA DE AZUL". CREACIÓN SENSACIONAL DE ADA GORING Y CLEM RIDGES, CON SU MAGNIFICA FORMACIÓN DE "LONDON'S LITTLE THEATRE". ¡NO SE PIERDA ESTE ACONTECIMIENTO, EN EL ESCENARIO DEL "RIVOLI"!*

Era el nombre de Ada Goring el que le había atraído. Y también el hecho de que fueran ingleses los componentes. Ello coincidía con las personas halladas por la tarde en la Estatua de la Libertad.

Ciar» que todo podía ser una coincidencia, y la dulce pelirroja una persona totalmente ajena a la actriz anunciada en los diarios. Pero…

—Eh, amigo, ¿qué hace usted aquí?

Wade alzó los ojos, sufriendo un ligero sobresalto. Le ocurría siempre que se veía ante un uniforme azul, con la placa de la Metropolitana. Esbozó una sonrisa y manifestó brevemente:

—Leo el periódico.

—¿Sí? —El agente se puso en jarras, haciendo un gesto parecido al del «Lobo Feroz»—. Pues busque un casino. Este aparcamiento está prohibido.

—Oh, perdone. —Wade puso el coche en marcha y respiró aliviado. No le gustaban los tratos con la policía.

Se dirigió directamente al «Rívoli», en la Cuarenta y Siete Oeste. No parecía constituir un gran éxito el espectáculo, porque había entradas en taquilla. Y un rótulo diagonal, sobre los rostros de la cartelera, cubriendo éstos casi por completo: «Esta noche,

despedida».

Wade adquirió una localidad. La fila cuatro era la más próxima al escenario, y la aceptó.

Faltaba todavía una hora para comenzar la representación.

Examinó la cartelera con atención. A pesar de haber cubierto con el inoportuno rótulo las caras de las dos principales figuras, un mechón de rojos cabellos asomaba por encima de la franja azul de papel.

No cabía duda. Una coincidencia más, sería demasiado. Aquélla era la damita del pelo rojo que conociera fugazmente en la Estatua. Sin saber por qué, esa convicción le produjo un curioso júbilo.

¿Por qué deseaba ver de nuevo la carita graciosa, dulce y pecosilla, la figura delicada y femenina? Ni él mismo lo sabía. Pero lo cierto es que lo deseaba. Era la única cosa realmente agradable, en medio de aquella agobiante sensación de acorralamiento, de cerco implacable y amenazador.

A las ocho en punto, comenzaba la representación. Pero Wade no iba a esperar tanto.

Un cuarto de hora antes, estaba ante la puerta de acceso al escenario.

CAPÍTULO IV

—¿La señorita Goring? —El portero le miró desconfiado. Era un hombre recio, ancho y poderoso, de faz simiesca. Posiblemente fuera útil su apariencia física, con algún aficionado excesivamente impetuoso. Y a Wade parecía estudiarle como a tal—. No, no recibe a nadie durante las horas de representación, señor.

—Bien, pero yo soy un amigo suyo —mintió serenamente Wade —. Un buen amigo…

—¿Le ha dado ella una autorización firmada, para venir a visitarla?

—No —admitió Lash—. Ni pensé que fuera necesario.

—Pues debió pensarlo, señor. O pensar ella por usted, ya que si son tan amigos, debiera de estar enterado de que ella conoce perfectamente ese formulismo, de que ella conoce perfectamente ese formulismo.

—¿Y no hay modo de resolver ese pequeño inconveniente? —argumentó Wade. El hombretón movió negativamente la cabeza.

—Ninguno, señor, salvo que ella misma le avalase. Y va a ser difícil, porque ni siquiera está aún en el teatro.

—¿De veras? —Una leve esperanza titiló en el interior de Wade —. Puedo esperarla.

—Pero no aquí, señor —y el portero, nada amable, señaló un expresivo rótulo: «Prohibido estacionarse persona alguna en esta entrada»—. Buenas noches.

Wade respiró hondo. Empezaba a cansarse. Tal vez acabaría borrando la sonrisa de superioridad de aquel simio uniformado, a golpes de puño. Pero no era una solución.

—Gracias —dijo secamente, dando media vuelta. Y se encontró con ella.

Llegaba sola, en tanto que un taxi abandonaba la calzada. Venía cerrando aún su bolso, tras guardar el cambio en él. Miró, con sus ojos jaspeados llenos de sorpresa, hacia el joven erguido ante ella.

—Buenas noches, señorita Goring —saludó rápidamente Wade, mirando por el rabillo del ojo al mastodonte de la puerta, que se había puesto rígido de pronto—. ¿Me recuerda?

—Pues… sí…, sí, creo que sí —dijo ella, tras una breve duda, frunciendo graciosamente su ceño—. ¿No es el caballero de la Estatua de la Libertad?

—El mismo. —Wade respiró hondo, e incluso inició una sonrisa —. Una sorpresa, ¿eh?

—Para usted, a lo que parece, no ha sido así —sonrió ella—. ¿Qué hace aquí? ¿Es que me ha seguido desde allá?

—Ni muchísimo menos, señorita Goring. La casualidad ha puesto en mis manos un periódico, y leí la cartelera. Me pareció recordar que antes la llamaron «señorita Goring» allí, y até cabos. No era difícil en ese caso.

—Veo que para usted no lo fue —evidentemente, a ella le divertía la desenvoltura de Wade Lash—. ¿Le gusta el teatro?

—Me entusiasma —mintió con todo cinismo el joven—. He venido a verla actuar. Pero también deseaba hablar con usted, y ese orangután no me lo permitía…

—El pobre Bruno… —rió de buena gana ella—. Cumple órdenes. Pero ya que tanto interés tiene por el teatro, se lo mostraré por dentro. Venga conmigo. Ahora no le pondrá nadie dificultades.

Wade se apresuró a seguirla. Cruzaron ante Bruno, que se inclinó respetuosamente ante ella, mirando con irritación al visitante. Lash le replicó con un guiño burlón.

El «Rívoli» era un teatro de reducidas dimensiones, como convenía a aquella breve compañía británica, en gira por los Estados Unidos. Un corto corredor conducía al escenario, de dimensiones igualmente escasas, y en torno al cual circulaba una barandilla en el primer piso, con los camerinos de los actores.

Le gustaba caminar al lado de aquella muchachita de rojos cabellos y mirada leal, que taconeaba graciosamente al andar. A medida que ella le refería los detalles internos del local, Wade ni siquiera escuchaba sus palabras. Era su voz cálida, armoniosa y dúctil, de un inglés menos rígido que el de sus compañeros, lo que

le cautivaba.

—… Y éste es mi camerino —terminó ella, parándose ante una puerta sobre la cual destacaba su nombre en letras plateadas—. ¿Complacido ya, señor…?

—Lash, Wade Lash —no había razón para ocultarle su verdadero nombre y no lo hizo.

—Bien, señor Lash, espero haberle complacido. Y al mismo tiempo he podido darme cuenta de una cosa.

—¿Cuál es? —inquirió Lash sonriente, mientras ella abría la puerta y movía la llave de la luz, inundando de blanca claridad el reducido camerino, con su tocador, espejo oval, banqueta, sillas, armario ropero y biombo. Olía a cosméticos, a ropa y a madera vieja.

—Que usted no tiene el menor interés por nada del teatro, ni sabe una palabra de todo esto.

Wade la miró boquiabierto. Esperaba hallarse con un gesto duro, enfadado, tras ese rapapolvo, y se tropezó con una sonrisa animada, burlona. No tuvo otro remedio que inclinar la cabeza y asentir.

—Me confieso ante usted —admitió—. Soy un profano en el teatro. Jamás he visto a una actriz, de lejos o de cerca, con la excepción de alguna de Hollywood, aunque alguien ha dicho que aquéllas no son actrices, y tal vez tenga razón.



—¿A qué ha venido, entonces, señor Lash?

—¿A qué ha venido entonces, señor Lash?

—A verla a usted.

—¿De veras? —Se paró en mitad del camerino—. Pues bien, ya me ha visto. ¿Y ahora?

—Seguiré viéndola, desde el patio de butacas. Tengo localidad para esta noche.

—Ha hecho mal. Se aburrirá soberanamente. La comedia es desastrosa, y nosotros lo hacemos bastante mal. Pero como es profano, tal vez no lo descubra muy bien.

—Creí que era una formación perfecta, representando al teatro inglés…

—Sí, pero… —vaciló, a punto de decir algo. No lo dijo, y Wade no supo si porque lo pensó mejor o por el zumbido sordo de un timbre que repitió dos veces su llamada. Ella, ni corta ni perezosa, comenzó a desabotonar su vestido. ¿Oye eso?

—Sí.

—Es el segundo aviso. Quiere decir que dentro de cinco minutos se levanta el telón.

Discúlpeme, señor Lash, pero he de cambiarme rápidamente…

Se encaminaba al biombo con paso rápido. Wade hizo acción de salir, procurando no mirar cómo concluía ella de desabrochar su vestido.

—Perdone. Ya la he molestado bastante —se excusó Wade.

—No, no se vaya aún —pidió ella, ya detrás del biombo—. Estoy enseguida.

Wade, sorprendido por la petición, se paró cerca de la puerta. Vio caer el vestido sobre la parte superior del biombo. Después, una prenda íntima. Contuvo la respiración.

—¿Está segura de que no será mejor que me marche? —insistió, confuso.

—No hay razón para ello. Pero si quiere irse, allá usted.

Wade no se fue. Un minuto más tarde reaparecía Ada Goring. Wade se quedó sin respiración otra vez.

El traje azul, de un azul brillante, deslumbrador, era el más ceñido, audaz y, al mismo tiempo, suntuoso, que viera jamás. Ni siquiera las chicas de Johnny Moran habían lucido jamás una «soirée» semejante. Y, desde luego, ninguna de ellas poseía los encantos físicos de esta inglesita pelirroja y sencilla, que ofrecía ahora la esplendidez de su figura de forma insospechada por completo.

Ella se echó a reír, cruzando ante él, con suave contoneo de caderas, y se sentó ante el tocador. El espejo, al inclinarse ella, reflejó la belleza de sus hombros y la gracia de su escote turbador.

—¿Le sorprende? —inquirió—. Pues esto le dará idea de lo que

es el teatro. No siempre somos la misma persona dentro y fuera del escenario.

—¿Cuál de las dos es usted? —se interesó Wade, fascinado, dando unos pasos hacia ella.

—No lo sé —rió Ada Goring—. Es más sugestivo que usted se lo imagine sin ayudas.

—No hace falta mucha imaginación para descubrir su verdadera personalidad. Yo creo…

Se detuvo. Volvióse ligeramente, al tiempo que Ada miraba a través del espejo hacia la puerta del camerino. Habían golpeado con los nudillos suavemente.

—¡Adelante! —invitó ella, algo seca la voz.

Abrióse la hoja de madera. Asomó un hombre por ella. Un hombre moreno y recio, que se quedó sorprendido al ver allí al visitante. Miró en silencio a Wade. Luego a Ada.

—Por favor, dese prisa —la apremió—. El profesor teme que se retrase usted si levanta puntualmente el telón…

—No tema por mí, Gallagher. Diga al profesor que puede ser puntual. Yo nunca llego tarde.

—Está bien, Ada —dirigió una nueva mirada poco amistosa a Wade, y cerró tras sí. Cuando Wade miró a la joven, estaba ya maquillándose, rápida y expertamente.

—Me temo que ahora sí estorbo —dijo Lash—. ¿Quién es el profesor?

—Nuestro director, Claude Robertson, profesor de Arte Dramático en la *Dramatic High School* de Londres. Usted le vio esta tarde en la Estatua, ¿no es cierto?

—Sí, creo recordarlo —asintió Wade—. Entonces pensé si sería un sabio o cosa así.

—Lo es, en su especialidad —sonrió ella—. Un gran hombre de teatro, sin duda. Algo raro, pero inteligente y agudo. Él y Graves, el primer actor, son los elementos más antiguos de esta Compañía. Gallagher, a quien acaba de ver usted, es el regidor de escena. ¿Le parece complicado nuestro mundo?

—Mucho más que el mío —asintió Wade.

—¿Cuál es el suyo, señor Lash? —Curioseó ella, trazando sombras azules en sus ojos. Iba a ser una mujer diferente la que saliese a escena poco después. Aquel rostro, unido al traje azul que

se adhería a su cuerpo y resbalaba en los hombros, daban una Ada Goring desconocida.

—Uno muy aburrido. Soy gerente de un club social —mintió Wade sin pestañear.

—Oh, me gustaría conocer su club.

—Me temo que no iba a gustarle… —consultó su reloj, algo nervioso—. Bien, la dejo ya.

Son las ocho menos cinco minutos. Tiene el tiempo justo. La veré desde la platea.

—De acuerdo —le miró por el espejo, y sus ojos tenían una extraña profundidad al brillar entre rasgos de intenso azul—. Espere un momento aún. ¿Piensa entrar después a felicitarme o a confesar que estoy detestable en la comedia?

—Por supuesto… si el gorila de la puerta me lo permite.

—De eso se trata —tomó un lapicero rojo de encima del tocador y arrancó un papel de un pequeño librito de notas. Lo plegó, escribiendo en él. Luego firmó.

—Éste es su «Ábrete, Sésamo» —dijo, poniéndose graciosamente en pie y doblando el papelito, que introdujo en el bolsillo superior de la americana de Wade—. Hasta luego, señor Lash.

—Hasta luego… y gracias —sonrió Wade, mirándola directamente a los ojos.

Salió, cerrando la puerta tras sí. Dejó a Ada de espaldas a él. Lo último que vio de ella fueron sus blancos y redondos hombros desnudos, el azul violento de su traje, naciendo poco más arriba de la cintura en su escotada espalda.

Suspiró. Ada Goring no era así. Iba a interpretar un papel. Pero era hermosísima. Mucho más que en la primera impresión. Miró abajo. El hombre moreno y recio, Gallagher, levantaba la cabeza, mirándole a él. Llevaba un libreto en la mano y ordenaba detalles de utillería que iban a jugar en escena.

Echó a andar en busca de la escalera. Para ello hubo de cruzar ante un camerino rotulado con el nombre de *Clem Ridges*. Era el inmediato a Ada. Al pasar él, la puerta se abrió. Encontróse frente a un guapo mozo, atlético y rubio, vestido de impecable *smoking*. Iba a salir al pasillo cuando descubrió a Wade, y pareció cortado. Los agudos ojos del joven captaron unas nubecillas de humo dentro del camerino de Ridges… y unas bellas extremidades femeninas

envueltas en nylon, con zapatos de color rojo y alto tacón. La puerta semiabierta que sujetaba el bello rubio no permitía llegar más que hasta las rodillas, aunque evidentemente la falda iba más allá. No captó más. Ni el rostro, ni el resto de la figura.

—¿Me busca a mí tal vez, señor? —interrogó, en un inglés académico.

—Oh, no. He visitado a otra persona, señor Ridges —respondió Wade.

El otro pareció sorprendido de oírse llamar así. Miró entonces al rótulo de la puerta y entendió. Su sonrisa era estudiada y artificial como todo él.

—Comprendo —dijo afectadamente—. Perdone, caballero.

Y cerró bruscamente la puerta, al descubrir que los ojos de Wade se fijaban en el interior de su camerino.

Lash se encogió de hombros y siguió adelante. Antes de alcanzar la salida del escenario, vio al llamado profesor Robertson, aquel hombre alto, enjuto y severo, dando órdenes a un joven actor muy maquillado, de rostro femenil y ademanes ridículos. Wade descubrió en sus gestos el dominio innato en quien está habituado a mandar y a ser obedecido.

Luego salió del escenario. Unos minutos después se sentaba en su butaca, se encendían las candilejas, y al apagarse la luz de la sala, subió lentamente el telón.

* * *

Ada tenía razón. La comedia era mala, los actores deficientes, y todo en general presentaba un tono mediocre, indigno de una formación de prestigio. Wade no entendía mucho de teatro, pero aquello era malo, sin la menor duda. Y aburrido. Excepto Ridges, todos los demás eran como aficionados. Ada no aparecía aún.

Cansado de soportar las tediosas escenas y el diálogo, dicho en un inglés ampuloso y académico, Wade se dedicó a contemplar al resto del público, tan aburrido como él mismo. Era escaso y poco entusiasta. Lash se cansó pronto de eso también. Arriba, seguían hablando sin freno, y Ada sin aparecer.

Estudió el reparto. Aquel tipejo femenil, que pretendía tener gracia sin hacer sonreír a nadie, se llamaba Dicky Carson según los

programas. Los demás componentes de la compañía eran Dennis Campbell, Norman Eaton y una mujer, Shere Grant, que suplía sus deficiencias interpretativas con una exhibición en *maillot* digna de un vodevil. Por otro lado, la morena Shree Grant, era todo un monumento digno de tal exhibición. Pero nada más.

También de ojear el programa se cansó. «La dama vestida de azul» tardaba en salir. Y los restantes cinco elementos que deambulaban por escena, eran insoportables de todo punto.

Dobló el programa entre sus dedos nerviosos, y lo guardó en el bolsillo. Esto le recordó el papel firmado por Ada, que le había dejado en el bolsillo superior de la chaqueta.

Hurgó tras el pañuelo que asomaba por allí sus puntas, y extrajo el papelito. Lo desdobló, esforzando la vista a la luz del escenario. La roja mina del lápiz había trazado dos líneas y una firma. Pero ni una cosa ni otra eran lo que él esperaba ver.

Estupefacto, leyó:

> *«Por favor, no vuelva a entrar. Espéreme después de la función en la esquina de la Calle Cuarenta y Uno y la Sexta Avenida. Es muy importante que lo haga así. Se lo ruego encarecidamente. Gracias».*

Wade frunció el ceño, asombrado. Aquello no tenía sentido. Levantó los ojos hacia el escenario. Un personaje, vestido de mayordomo, anunciaba en este momento, erguido en la puerta del foro:

—La señora Diana Carrell.

«Diana Carrell» era el nombre, según los programas, de «la dama de azul». De Ada Goring, en concreto.

Wade apartó con trabajo su atención del extraño mensaje, atraído por el violento, fulgurante azul de aquel traje. Los pliegues se enredaban en torno a los altos zapatos plateados, se ceñía la tela azul a las curvas de una figura espléndida, que remataba la llamarada roja de los cabellos.

Pero un sudor helado cubrió súbitamente la piel de Wade Lash al clavar los ojos en el rostro de «la dama de azul».

Porque exceptuando aquel traje y aquel cabello, nada en ella

recordaba a Ada Goring en absoluto. Y no por causa de un perfecto maquillaje, sino porque…

¡Aquella mujer no era Ada Goring!

CAPÍTULO V

Durante unos momentos, y mientras en escena continuaba el diálogo insulso, ahora con la presencia de la heroína, que no lograba prestar fluidez alguna a la situación, ya que resultaba tan floja actriz como los demás, Wade Lash se mantuvo quieto en la butaca, tratando de encontrarle algún sentido a todo aquello.

No cabía más que una explicación: por indisposición de la joven, otra había pasado a substituirla. Y temiendo que el escaso público reunido desertara, no se habían preocupado de advertirlo.

En ese caso, el desconcertante mensaje de Ada dejaba de tener validez. Wade lo entendía así, al menos. Se puso en pie, se disculpó, saliendo de la fila, y emprendió rápida marcha, pasillo arriba, hasta abandonar la sala.

Desde el escenario, los ojillos del actor con ademanes femeniles, le siguieron astutamente hasta desaparecer. Luego, musitó algo al que tenía situado más cerca. Pero todo eso ya no podía advertirlo Wade.

En la puerta del escenario, Bruno irguió sus seis pies largos de estatura, apoyados por un peso superior a las doscientas libras, y frunció terriblemente su duro ceño.

—¿Qué mil diablos busca ahora, señor? —preguntó torvamente —. Están actuando y…

—Tengo que entrar —dijo con aspereza Wade—. Ya sabe que soy amigo de ella.

—Yo no sé nada —se engalló el mastodonte, irritado—. Si trae un permiso escrito, autorizándole a entrar, entrará. Si no, lárguese antes de que me enfade.

—Aquí está el permiso —dijo Lash, tendiéndole el papel escrito.

Bruno estiró una zarpa velluda para tomarlo. Rápidamente,

Wade disparó su puño izquierdo, alcanzando de lleno el mentón de Bruno.

Rugió furiosamente el portero, empujado por el violento mazazo. Wade guardó el papel y, rápido, avanzó sobre el hombretón, sin preocuparle la diferencia de peso entre ambos. Le aplicó un directo al hígado, doblándole con un rictus de dolor. Pero era un tipo fornido, resistente, y encajó bien el golpe, replicando con dos mazazos que tocaron ligeramente a Wade, pese a sus veloces fintas.

Se tambaleó el joven, y Bruno pasó al ataque, brillantes los ojos de ira. Sus puños velludos buscaron afanosamente el rostro y el estómago de Lash. Encontró el primero, pero el antebrazo del joven cubrió el segundo.

A su vez Wade se rehízo del campanilleo que vibró en sus sienes al recibir el golpe en pleno rostro, y dejó acercar más a Bruno. El simiesco individuo bajó la cabeza, enarbolando sus puños para aprovechar la ligera ventaja y derribar al contrario.

Le fallaron los cálculos. El contrario desniveló rápidamente la situación al levantar su rodilla, que se estrelló, con crujido de huesos, en el mentón de Bruno. El infeliz brincó hacia atrás, martilleado por el puño derecho de Lash, y cuando el izquierdo logró alcanzarle en el vientre, de nuevo el otro se elevó, proyectándole hacia lo alto al chocar con su rostro, y derribándolo aparatosamente contra el muro.

Sin detenerse a más, Wade empujó la puerta y entró en el escenario.

Atravesó el breve corredor a la carrera, ascendió las escaleras ágilmente, y en el piso superior se encontró con Gallagher, el regidor, que pretendió sujetarle.

—Eh, oiga, ¿a dónde va? —le interpeló agudamente—. Están actuando y no se puede…

Wade le apartó de un empujón y siguió adelante. Se paró frente a la puerta de Ada Goring. La abrió de un empujón. Se quedó plantado allí, mirando el pequeño cuarto, tal como lo había dejado poco antes. Brillaban las luces, los objetos conservaban su misma posición… Hasta el traje de mezclilla estaba sobre el biombo, y la prenda interior de nylon rosa a su lado.

Gallagher llegó tras él, jadeante. Su rostro moreno aparecía

húmedo por el sudor. Le puso una mano en el brazo, hablando con rapidez:

—¡No puede entrar ahí! —chilló—. ¡Le prohíbo que…!

—¡Soy yo quien le prohíbe ponerme la mano encima! —Se revolvió Lash, con energía, clavando en él una mirada llameante—. ¡Quiero ver a Ada Goring!

—Está en escena, señor…

—¡Mentira! ¡La mujer que está en escena no es Ada Goring!

Abajo sonaron aplausos, subió y bajó el telón. Luego se hizo el silencio. Gallagher parecía asombrado de algo. Miraba con recelo a Wade.

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó lentamente.

—¡Bien sabe usted que Ada Goring no ha salido hoy a trabajar! ¡Esa mujer es una impostora, no la que yo quiero ver!

—¿Qué es lo que ocurre ahí? —clamó una voz metálica, potente, desde el escenario—. ¿No saben que está prohibido gritar aquí dentro?

Gallagher se volvió, asomando por la barandilla con aire contrito.

—Lo lamento, profesor —replicó—. Pero hay un hombre que dice cosas extrañas y se comporta como un demente. Asegura que Ada Goring no es la que está trabajando.

—¿Que yo no soy Ada Goring? —añadió una voz jovial, vivaz, soltando después una carcajada—. ¿Quién es ese curioso personaje, Gallagher?

Wade Lash se quedó mirando de hito en hito a todos cuantos permanecían abajo en grupo, con la vista fija en él. Ni corto ni perezoso, Lash apoyó las manos en la barandilla y brincó.

Su ágil cuerpo cayó sobre el escenario, flexionadas las rodillas, y se encaró con todos, endurecida la expresión.

—¡Ustedes saben que ella no es Ada Goring! —señalaba directamente a la pelirroja del traje azul, cuyo rostro maquillado era sensual y anguloso, no oval y dulce como el de la otra muchacha—. ¡Son sus compañeros, conviven con ella a diario! ¡Y ni siquiera se parecen entre sí! ¡Por lo tanto no van a convencerme de lo que no es! Pero comprendo sus razones. Si lo que buscan es mantener al público ignorante de la substitución, no seré yo quien estropee sus planes. Sin embargo, les ruego me permitan ver a la

verdadera Ada Goring.

El profesor avanzó hacia él, estudiándole con sus grises ojos inteligentes.

—Evidentemente, mi querido señor, sufre usted un serio error, incomprensible para mí. Ada Goring es, ha sido y será siempre la misma persona que está ahora aquí. Es nuestra primera actriz desde hace dos años, todos la conocemos y tratamos día a día.

¿Y pretende usted decirnos que ella *no es* Ada Goring?

Hubo risas generales. Wade les miró con asombro, con incredulidad. Luego se dirigió en derechura a la pelirroja, que le miraba con aire de burla en sus ojos azules y que, en desafío, adelantó su busto al verle venir. La tela azul se tensó, agresiva.

—¿Afirma usted ser la legítima, la verdadera Ada Goring? —preguntó tajante.

—Sí.

—¿Sería capaz de afirmar eso mismo ante la policía?

Ella no se inmutó. Parecía asombrada de su osadía, pero nada más.

—Naturalmente, señor. Y ante cualquier otra persona. ¿Por qué no?

—¡Porque usted no es la que dice ser! ¡Porque la verdadera Ada Goring era la muchacha que estaba hoy en la Estatua de la Libertad, la que entró conmigo en el teatro poco antes de comenzar la función, la que charló en su camerino conmigo mientras se vestía y maquillaba!

—Tiene que estar loco, señor, y perdone lo duro de mi opinión —replicó ella—. Pero yo he estado, efectivamente, en la Estatua de la Libertad, como ayer estuve en el Empire State, en el City Hall, y anteriormente en los astilleros de Brooklyn o en el Museo Whitney, admirando el moderno arte americano. Soy Ada Goring, no le conozco a usted de nada ni jamás le vi antes de ahora. ¿Es eso suficiente? Pues en ese caso haga el favor de marcharse. Y si no me cree, avise a la policía y asunto concluido. Ahora, buenas noches.

Pasó por su lado, dejando una intensa vaharada de perfume, y subió las escaleras.

Wade se encaró con el severo rostro del profesor Robertson.

—Profesor, todo esto me parece un completo despropósito… —comenzó.

—¡Y a mí también, señor! —replicó fríamente el director de escena.

—¡Pero insisto en que yo he visto a otra persona, a una mujer diferente, a quien todos ustedes llamaban señorita Goring! —Se volvió hacia Gallagher, que no bajó la vista—. ¡Usted la avisó para ir a escena!

—Naturalmente. Siempre lo hago. Pero usted no estorba, ni había otra persona que la propia Ada. Podría no recordarle a usted, pero no me dirá que voy a confundir a Ada con otra mujer.

Wade miró ahora al rubio, arrogante galán. Clem Ridges enarcó una ceja, poniéndose interesante. Pero sus ojos eran opacos, inexpresivos.

—¡Usted, usted es compañero de Ada! ¡Ella me habló de que es de los más veteranos en esta formación! ¿Me asegura formalmente que esa mujer es Ada Goring?

—No conozco otra. Llevo dos años trabajando con ella —dijo vagamente el otro, como si sus palabras fueran simples sonidos grabados y reproducidos mecánicamente.

—¡Pero si no es posible! —Wade empezaba a sentir vacilar su propia razón—. No sé por qué motivo, todos ustedes me engañan… ¡Y no lo entiendo, no lo entiendo!

Todos los rostros le ofrecieron su gesto de total asombro.

—Ahora, señor, ¿quiere salir y dejarnos en paz con sus fantasías? —pidió Robertson, con un tono tan apático y frío como el de Bridges—. Todo esto es ridículo, absurdo…

Sí, era ridículo. Y absurdo de pies a cabeza, eso era Wade el primero en reconocerlo.

Pero si los demás se conformaban con eso, él no. Tenía que haber una explicación. Él no estaba loco. No había visto visiones ni hablado con fantasmas, sino con seres reales, de carne y hueso. Era un hombre consciente, frío y cerebral cuando convenía. Ahora tenía que serlo.

La reacción natural era seguir gritando, jurar y perjurar, recurrir a mil argumentos. Pero era inútil, lo sabía. Presentía que nada iba a lograr con ello.

Su repentina aquiescencia sonó a inquietante.

—Está bien, señores. Les ruego me perdonen —dijo brevemente —. Tal vez he bebido más de la cuenta. Les agradeceré acepten mis

disculpas.

—Está disculpado —dijo el profesor, con su tono monocorde.

—Por mí también —asintió Ridges, igualmente mecánico, perdida la mirada.

Wade les estudió a ambos con brevedad. La aceptación de Gallagher sonó más cálida.

También la de los demás, en cuyos rostros llegaron a aparecer sonrisas. Se encaminó Lash a la salida. De pronto, ya junto a la escalera, decidió:

—Oh, sobre todo he de disculparme ante la señorita. Y comenzó a subir, de dos en dos, los escalones.

—No es preciso, no tiene que subir usted a… —comentó vivamente Gallagher.

Pero algo tardío, ya que Wade Lash estaba arriba, sin hacerle gran caso, y se encaminaba al camerino de Ada Goring. Por la puerta de salida apareció Bruno, inyectados los ojos en sangre, con el labio partido, un hilo de sangre seca y el uniforme lleno de polvo.

—¿Dónde está ese maldito hijo de perra? —rugió, buscando por doquier. Gallagher se volvió con viveza. Fue el primero en llegar a Bruno y cortar en seco.

—Quieto. Está arriba ahora. No haga nada.

—Me pegó… Me cogió por sorpresa y me dio una paliza el muy…

—Bueno, bueno —apaciguó Gallagher—. Deje eso ahora. Ese tipo se va a marchar. No liemos las cosas, Bruno. No quiero altercados en el teatro…

Wade empujó la puerta de golpe. La supuesta Ada Goring dio un gritito, apresurándose a subir con viveza el traje azul del que se estaba despojando. Cubriendo deficientemente su cuerpo, volvióse y miró a Wade, centelleando sus ojos celestes.

—¡Fuera de aquí! —jadeó—. ¡Es usted un inoportuno!

—Perdone. —Lash clavaba en ella las pupilas, de metálico brillo. Se fijaba en el rostro maquillado, anguloso, de labios viciosamente contraídos—. He subido a disculparme. Creo que cometí un error, señorita Goring.

Evidentemente el rostro femenino expresó alivio.

—Eso está mejor, muchacho —dijo, con una sonrisa melosa—. Todos podemos equivocamos en la vida, ¿no le parece?

—Claro —admitió Vade, muy convencido. Su mirada resbaló por el camerino, distinguió unos zapatos rojos caídos junto al tocador. Sobre éste aún aparecían el pequeño librito de notas, el lápiz encamado. Rápido, avanzó sobre el tocador. Ante el estupor de la semivestida pelirroja, extendió la mano y tomó el librito—. Lo había olvidado antes.

—¿Cuándo? —musitó agudamente ella, sin saber qué hacer—. Usted no ha estado en mí…

—Claro que estuve, encanto —rió Wade entre dientes, inclinándose sobre ella y plantando su boca en la de ella—. ¿Es que ya no lo recuerdas?

La dejó demasiado atónita para intentar nada, ni siquiera para gritar. Con el sabor del «rouge» todavía en los labios, Wade Lash salió al pasillo y cerró el camerino tras sí. Bajó velozmente la escalera. Se quedó mirando a Bruno, con los ojos entornados y fríos.

—Hola, gorila —saludó—. Supongo que también tú vas a negar que entré con la verdadera Ada Goring en este teatro, antes de comenzar la función, ¿verdad?

El portero rechinó los dientes, con irritación. Hinchó el torso.

—No le recuerdo de nada —escupió virulento.

—¿De veras? —La boca de Wade se torció, en gesto agrio—. ¿Y esas señales en tu bonita cara, muchacho?

Bruno tuvo que contraer todos los músculos para no saltar, y el esfuerzo fue evidente.

Cuando habló, lo hizo sordamente, ronca la voz:

—Me caí. Ocurre muchas veces. Una caída, ¿sabe? Nada más.

—Sí, claro. —Wade soltó una risita áspera. Miró de hito en hito al semicírculo de caras hostiles y duras que le rodeaban. Habló, incisivo—: Hermanos, no sé la clase de juego que se traen entre manos, pero les aseguro que han tropezado con una piedra molesta. En otros términos, han hincado los dientes en un hueso. Ése soy yo. Ahora, buenas noches.

Arriba ocurrió algo. Abrióse la puerta del camerino y apareció una especie de escultura pelirroja; sólo que aquello no era mármol, sino carne y hueso. Pero el hueso no se apreciaba. Wade silbó, al tiempo que la nueva versión en pelirrojo de Eva gritaba, señalándole con dedo trémulo:

—¡No le dejen escapar! ¡Avisen a la policía! ¡Me ha robado, me

ha robado!

El profesor Robertson, Ridges, Gallagher y aquel engendro pequeño llamado Dicky Carson, se volvieron hacia él, con expresión peligrosa. En cuanto a Bruno, cubrió la salida con su poderosa humanidad, abiertos los brazos como un simio.

Wade Lash se limitó a hundir la mano en un bolsillo. Cuando la extrajo, empuñaba una automática azulada, que encañonó el sorprendido grupo.

—Bueno, si se ponen así, emplearé mi juego —dijo con voz glacial el joven—. No soy un chico de buena familia, ni un caballero galante. Voy a salir de aquí. No he robado nada a nadie, ni he visto visiones. Ya descubriré lo que ocurre aquí, y cuando Wade Lash dice alguna cosa, es porque va a hacerla. De modo que abran paso… Usted, Bruno, échese a un lado o le haré dar una caída de verdad. Pero no se levantará más. Ya les dije que daban en hueso.

—Si va a avisar a la policía, se llevará un chasco —dijo fríamente Gallagher—. No ocurre nada anormal aquí. Todos atestiguarán en el teatro que Ada Goring es la que usted está viendo.

—Sí, y de qué modo estoy viéndola. —Wade rió, mirando el cuerpo escultural reclinado sobre la barandilla—. Bruno, seguro que aquella linda pelirroja es Ada Goring, ¿no?

—Usted sabe que lo es —silabeó Bruno—. No busque líos.

—Veo que le han adiestrado bien —musitó Lash—. ¡Vamos, apártese! Creo que vamos de pillo a pillo. Yo no puedo ayudarme con la policía, porque no somos buenos amigos. Pero dudo que lo sean ustedes de ella. De modo que estamos en igualdad de condiciones. Ahora bien, volveré a buscar a Ada Goring. No sé lo que ha podido ocurrirle, pero la encontraré. Y si le sucede algo malo, les barreré a todos como a ratas. Están avisados.

Bruno se había apartado, con expresión asustada. Wade Lash salió de allí caminando de espaldas, pistola en mano. Su última mirada fue para la falsa Ada, que parecía como preocupada por su paradisíaca presencia y un mucho por la marcha de Lash.

Wade alcanzó la salida del escenario, guardó entonces la pistola y se limitó a cruzar de un salto la calleja lateral del teatro «Rívoli», hundiéndose en un quicio oscuro, al que se pegó literalmente, conteniendo la respiración.

Presenció la salida de Bruno, de Gallagher, de Carson y otros, que se dedicaron a buscar infructuosamente a lo largo de la calleja y esquinas de las calles Cuarenta y Siete y Cuarenta y Ocho Oeste. Pero ninguno pensó en extender sus pesquisas precisamente frente al teatro, donde Wade se refugiaba.

Tras el fracaso de su persecución, regresaron torvamente al interior. Se cerró la puerta del escenario. Sin duda, en la escena proseguiría la detestable comedia, y el aburrimiento de los espectadores en la sala.

Cuando cayó el telón del último acto, Wade Lash continuaba allí…

CAPÍTULO VI

Primero salieron Robertson y Clem Ridges. Tenían andares rígidos, seguían dando la impresión de *seres* mecánicos, sin vida propia. Detrás, seguía Gallagher. Luego, le tocó el tumo a Ricky Carson, con la morena y esplendorosa Shere Grant. Otros actores y empleados salieron igualmente en grupos dispersos. Al final lo hizo la pelirroja, envuelta en una «echarpe» gris, sobre el traje negro ceñido a sus curvas. De su hombro derecho colgaba la misma radio de pilas que viera a la auténtica Ada en la Estatua de la Libertad. El cuero rojo de su funda era inconfundible.

Bruno, atrás, quedó solo. Siguió con la mirada por un breve espacio de tiempo los andares sinuosos de la pelirroja. Luego entró, cerrando la puerta. Se oscurecieron las luces, se apagó la bombilla roja de la entrada.

Wade Lash, lentamente, se despegó del rincón sombrío. Avanzó sin ruido, detrás de la figura pelirroja.

Ella alcanzó la Calle Cuarenta y Ocho. Allí había aparcado Wade su «Dodge», antes de entrar en el teatro. Eligió un punto donde el aparcamiento era muy denso, para evitar que los hombres de Moran dieran fácilmente con el coche verde, en su búsqueda incesante por la ciudad. Y ahora se alegraba de tal medida. No quería sombras molestas tras él.

La del pelo rojo llamó a un taxi. Wade corrió en diagonal hacia su coche, maldiciendo la circunstancia de que pasara un vehículo de alquiler libre. Si lo tomaba la apócrifa Ada, la perdería de vista.

Respiró tranquilo. Los hados se ponían de su parte, porque el taxímetro libre, sin duda no captando la señal de Ada, se detuvo unas yardas más lejos, donde una pareja hacía señas frenéticas para avisarle. Entrar ron éstos, y la actriz quedóse erguida al borde de la

acera, esperando otro coche. Wade tuvo que confesarse a sí mismo que era una mujer de figura excepcional. Las cabezas se volvían, indefectiblemente, a su paso.

Lash sentóse ante el volante, introdujo la llave del encendido y preparó el motor, sin moverse del aparcamiento, con la vista de águila fija en la silueta sinuosa. Un taxi se acercó, tras un minuto o dos de espera, subiendo a él la mujer.

Arrancó el coche amarillo, y Wade lo hizo tras él. Se lanzaron en veloz marcha a través de la Cuarenta y Ocho, doblando a la altura de Broadway, para descender hasta la Treinta y Uno, por la que corrió casi sin obstáculos. Wade no acortó ni aumentó la distancia entre un coche y otro, salvo en aquellos puntos donde era prudencial hacerlo.

Finalmente el taxi frenó ante un edificio de pocos pisos, en cuyo luminoso verde, de luz espectral, se anunciaba:

«Hotel Centro». Apartamentos económicos y confortables.

Era suficiente para él. Cuando la pelirroja descendía, abonando al taxista el importe de su carrera, él cruzó por delante, sin detenerse, dobló la esquina inmediata y fue a pararse en un pasaje sin salida, después de hacer virar el «Dodge», para tenerlo en disposición de salir cuando regresara.

Cerró la portezuela y se encaminó lentamente hacia la Calle Treinta y Uno. Ante él, como muda advertencia en la noche, el gigantesco ojo luminoso de un reloj, cuyas agujas parecían moverse sin descanso a simple vista, le señaló la hora.

Las once.

Sólo disponía ya de siete horas. Después, sería una batida furiosa, una cacería implacable por todos los rincones de la ciudad, hasta dar con su escondite. Y aunque se escondiera bajo tierra, Johnny Moran daría con él.

Le sorprendió que apenas recordase ya a Moran, que su propio problema acuciante y terrible, sin solución alguna, hubiera pasado a segundo término, ante el enigma de la compañía teatral inglesa y su desaparecida actriz, substituida por otra.

Esto le recordó aún algo más. Llevaba en el bolsillo un librito que había pertenecido a la verdadera Ada Goring. Un cuadernillo de apuntar, similar a una agenda. Lo extrajo, pasando rápidamente las hojas, a la luz de una farola de alumbrado.

No encontró apenas nada escrito. Sufrió una tremenda decepción al ver que sólo cinco páginas ofrecían textos breves y sin trascendencia. Leyó:

Martes, día 8. —West Point. Miércoles, 9.— Astilleros.

Sábado, 12. —Acorazado «Baltimore» Museo Whitney. Miércoles, 16—. Docks de Jersey.

Sábado, 19. —Estatua Libertad. Edificio Américas.

No había nada más. Evidentemente, Ada se había dedicado a la inocente tarea de anotar allí sus visitas turísticas, totalmente de acuerdo con el gusto de muchos extranjeros. Lo tradicional, lo técnico y lo simbólico, visitado por el que tiene prisa. El sábado 19 había encontrado él a Ada Goring en la Estatua de la Libertad. Posiblemente después, la linda pelirroja pensaba visitar el ultramoderno Edificio de las Américas, aguja de cemento y vidrio rematada por un enorme reloj luminoso.

Pero todo eso había sido antes. Ahora…, ¿dónde estaba Ada Goring?

Wade dejó de pensar en todo ello. Dobló la esquina y miró hacia la fachada del «Hotel Centro». Una ventana, a la derecha de la entrada, se iluminó poco después. Wade contó los pisos. Era el sexto.

Oteó la calle. Ni un vehículo parado. Enfrente, había un bar abierto. A la puerta discutían dos borrachos con voces destempladas. Sin hacerles caso, Lash se encaminó a la puerta del edificio.

Entró serenamente. Se dirigió al ascensor, sin dignarse mirar al encargado de la centralita telefónica del vestíbulo.

—¡Eh, usted! —llamó éste—. ¿A dónde va?

Wade se paró. Miró al empleado como si le perdonara la vida.

—Piso sexto. Acaba de subir la señorita Goring —se aventuró él —. Me espera.

—¿Goring? —El otro miró con desconfianza—. No sé, soy nuevo aquí. Espere un momento…

Iba a descolgar el teléfono. Wade se dispuso a obrar de otro modo. Hundió la mano en el bolsillo, apretando la fría culata de metal. Pero el chico de la centralita apartó su mano del teléfono y le dirigió una amplia sonrisa.

—Sí, es cierto —dijo—. Puede subir. Ahora veo el nombre en el registro. Ada Goring, piso sexto, apartamento
F-32.

—Naturalmente. De todos modos, muchas gracias.

—¡Oh, de nada! ¿Quiere que la avise?

—No, no hace falta. Ya me está esperando.

—De momento me desconcertó, porque hasta hoy ese apartamento ha estado a nombre de Susan Brownley. Hoy lo dejó ella, cambiando de ocupante.

—Claro. Debí mencionárselo antes de pedir por ella —sonrió Wade, cerrando el ascensor con un saludo alegre de su mano. Luego, al poner en marcha la caja, suspiró.

El
F-32
hacía rinconada en el corredor. Wade se aproximó, cauteloso, descubriendo luz bajo la puerta.

Se detuvo, pegando las espaldas a la pared, junto el quicio de la puerta. Le alentó el tacto del metal de su automática.

Naturalmente, no temía nada de aquella pelirroja desconocida que decía llamarse Ada Goring. Tampoco de persona alguna. Pero pensaba en otra mujer, otra pelirroja muy diferente de aquella curvilínea y sensual dama a quien había seguido. En una jovencita sencilla y de aire espontáneo, que parecía haberse evaporado en el aire, sin dejar el menor rastro.

Temía por ella. Y estaba dispuesto a todo por descubrir su paradero y saber que no corría peligro alguno. Si era preciso utilizar la violencia, la utilizaría…

¿Qué podía temer un hombre cuya vida se reducía simplemente a unas breves horas? Sus nudillos golpearon suavemente en la madera. Hubo una pausa. Ante el silencio, Wade se dispuso a repetir la llamada, pero no fue necesario. Rozaron unos pies el suelo alfombrado interior, y una voz femenina, ligeramente ronca,

inquirió:

—¿Quién es?

Lash deformó su voz, dándole cierto tonillo gangoso, juvenil, al replicar:

—Señorita Goring, es urgente. Acaban de traer un cablegrama para usted.

—¿Para mí? ¿De dónde?

—Procede de Londres —mintió con perfecta serenidad Wade.

—¿Londres? Oh, bien, échelo por debajo de la puerta, por favor.

—Lo lamento, señorita Goring, pero ha de firmarlo. Lleva acuse de recibo y el repartidor no puede entregarlo si no es firmado antes. Créame que lo siento, pero…

—Está bien, abriré en seguida… —suspiró la voz femenina—. Un momento…

Nuevo arrastrar de pies, alejándose. Una pausa breve. Se aproximaron otra vez, y giró la llave en la cerradura. Wade esperaba que no tuviera echada la cadena de seguridad, en cuyo caso habría de cargar contra la puerta, provocando un revuelo regular. Dispuso el pie, y al abrirse la hoja de madera, lo introdujo rápidamente, frenando el inmediato intento de la pelirroja por cerrar, al descubrir quién era su visitante nocturno.

Wade cargó contra la puerta, adelantando una mano firme, que se cerró sobre la boca de la pelirroja, impidiéndole gritar. Penetró en la estancia con violencia, cerró tras sí de un empellón y se encaró con la atemorizada mujer.

—Hola, hermana —saludó con aspereza, empujándola hasta derribarla sobre un sofá rojo sin el menor miramiento sobre su sexo —. Creo que esta vez vamos a charlar con un poco más de formalidad, ¿eh?

Los grandes ojos azules le miraban con vivo terror. Wade tenía un gesto torcido, poco amistoso. Le enseñó los dientes en una sonrisa feroz y disparó las palabras:

—Escucha, preciosa. Ahora no hemos de aparentar lo que no es. Tú eres un pájaro de cuenta y yo no soy un caballero precisamente. De modo que hablaremos de amigo a amigo. Te voy a soltar tu bonita boca, pero al primer intento de chillar, te pegaré fuerte. Sin contemplaciones, hijita. Tengo prisa, y a ti te conviene tenerla. Así que estás avisada.

Le soltó la boca. En el acto ella la abrió mucho, iniciando un grito estridente. Lo ahogó nada más nacer, volviendo a cubrirle con su mano izquierda, en tanto que con la derecha le bofeteaba brutalmente ambas mejillas, hasta verlas enrojecer, y no precisamente de rubor. Después, hundió su cabeza en el mullido tapizado, presionándole con la mano que servía de mordaza. Mordió Wade las palabras, entornados y fríos los ojos:

—Yo no amenazo en vano, hijita. Me llamo Wade Lash y no tengo nada que perder en la vida. Vas a decirme enseguida lo que le ha ocurrido a la verdadera Ada Goring, y lo que os traéis entre manos en esa mascarada teatral sin sentido. ¿De acuerdo, amiguita?

La soltó otra vez. Pero ahora no intentó nuevas diabluras. Por el contrario, acurrucada en la butaca, miró con terror a Wade. Lash arrugó el rostro, en gesto poco amistoso, esperando lo que tenía que decir.

La falsa Ada se cubrió el busto con los brazos, convencida de que el peinador poco hacía al efecto, y comenzó a hablar roncamente:

—No sé quién le ha metido todo eso en la cabeza, pero está usted metiéndose en un mal asunto… Valdría más que dejara todo esto y se ocupara de sus cosas. A Ada Goring, la que usted conoció en la Estatua de la Libertad y posteriormente en el teatro, no le sucede nada. Sencillamente, se puso enferma de repente, y hubo que substituirla, pero no interesa escandalizar con la noticia de su enfermedad, y resolvimos que…

—¡Escucha, hermana! —cortó Wade con ira, aferrándola por ambos brazos y alzándola de un tirón hacía sí, con el que el peinador flotó a ambos lados sin que Wade le importara mucho ni poco—. ¡Estoy llegando al límite de mi paciencia! ¡Quiero la verdad de todo, o abriré esa ventana y te tiraré por ella a la calle en menos de un segundo! ¡No me importaría aplastarte como un gusano, de modo que aún tienes una oportunidad de salvar el pellejo! ¡Pero una sola! ¿Eres tú Susan Brownley?

Asintió ella con la cabeza. Flameó su roja melena al moverla de arriba abajo.

—Sí… sí… —musitó—. Suélteme… Me hace daño…

—¡Te aguantas, pelirroja! —La zarandeó más vivamente aún. La cabeza de pelo grana tropezó con una moldura de la pared y le hizo

gemir, dolorida. Wade no se ablandó por ello—. ¡Vamos! ¿Qué os traéis entre manos? ¿No es cierto que habéis hecho desaparecer a la verdadera Ada Goring?

Con inesperada espontaneidad, asintió ella. Lo hizo vivamente, asustada, Wade Lash frunció el ceño.

—Vamos, ya hablas, —dijo torvamente—. ¿Por qué tuvo que desaparecer ella?

—Usted… usted tuvo la culpa… —jadeó la suplantador con fatiga.

—¿Yo? ¡Vamos, hermana, aclara eso o sigue la paliza!

—Ella no… no tenía amigos… Sólo nosotros… Aunque sospechara… no podía hacer nada. Y usted… usted se metió por medio, ofreciéndole apoyo. Ella vio una puerta abierta, porque ya sentía miedo… y quiso aferrarse a esa salida. Pero nosotros vigilábamos ya…

—¿Quiénes sois «vosotros»? ¿Qué es lo que ella podía saber o sospechar, y por qué tenía miedo? ¡Vamos, sigue hablando o te…!

Wade Lash estaba tan excitado, sintiéndose virtualmente al borde del enigma, que no vigiló excesivamente a sus espaldas. Se había vuelto, dando cara a la puerta de entrada al apartamento. Por tanto, ofrecía sus espaldas al resto de la estancia.

El roce de pies, tenue y sigiloso, le llegó un poco tarde, casi encima de él. Se volvió en redondo, buscando frenéticamente su pistola y soltando a Susan Brown ley.

No llegó a completar la maniobra. Con medio rostro girado hacia atrás, vio vagamente una sombra plantada tras él. Una sombra que había bajado algo vertiginosamente, y un objeto duro, contundente, abatióse sobre la nuca.

En el interior de su cráneo estalló una barahúnda de fuegos de artificio, que al apagarse lo dejaron todo sumido en negruras. El suelo vino a su encuentro y se aplastó contra él.

* * *

Estaba muerta.

Alguien le había volado la roja cabecita a balazos, y la sangre se confundía con su llameante cabello. Lo peor era que lo primero que Wade se encontró al volver en sí, después del cadáver, fue la

pistola, con su correspondiente silenciador, oprimida con fuerza por sus dedos.

Recordaba muy bien, a pesar del fuerte dolor de cabeza y de las punzadas de la nuca, que no había llegado a desenfundar la pistola cuando le golpearon por la espalda. ¿Quién diablos podía haber puesto en su mar no la automática?

Wade no se hizo muchas preguntas al formular esa de antemano. Por el contrario, comprobó el cargador de su pistola y encontróse con que faltaban cuatro proyectiles.

Se acercó tambaleante al cadáver de Susan Brownley, que yacía boca arriba sobre la alfombra, ensuciándola con la sangre que había escapado de sus mortales agujeros de la cabeza. Tenía también un orificio sanguinolento sobre el busto. El peinador, desabrochado, se arrugaba bajo el cuerpo sin vida de la pelirroja.

Wade respiró hondo, pasándose una mano por los ojos. Miró estúpidamente su pistola, y luego contempló la calle, a través de la ventana abierta. Su agudo cerebro reconstruyó los hechos más salientes. Alguien terminó de extraer su pistola, la volvió sobre Susan Brownley, disparó varias veces a quemarropa, y una vez seguro de haberla matado, se cuidó de dejar entre sus dedos la pistola. El cuadro era perfecto. Sólo faltaba la policía.

Y la policía estaba llegando, si Wade Lash era capaz aún de reconocer el aullido de una sirena policial. Miró su reloj, con nerviosismo. Eran las doce menos cuarto. Había transcurrido poco tiempo… afortunadamente para él. Y con eso no había contado el asesino al buscarse un culpable provisional, con muchas probabilidades de ser considerado como definitivo por la policía.

Wade obró rápidamente. Se acercó a la ventana. Era la de la fachada delantera del «Hotel Centro», lo que hacía imposible una fuga por allí. Pero por algún lado había entrado el criminal, de no estar ya dentro del apartamento cuando llegó la falsa Ada. Y el hecho de haber muerto ella en sus manos le hacía creer que ella ignoraba su presencia allí. Entonces el visitante desconocido la había oído hablar, confesar parte de lo que sabía, acuciada por el terror. Y procedió a eliminarla rápidamente. Era su teoría, con un ochenta y cinco por ciento de probabilidades de ser acertada.

Se encaminó a una puerta inmediata. La abrió, enfrentándose con un dormitorio. Olía a perfume. El mismo de Susan Brownley. Al

fondo, una ventana abierta. La alcanzó, asomándose. Un oscuro pasaje le mostró la silueta verde de su «Dodge». A un lado la céntrica vía iluminada. Al otro la salida tapiada.

Wade descubrió los tramos metálicos de la escalera de incendios, descendiendo hasta el pasaje. Ya conocía el camino utilizado por el visitante de la apócrifa Ada Goring. Es el que tomó él apresuradamente, descendiendo sin hacer ruido.

Cuando pisó el asfalto del oscuro pasaje adyacente la sirena sonaba demasiado cerca. Corrió a su coche, comprobando con alivio que nadie lo había despojado de sus llaves, y entró en él. Abrió el compartimento delantero, guardando en él la pistola provista de silenciador con la que habían asesinado a una mujer minutos antes, y a cambio extrajo una pequeña pero mortífera «*browning*», que hundió en el bolsillo de su americana con ceñudo gesto.

Puso el motor en funcionamiento, arrancó suavemente de allí, y pisó el acelerador al desembocar en la Treinta y Uno, enfilando hacia el Este.

Se cruzó con dos coches-patrulla del Departamento Central de Policía, que pasaron junto a él sin que sus ocupantes le dirigieran siquiera una mirada. Wade sonrió duramente y siguió adelante.

Ahora iba a tener tras sus huellas a alguien más que a Johnny Moran. La descripción que de él daría el encargado de la centralita telefónica pronto sería reproducida por todos los boletines de radio de la ciudad.

Wade, mientras mantenía fija la mirada en el asfalto que corría bajo las gomas de su coche, iba pensando en todo lo que acontecía alrededor suyo. Súbitamente, hasta su propia vida, pendiente de un hilo, era algo secundario ante el nuevo drama.

Una mujer estaba en alguna parte de la ciudad, secuestrada o muerta. ¿Por qué, por quién? Era una pista perdida. Susan Brownley, la impostora, podía haberle ayudado. Casi lo tenía todo al alcance de la mano, cuando un asesino golpeó audazmente, cerrando la boca reveladora.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué se hacía desaparecer a la auténtica Ada Goring, una simple actriz inglesa, en gira por Norteamérica? ¿Por qué todos negaban la verdad, pretendiendo ocultar su desaparición? ¿Y qué podía haber tan importante como para cometer un crimen, detrás de tanto misterio?

Su mente era clara y lógica en la deducción, pero carecía de factores para construir una teoría concreta. Navegaba en un mar de tinieblas desconcertantes.

Podía desligarse de todo aquello, sin pensar en sí mismo, en salvar su vida, en huir, en luchar… Y sin embargo, algo le atraía, le sujetaba a su nuevo deber. No era sólo el recuerdo grato de una dulce belleza de mujer. Era algo más, y Wade lo presentía. Acaso fuese el afán de recuperar, en unas breves horas, en un último e improrrogable plazo, algo de su condición de humano ser, de solidario en la ajena desgracia. No se podía borrar en seis o siete horas la vida equívoca de varios años, pero Wade no pensaba en los demás, sino en sí mismo, en su propia estimación.

Sería hermoso y confortador enfrentarse con los asesinos de Johnny Moran, con los verdugos del hampa, después de haber salvado a una muchacha de un peligro que todavía ignoraba cuál podía ser y de dónde llegaba.

Pero sí estaba seguro de algo: que en la compañía del «London's Little Theatre», en aquel reducido grupo artístico británico de mediocres actores, podía estar una nueva pista, una clave más a la que aferrarse.

Siempre en busca de Ada Goring. A la caza de un fantasma pelirrojo, en la noche de la gran ciudad.

Era ya medianoche. El reloj corría vertiginosamente, acaso con mayor velocidad de la que jamás lo hiciera para Wade Lash. Y a medida que avanzase la madrugada, al tiempo que las grandes avenidas y calles se fuesen quedando desiertas y silenciosas, aumentarían las dificultades. Y también el peligro.

CAPÍTULO VII

Para Bruno, conserje de día en el «Rívoli», era muy fatigoso realizar también el turno de noche. Por fortuna, eso sólo ocurría un día por semana. Y había tenido que ser precisamente en esta ocasión.

Su ronda habitual por las dependencias del pequeño teatro terminó ante la puerta posterior, como cada vez. Confrontó la hora en su reloj. Eran las doce y veinte minutos.

Se dispuso a sentarse, suspirando con cansancio. Entonces percibió el roce en el exterior. Era junto a la pared, y aunque parecía producido por algún animal callejero, lo cierto es que resultaba demasiado dudoso.

Extrajo su revólver, del que jamás se separaba durante la nocturna ronda, y abrió resueltamente la puerta, comenzando a asomarse con cautela.

No le sirvió de nada. Algo parecido a una catapulta se disparó sobre su cabeza en cuanto la asomó, mucho antes de que su torpe mano lograra enfilar el revólver en aquella dirección.

Se abatió de bruces, unos brazos le tomaron sin el menor vestigio amoroso, y el nocturno merodeador entró con él en el teatro, cerrando la puerta tras sí. Se guardó el revólver reglamentario del conserje, y depositó a este sobre la butaca de utillería que empleaba para descansar en su servicio.

Calmosamente se sentó frente a él, encendió un cigarrillo y, fumando sin prisas, esperó a que el desvanecido Bruno se recuperase. Cuando dio señales de hacerlo, su atacante tiró el cigarrillo, aplastándolo con el pie, extrajo una pequeña «*browning*» y encañonó al simiesco individuo, dura la expresión de su rostro.

Bruno lanzó una especie de rugido al despertar y encontrarse frente a su agresor. Parecía decidido a saltar sobre él, haciendo

honor a su semejanza física, pero la visión de la pistola le frenó en seco. Crujió la silla bajo su contracción y escupió las palabras con auténtica furia:

—¡Usted otra vez! ¡Algún día le romperé el cuello, maldito entrometido!

—Posiblemente puedas hacerlo, Bruno, y serás muy dichoso si esa ocasión llega, porque yo voy a coserte ahora mismo a balazos si no me hablas clarito.

—No se atreverá.

—¿No? —Wade Lash rió entre dientes de forma desagradable—. No me conoces aún, angelito. Hace poco abofeteé a una chica muy bella. Ahora está muerta, con la cabeza destrozada, por no haber hablado a tiempo. ¿Te gusta la escena?

—No me asustan sus bravatas. Es usted un tipo fanfarrón y engreído.

—Si me conocieras no dirías eso. La chica muerta se llama Susan Brownley. ¿La conocías?

—¡No puede ser! Usted no se habrá atrevido a…

Bruno tenía muy abiertos los ojos. Wade le cortó, hablando ásperamente:

—No he dicho que la matase yo, amigo mío. Pero veo que sabes quién era. Como sabes perfectamente quién es Ada Goring. ¿Por qué, pues, mentiste esta noche, asegurando que era ella, de acuerdo con todos los demás?

—No sé de qué me habla. Yo no tengo que…

El golpetazo de revés de la dura mano de Wade hizo el efecto de un trallazo en el rostro de Bruno. La sangre escapó de su nariz, y el tipo rugió, vibrando de furia.

—¡Mientes, Bruno, y no quiero mentiras! —aulló Wade con virulencia—. ¡Susan Brownley suplantó a la verdadera Ada Goring, cuando ésta ya se hallaba vestida y maquillada para salir a escena! ¡Todos lo sabíais, pero en cambio afirmabais que era la única Ada Goring que conocíais! ¿Por qué, Bruno? ¡Di por qué, y pronto! ¡Si sigues mintiendo, es probable que sigas la suerte de Susan, a quien su tarea le ha costado la muerte! Ella era también una actriz, ¿verdad? ¡Vamos, contesta, maldito simio!

Alzó otra vez la mano, y esta vez, la entereza del conserje se resquebrajó, ante la crispación furiosa del duro Wade con quien se

enfrentaba ahora. Levantó sus manos.

—¡No, no me golpee más! —musitó—. ¡Yo no tengo culpa de nada, y nada sé de esa muerte! Se lo juro, se lo juro…

—No quiero juramentos, Bruno, sino informes. Informes auténticos. ¿Era actriz?

—Er… sí.

—¿Pelirroja?

—No… Morena… Se tiñó por si había que suplir en un momento dado a la Goring.

—¿Y por qué eso?

—No sé. La comedia dice que la heroína ha de ser pelirroja.

—¡Me importa un diablo la comedia! ¿Y Ada Goring? ¿Dónde está?

—Le aseguro que no lo sé. Yo no he vuelto a verla. Pero Gallagher, el regidor, dijo que había sufrido un serlo ataque cardíaco y había que trasladarla a una clínica. Tal vez se la llevaron por la salida de equipajes, al otro lado del escenario.

—¿Y tú encontraste lógico y natural decir que esa otra era Ada Goring?

—Me pareció raro, pero ellos aseguraron que era mejor evitar problemas con el público, pero que podía haber alguien que creyera ver una mujer diferente, y valía más negarlo a rajatabla y sostener el engaño. Después de todo, era un engaño inocente. Me dieron dinero.

—¿Cuánto?

—Cien… cien dólares.

—¿Seguro? —Los ojos helados, de Lash le taladraban. Tragó saliva, denegando.

—No, no… Fueron trescientos dólares. Mucho dinero para mí.

—Demasiado para una inocente mentira, ¿no te parece? Eres un buen pájaro, Bruno. Voy a acudir ahora mismo a la policía. A los Federales tal vez. Después de todo, es secuestro, rapto o cosa así.

—No puede estar usted seguro de eso.

—Lo estoy. Lo estuve antes. Y ahora, después de ver la otra pelirroja asesinada, más aún.

—Cielos, pero ¿es cierto lo de Susan?

—Sí. Yace ahora en el «Hotel Centro», con cuatro balazos en el cuerpo. Está menos atractiva que como tú la conocías, Bruno. ¿No

vas a decirme todo cuanto sepas?

—No sé nada más, se lo juro. Tal vez haya alguien en la compañía que se traiga algo oculto, pero eso no puede saberlo uno. Le doy mi palabra de que no me meto en esas cosas. El profesor Robertson es tan hermético… y desde hace algún tiempo, mucho más aún.

Y hasta ha contagiado al señor Ridges, el galán. Parecen dos sonámbulos. Hablan, sonríen y miran como autómatas.

—¿No han sido siempre así? —Se intrigó Wade, sorprendido.

—Oh, no, señor —denegó Bruno—. En el mes largo que llevan en el Rívoli trabajando han cambiado mucho. Ellos dos, me refiero. Los demás siempre fueron iguales, pero el profesor era muy sarcástico, aun dentro de su seriedad. Ahora, no bromeaba ni hablaba apenas con nadie. Observé eso. Y también que Clem Ridges, un muchacho siempre jovial, simpático y enamoradizo, adquiría esa misma huraña expresión, ese aire perdido de hombre sonámbulo. Bueno, usted ya me entiende, ¿no?

—A ti sí te entiendo, pero no lo que me cuentas… —Wade reflexionó, fruncido el ceño. De pronto hizo una pregunta incisiva—: Bruno, tienes que saber dónde se alojan los componentes de la formación, ¿no es así?

—Sí… Susan era la única en ocupar el «Hotel Centro». Ada Goring vivía con Robertson, Ridges y Shere Grant en el «Cranston Building», de la Primera Avenida, en tanto que Gallagher, Campbell, Eaton y Dicky Carson ocupaban dos apartamentos de los «Blue Apartments» en la Calle Cincuenta y Cuatro.

Wade anotó rápidamente en su memoria aquellos datos. No apartaba sus ojos glaciales de Bruno. De pronto le espetó una pregunta que sobresaltó al conserje:

—¿Has oído hablar de Johnny Moran?

—¿Moran? ¿El jefazo de los *gangs* de Nueva York? ¿Qué tiene él que ver en esto?

—Nada. —Lash rió entre dientes—. Pero da la casualidad de que es *mi* jefe.

—¿Eh?

—Si, Bruno, muchacho. Soy el ayudante de Moran. No creo que tenga que añadir más. Pero si sigues pensando en avisar a la policía o a los componentes del

«London's
Little Theatre», vale más que vayas encargando tu ataúd. Johnny Moran tiene interés en esto, ¿comprendes?

—Sííí… —Alargó angustiosamente la sílaba, y Wade se puso en pie. Le arrojó el revólver a las manos con toda tranquilidad, y Bruno se asombró—. Pero ¿cómo?

—Guarda tu chatarra, amigo. Espero que no cometas el error de utilizarla conmigo.

Ahora, buenas noches.

Wade advirtió la expresión del rostro del conserje, mirando como un estúpido el revólver. Comprendió que no había nada que temer por parte de él. Era lo bueno de ampararse en un nombre como el de Johnny Moran. Encaminóse a la puerta con lentitud, dándole la espalda.

—Tal vez leas mañana en los periódicos el desenlace de esta historia, Bruno —dijo llegando a la salida—. Seguro que te sorprenderás…

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el conserje, alzando sus ojos hacia él.

—Llegar hasta el final. Caiga quien caiga. Ada Goring tiene que aparecer. El asesino de Susan Brownley también. Y cuando Wade Lash dice una cosa, la cumple sin importarle los medios. Buenas noches, Bruno… y gracias por todo. Me has ayudado mucho.

La puerta trasera del Rívoli, se cerró tras Wade Lash, que volvió a perderse en la noche de la ciudad.

Él, cuya vida no valía un centavo, luchaba por la vida de otra persona a quien había tratado apenas unos minutos…

* * *

El «Cranston Building» era un edificio de casi treinta pisos, destinados en su totalidad a oficinas, agencias y departamentos amueblados de alta renta. Estaba situado en la Primera Avenida, en pleno centro comercial. Peleterías, establecimientos de antigüedades, almacenes y centros de belleza, cercaban el lugar, salpicados de bares, restaurantes y puestos de periódicos y revistas.

Frente a uno de estos puestos de Prensa, abierto toda la noche, se alzaba la entrada a los apartamentos Cranston. Wade se detuvo

en el quiosco, pretextando examinar las revistas. Contempló con igual indiferencia las bellezas coloreadas de las publicaciones cinematográficas, que los titulares de los periódicos de sucesos, con desastres como el incendio del «Baltimore», la voladura de unos astilleros neoyorquinos o el derrumbamiento de todo un pabellón de la Academia Militar de West Point, que milagrosamente no había sorprendido a los cadetes dentro, salvándose de una muerte cierta.

Lash no estaba para nada de todo eso. Su atención se centraba en aquella puerta, la de acceso a los departamentos y oficinas.

No era de las que se abrían automáticamente desde los pises, sino que a causa de su condición, tenía servicio permanente en la conserjería del vestíbulo. Una espesa alfombra conducía hasta la hilera de seis ascensores situados al fondo. El «comptoir» quedaba a la izquierda. En él, un hombrecillo de cabellos ralos y ojos protegidos por gruesas gafas, atendía la centralita telefónica y la puerta de entrada.

Wade Lash utilizó el más viejo de los trucos conocidos. La situación de la centralita era ideal al efecto ya que ocupaba un ángulo de la conserjería que, al ser atendido, impedía al operador fijar su atención en el último de los ascensores de la derecha y su correspondiente trayectoria hasta la entrada.

Wade pidió el teléfono del puesto de periódicos. Buscó en el listín el número de la centralita del «Cranston Building», y una vez hallado, lo marcó. Desde allí mismo, receptor en mano, pudo ver al hombrecillo dirigirse al cuadro, donde parpadeaba una lucecilla roja. Al introducir una clavija, la luz se trocó en verde. Wade escuchó por el receptor:

—¿Dígame? Apartamentos Cranston.

—No se retire, por favor —pidió Lash—. Han pedido comunicación con un apartamento de ese edificio…

Retiróse del teléfono y colgó. Pero de forma que una de las revistas del puesto se quedaba montada sobre la horquilla, con lo que seguía la comunicación, sin advertirlo el vendedor.

Rápidamente, Wade se adentró en el «Cranston Building», avanzando en diagonal cerrada, hacia el sexto ascensor. Con toda prematura, mientras el hombre permanecía inclinado sobre el cuadro telefónico, Lash abrió la silenciosa puerta del ascensor, penetró en él y pulsó el primer piso.

Descendió en el mismo, dio unos pasos por el corredor, y luego bajó tranquilamente a la planta inferior sin ocultarse. El empleado había renunciado a seguir comunicando por teléfono, y se volvió a mirarle con curiosidad. Wade Lash, con perfecta sangre fría, siguió descendiendo y se aproximó a la centralita.

—Buenas noches —saludó—. ¿Tenemos algún correo, por favor?

—¿Qué apartamento es, por favor? —pidió el empleado, sin sorprenderse—. Queda muy poca correspondencia por entregar, pero tal vez la suya esté entre ella.

—Ha de ir a nombre de Claude Robertson. No sé si consignan el apartamento.

—Ah, el señor Robertson, del Rívoli —sonrió el empleado. Miró detenidamente a Wade—. No le recordaba a usted, señor.

—Soy su hermano —informó Wade sonriendo—. Esperamos una carta urgente, y parece ser que no llega nunca.

—Veamos, veamos… —Se inclinó sobre un casillero. Lash se esforzó, sin alcanzar a ver dónde miraba. Volvióse, denegando con la cabeza—. Lo siento, pero no hay nada.

Wade mostró su extrañeza.

—¿Está seguro?

—Por completo, señor —sonrió, aunque algo ofendido el hombrecillo—. ¿Cómo no he de estarlo? Sin embargo, hay un reparto a primera hora. Tal vez por la mañana…

—¿No lo habrá confundido de casilla tal vez? —Wade extrajo un dólar y lo depositó en la mano del empleado—. Mire bien, por favor. Es muy importante para nosotros.

—Lamento defraudarle, señor, pero véalo usted mismo —el empleado era todo mieles, después de cerrar los dedos sobre el billete—. Su casillero, el M-
11 104,
vacío… Y en los demás no hay nada a su nombre.

Tomó algunas cartas y postales, que revisó velozmente, dejándolas donde estaban, con un gesto negativo. Wade pareció conformarse, encogiéndose de hombros.

—En fin, ya veo. Gracias de todos modos, y perdone la molestia.

—Gracias a usted, señor. Buenas noches. Si llega algo a las ocho, se lo subiré…

Wade hizo un gesto de honda gratitud y se encaminó al

ascensor. Pulsó ahora el piso once, y una vez en él, buscó la puerta M-
11 104.
Estuvo pulsando el timbre repetidamente, sin recibir respuesta.

Luego, repitió la suerte con los nudillos, golpeando ahora en la madera pulimentada. La puerta, suavemente, sin un gemido siquiera, cedió a su presión y se abrió.

Muy despacio, la hoja de madera fue dejando ver el vestíbulo reducido y confortable, totalmente iluminado. Un espejo oval, devolvió a Wade su propia imagen tensa y recelosa.

—¡Robertson! —llamó Wade suavemente, con una mano en el bolsillo, y la «*browning*» en el fondo de éste. Repitió la llamada. Al no recibir contestación, pisó el interior. Se preocupó de cerrar tras sí. Esta vez, el pestillo entró mansamente en su hueco.

Wade Lash, una vez dentro del apartamento, no anduvo con rodeos. Extrajo su pistola, la despojó del seguro y se movió con la agilidad, precisión y sigilo de un gato.

Cruzó un «*living*», donde alguien había estado fumando y bebiendo. Contó dos vasos, varias puntas de cigarrillos de dos marcas diferentes: «Abdulah» y «Capstan». Olió los vasos, descubriendo *whisky* en uno y ginebra en otro. Sin embargo, allí no parecía haber nadie, pese a que todas las luces estaban encendidas. Observó varias arrugas en la alfombra de peluche, y frunció el ceño. Esas arrugas se orientaban hacia una habitación, de dos idénticas, gemelas entre si, situadas al fondo, con un cuarto de baño de azulejos verde mar entre ellas.

La habitación derecha estaba desierta, aunque se observaba desorden en las cortinas, las alfombras e incluso la colcha de la cama, revuelta pero sin forma humana alguna que señalara el reposo de alguien sobre el lecho.

Fue la estancia de la izquierda la que le reservó la sorpresa. Wade Lash se detuvo con el arma por delante contemplando la escena imprevista. Una botella de agua se había roto sobre el linóleo, derramando su contenido, sobre el que yacía una mano crispada.

A esa mano, seguía un cuerpo, en mangas de camisa y con el cabello desordenado y húmedo. Pero no de agua, sino de algo escarlata, espeso y seco, que resaltaba mucho en el dorado de los

ondulados cabellos.

Wade se aproximó, estando a punto de pisar un brillante objeto de vidrio, que parecía a simple vista un fragmento de la botella rota. Pero no lo era. La mano de Lash se adelantó, sus dedos tomaron el objeto cautamente, y lo examinaron sus ojos con agudeza.

Era una cápsula de vidrio, en forma de ampolla inyectable, con un líquido grisáceo, turbio, en su interior. Wade lo metió con precauciones en su bolsillo superior, envolviéndolo en el pañuelo para evitar roturas. Luego, se inclinó, apoyando una rodilla en tierra, para atender al hombre tendido en el suelo.

No era difícil reconocer en él a Clem Ridges, el apuesto galán del «London's Little Theatre».

CAPÍTULO VIII

—¿Qué es lo que me ha ocurrido? ¿Qué hace usted aquí?

Wade Lash arrojó una bocanada de humo del cigarrillo que sostenía entre sus labios. Después, sin pronunciar palabra, lo depositó en los de Clem Ridges, que aspiró el sabor de tabaco, tosiendo secamente al atragantarse. Wade, sin apartar de él sus fríos ojos calculadores, se echó ligeramente atrás en la silla.

—Estoy esperando que sea usted quien se explique, no quien pregunte —manifestó sin asperezas.

Ridges, mucho menos arrogante y mucho menos dueño de sí que en el Rívoli pocas horas antes, le contempló lastimeramente desde el lecho donde yacía. Después, observó la fuente de cristal mediada de agua enrojecida, las vendas y la tintura de yodo que aparecían sobre la mesilla de noche. El teléfono color cremoso había sido dejado en el suelo, para dar cabida a los artículos necesarios para su curación.

—Que me ahorquen si puedo decir algo concreto o con un mínimo de claridad —rezongó Ridges, meneando la cabeza de un lado a otro. Y a pesar de tenerla apoyada en el blando almohadón, torció el gesto, dolorido, y perdió parte de su escaso color—. Oh, mi cabeza.

—Estuvieron a punto de rajársela como una sandía, pero tuvo suerte —le previno Wade Lash, pensativo—. ¿Quién lo hizo?

—¿Y cómo diablos quiere que lo sepa? No pudo ser Robertson, desde luego…

—¿Por qué no?

—Pues porque él no haría una…

—Él no haría una cosa así, ¿verdad? Escuche, Ridges, cuando entré hace unos minutos en esta habitación, me produjo usted la

impresión de estar tan muerto como Susan Brownley.

—¿Quéee? —aulló el otro, dando un respingo en la cama a pesar de sus dolores—. ¿Cómo ha dicho?

—He mencionado a la difunta Susan Brownley, apócrifa «Ada Goring» de esta noche.

—¡Está usted loco! —Ridges respiró hondo—. Todo eso no puede ser… a menos que sea usted el que…

—No se embale, amigo. Yo no mato a la gente por el simple hecho de ocultarme su nombre. La chica iba a hablar cosas jugosas cuando me derribaron a mí, y aprovecharon mi inconsciencia para liquidarla y poner en mis dedos el arma homicida.

—Es lo que usted dice, ¿no?

—Claro. No tenía testigos para confirmarlo, ya puede suponerlo.

—Si mal no recuerdo, ha dicho usted algo sobre Susan, en relación con Ada Goring, ¿no es cierto? —dijo de pronto Ridges, arrugando su frente.

—Sí. No irá a seguir negándome lo que está ya tan claro como el agua. Hasta Bruno habló.

—¿Bruno, el conserje? ¿De qué pudo hablar?

—Del dinero recibido y su complicidad en falsear los hechos esta noche. Ridges hizo un vivo ademán con ambas manos. Sus ojos eran opacos, torpes.

—Un momento, un momento aún. Escúcheme, por favor. No tengo la menor idea de todo lo que dice. Recuerdo confusamente todo lo pasado, sí, pero no logro ver la relación entre Susan y Ada. ¿A qué se estaba refiriendo con eso?

Wade estudió, sorprendido, a Ridges. El hombre parecía sincero, o era un actor estupendo. Decidido a no admitir ninguna de las dos posibilidades en definitiva, refirió:

—¿Es que ya ha olvidado el fraude que me hicieron al entrar en busca de Ada Goring, y pretende que aquella pelirroja teñida era Ada, cuando se trataba en realidad de Susan Brownley? ¿O pretende endilgarme la nueva historia de que usted no es usted tampoco y estuve hablando con «otro» Clem Ridges en el «Rívoli»?

Ridges no respondió enseguida. Se oprimió ambas sienes con manos trémulas y susurró, más para sí que para Lash:

—Me lo temía… Me lo temía.

—¿Qué es lo que se temía? ¿Qué se descubriera el pastel?

Los ojos del galán, al alzarse hacia él, no eran los torpes e inexpresivos de antes. Ahora brillaban. Con astucia, y con algo más. Quizá con *miedo*…

—Es un temor más profundo que ése. Usted… usted sí está en mi mente. Recuerdo su cara, su voz… pero no su nombre…

—Wade Lash —dijo con paciencia el joven.

—Óigame entonces, Lash. Esto que le digo va a parecerle grotesco, pero es la realidad.

Yo no soy el hombre del «Rívoli». No soy el que usted conoció.

Wade suspiró. Sacó un cigarrillo con parsimonia, y encendiéndolo, comentó:

—Cuéntame ahora «Alí Babá y los Cuarenta Ladrones», hijito.

—¡Le estoy diciendo la verdad! —se excitó Ridges, incorporándose—. Es algo que me está sucediendo desde hace algún tiempo. Concretamente, desde que empezaron a marcharse los viejos compañeros.

—¿Los viejos compañeros?

—Sí; actores, actrices y demás elementos de nuestra formación. Era una buena compañía, ¿sabe? Firmamos en Inglaterra una jira por los Estados Unidos. Y empezaron a ocurrir cosas raras —sus ojos se animaban por momentos. Centelleaban vivaces, excitados, inteligentes—. Se despedían con sorprendente celeridad. Bates, Reagan, Wilson, O'Malley y otros notables elementos que pertenecían a nuestro grupo durante años y años. Unos encontraban compañías que pagaban mejor y firmaban amplios contratos, otros se ausentaban bruscamente, dejando una simple nota justificativa… Empecé a notar extraño a Robertson. Parecía mirar con recelo a todo el mundo, y un día me dijo, rumbo ya a los Estados Unidos, que tenían que hacerme partícipe de algo muy importante y privado.

—¿Son ustedes muy amigos?

—Mucho. Siempre nos hemos alojado en las mismas residencias u hoteles, ha sido mi maestro y artífice. El profesor Robertson es un genio creando figuras de la escena.

—Esta noche me han parecido bastante flojos todos ustedes —replicó acerbadamete Wade—. Acaso usted fuera el único en salvarse de la quema.

—Gracias —el tono de Ridges fue seco—. Es lo que le decía. Se fueron los mejores.

Han venido elementos mediocres.

—¿Contratados por Robertson?

—Eso creía yo. Pero el profesor me dijo que se los elegía su agente en Londres, un hombre de teatro muy popular y eficiente.

—Ya. Prosiga con su relato. ¿Qué le contó Robertson, tan privado y serio?

—Nada.

—¿Nada?

—Estuve esperando a que me lo refiriese siempre que estábamos a solas, y, finalmente, al observar su mutismo, abordé yo el asunto. Me miró de un modo raro, y me dijo que no ocurría nada. Que había sido una tontería, ya sin razón de ser. A partir de entonces, observé que sus actos eran algo… diferentes.

—¿En qué sentido? —insinuó Wade, inclinándose vivamente hacia él.

—No sabría explicarlo, pero obraba como… como…

—Como un autómata o un hombre hipnotizado —completó suavemente Wade. Ridges dio otro respingo y miró con estupor a su visitante.

—¡Justo! —exclamó—. ¿Quién diablos se lo ha podido decir?

—Eso no importa. ¿Ha durado siempre esa sensación de Robertson en usted?

—Pues sí, hasta… —Se detuvo, frunció el ceño y pareció perplejo—. Bueno, yo…

—¿Qué? —La pregunta de Wade era suave.

—Que le parecerá extraño, pero no logro recordar nada de nada…

—Sus olvidos son extraños. Recuerda lo más lejano, y lo próximo le resulta confuso. No puede recordar a Robertson últimamente, ni tampoco tiene idea de la substitución de Ada Goring durante la representación de esta noche.

—¡Cielos, claro que no! —Estaba muy pálido, le temblaban las manos—. ¿Ha ocurrido eso? ¿Cómo yo no puedo saberlo, si trabajé a su lado, y eso lo recuerdo perfectamente?

Wade Lash no contestó enseguida. Se puso en pie, fumando nerviosamente, paseó con lentitud, lentitud que fue convirtiéndose

en frenético deambular, arriba y abajo, seguido por la mirada penetrante y desconcertada del rubio galán inglés.

Bruscamente, Wade giró sobre sí mismo, se encaró con Ridges y le pidió:

—Si recuerda lo ocurrido aquí esta noche, ¿quiere contármelo?

El esfuerzo mental debió de ser mayor, porque Ridges profundizó los surcos de su amplia frente. Clavó los ojos en los dibujos de la colcha, fumando con nerviosismo.

—Recuerdo… Sí, recuerdo que Robertson y yo entramos en el piso… Es curioso, pero las imágenes me llegan como brumosas, igual que si las viera en un espejo deformado…

—Continúe.

—Siempre tomo un vaso de *whisky* con soda.

—¿Y Robertson toma ginebra?

—Sí, siempre… El acostumbra a servir los vasos en el mueble-bar, pero hoy, no sé por qué lo hice yo. Sí, ya recuerdo. Robertson estaba muy interesado leyendo un periódico… Me adelanté y serví los vasos, bebiendo mi parte rápidamente. Tenía sed, nervios, no sé. Todo eso sí que resulta muy borroso.

—¡Siga! —le animó Wade, con un brillo astuto en los ojos, muy rígido—. Siga, Ridges.

—Lo cierto es que entonces Robertson alzó los ojos del periódico y me miró. Juraría que con sorpresa. Me preguntó el porqué de haber bebido antes de servirme él, y le dije que tenía sed. Es curioso que recuerde ahora una sensación que experimenté entonces, pero súbitamente, me parecía que las brumas se despejaban, que todo tenía formas más claras y concretas. Robertson se puso en pie y tomó mi vaso, para servirme nuevo licor. Yo no acepté. No me apetecía más. Se irritó, insistiendo. Yo me negué de nuevo, más irritado que él, y se enfureció, diciendo que hiciera lo que quisiese. Momentos después, más calmado, me pidió disculpas. Repentinamente, me miró, dijo que me veía mal aspecto, y yo admití que me dolía la cabeza, especialmente en las sienes. Robertson se apresuró a ofrecerme un medicamento de origen alemán que decía era magnífico. Fue a su dormitorio, y vino al mío, cuando yo me disponía a acostarme, con una ampolla de vidrio, que me indicó debía romper, diluyendo su contenido en agua o soda. Eso me despejaría. Yo, entonces, volví a advertir su curioso, raro

mecanismo en acciones y palabras. No sé por qué, me dio cierta aprensión aquella medicina, y al ver que no se movía de mi alcoba, le dije que iba a acostarme, que él podía retirarse y yo me serviría la medicina. Volvió a irritarse, y dijo que me la serviría él mismo, porque no estaba dispuesto a que una dolencia mermase mis condiciones para el trabajo, ya que hemos de salir de viaje para Miami. Eso me enfureció por completo, y le envié al diablo. Se marchó sin decir palabra.

—¿Y después…?

—Yo me dirigí al lecho, disponiéndome a prepararlo para dormir… y algo se estrelló en mi nuca, no pudiendo recordar después nada de nada, hasta abrir los ojos y verle a usted ahí, mirándome como a un bicho raro. ¿Puede entender algo de todo eso, Lash?

Reinó un silencio. Wade Lash, que lógicamente hubiera tenido que aparecer perplejo y desconcertado, tenía una dura expresión de agudeza, de astucia y comprensión.

—Sí —dijo nasalmente—. Lo puedo comprender casi todo. Y digo «casi», porque el motivo auténtico de todo esto, es lo que escapa aún de mi entendimiento.

* * *

Wade Lash apartó los dos vasos de licor, examinó las puntas de cigarrillos y miró luego a Clem Ridges, que le estudiaba atentamente.

—¿Fumaron ustedes diferentes marcas de tabaco? Hay un «Abdulah» y un «Capstan». Ridges pareció sorprendido.

—No. Yo fumo «Capstan», pero Robertson no fuma «Abdulah» ni ninguna otra marca. No es fumador. Wade frunció el ceño. Después, hizo un ligero asentimiento y siguió estudiando el aspecto del *living*. Su mirada cayó encima de un canapé tapizado de azul eléctrico. Sobre él, aparecía una publicación de sucesos bastante sensacionalista. Wade la tomó.

—¿Era este periódico el que hizo interesar a Robertson hasta el extremo de no servirle su licor? —Hizo notar.

—No sé. Juraría que sí… aunque no puedo estar seguro —dijo Ridges, vacilante.

Wade estudió los enormes, gruesos titulares de la primera página. El alarde tipográfico, bajo el cual aparecían varias fotografías truculentas, estaba al servicio de un tema actual. Decía sencillamente:

«¿Cuál es la causa de la racha de trágicos accidentes ocurridos durante el mes actual en Nueva York?».

Y seguía:

«Desastrosas explosiones en la academia militar de West Point, los astilleros de Brooklyn, acorazado "Baltimore", el Museo de Arte Moderno "Whitney" y, últimamente, los "Docks" de New Jersey. ¿Hay una mano criminal en todo ello?

¿Por qué el Gobierno no investiga la razón de tales siniestros?».

Algo bailó en la mente de Wade Lash. West Point, los Astilleros, el "Baltimore", el Museo "Whitney", los "Docks"…, ¿qué era lo que le hacía recordar toda esa serie enumerada, *en el mismo orden en que lo había visto en alguna otra parte*?

Excitado, se detuvo frente a Ridges, hizo un amplio gesto y empezó a hablar con la rapidez con que tabletea una ametralladora, ante el asombro del inglés:

—Escúcheme un momento, Ridges —dijo—. Creo que tengo una teoría que explica todo esto. Es fantástica, lo admito. Pero no cabe otra, no existe otro medio de ver claro. Según ella, únicamente puedo confiar en dos personas: en usted y en el profesor Robertson… si aparece vivo. Lo mismo puede decirse de Ada Goring.

—¿Qué quiere decir? —Ridges, atónito, no apartó la mirada de él.

—Todo ha empezado en su compañía. Por una razón poderosa, alguien ha creído conveniente ir substituyendo los elementos del «London Little Theatre», por otros que no tenían de actores teatrales

sino el nombre y, tal vez, algo de práctica, no mucha. Esos sujetos iban creciendo, hasta cubrir todos los puestos. Pero entonces, alguien lo bastante listo para prever todas las contingencias, se dio cuenta de que el exceso de falsos actores podía dar al traste con su plan, ya que el fraude se descubriría. Eran precisos dos, tres o más elementos insustituibles, para impedir que la formación se convirtiese en un cuadro de pésimos aficionados. Por ejemplo: Ada Goring, primera actriz; el profesor Caude Robertson, director escénico y Clem Ridges, primer actor joven. Su experiencia serviría para cubrir la baja calidad de los demás. ¿Va entendiendo?

—Todo eso, sí. Es materia que conozco, y estoy de acuerdo con usted. Pero ¿por qué iba a hacer eso nuestro agente en Londres? Shipman es un hombre de teatro, experto, inteligente…

—Shipman puede ser el jefe que andamos buscando, Ridges, el hombre que ha planeado toda esta farsa. Estaba en mejor posición que nadie para hacerlo. Pero entonces, una vez trocados los actores suplantadores, advierten que existe un peligro: sea cual sea la idea y meta de tal operación, los demás *sospecharán o verán la verdad*. Y no Ada Goring, que es mujer, sino dos hombres: Robertson y usted. Entonces, se procede a una obra minuciosa, arriesgada y difícil: drogarles a ambos en forma progresiva, insensible, pero eficaz, que, sin aturdirles o disminuir su capacidad de trabajo, reduzca el funcionamiento de sus cerebros y les haga ver las cosas *como ellos quieren que las vean*.

—¡Pero eso es absurdo! Las drogas se advierten, sus consecuencias también…

—Las drogas corrientes, sí. Pero las que les eran administradas *no son corrientes*. Sus efectos me han hecho pensar en hombres que, sin ser culpables de delito alguno, reconocieron, en procesos determinados, que están al alcance de todos y en todas las mentes del mundo libre, haber cometido los delitos de que se les acusaba. Drogas que deforman la voluntad y el criterio, sin dañar en apariencia la estabilidad mental del individuo. Diabólicos procedimientos, de los que revistas, fugitivos de países esclavos y muchos otros nos han hablado, sin que jamás hayamos pasado a creerlo, sino como elemento sensacionalista o motivo de artículos periodísticos.

—¿Y esa droga existe?

—Existe, Ridges. —Wade extrajo la ampollita del líquido grisáceo del bolsillo—. Si analizan esto, descubriremos su naturaleza. Entonces sabremos lo que le estuvieron administrando a usted, después de administrárselo a Robertson, ordenándole a él que procediera a su vez a dársela a usted. Sin advertirlo, cumplían órdenes, eran autómatas, seres hipnotizados. Lo refirió Bruno, sin darse cuenta de lo que decía. Lo advertí yo mismo. Y Ada Goring debió advertirlo también, porque es chica inteligente y menospreciaron sus dotes de observación. Iba a hablarme de ello, por eso me citó fuera del teatro, y los demás procedieron a eliminarla.

Ridges se mostró anonadado, perplejo.

—Dios mío —musitó—. Todo eso coincide con demasiadas cosas, para sonar a fantasía. Y, sin embargo, parece mentira. Que yo, ¡yo, que siempre me he creído dueño de mí mismo!, haya estado sometido a voluntades ajenas. Esas medicinas, los licores que me servía Robertson o Gallagher…

—Todos están confabulados, unidos. Unos por hipnosis y drogas, otros por convicción. Incluso Susan Brownley era de ellos. Pero Susan tuvo miedo e iba a hablar. Sabiendo su debilidad de carácter, la vigilaron. Y cerraron su boca. El error de esos hombres fue no cerrar la mía también.

El rubio galán asintió. Luego, hizo una pregunta:

—¿Y por qué todo eso, Lash? ¿Por qué drogamos, por qué hacer desaparecer a Ada, por qué disparar mortalmente sobre Susan, por qué de tantas y tantas cosas increíbles?

Wade Lash endureció el gesto.

—Hasta hace un momento, no he podido explicármelo —dijo lentamente.

—¿Pero *ahora* lo sabe? —Se asombró Ridges.

—Sí. He tenido que hurgar en los bolsillos, descubrir que durante mi inconsciencia en casa de la Brownley me han despojado de una inocente libreta de apuntes de Ada Goring, donde sólo se habían especificado al parecer visitas turísticas a determinados lugares, cuando he comprendido la importancia de esa libreta… y la razón del interés de Robertson por esa revista —señaló el periódico sensacionalista con un ademán dramático, digno del escenario del «Rívoli»—. He ahí la causa de todo, la razón de un crimen y un

secuestro… o posiblemente de dos crímenes.

Clem Ridges miró el periódico. Los ojos desconcertar dos se volvieron a Wade, esperando una explicación mejor. Expresó su incomprensión con unas palabras dubitativas:

—No logro entenderle bien, Lash…

—Por el mismo orden en que ustedes fueron de visita a West Point, a los Astilleros de Brooklyn, al acorazado «Baltimore», al Museo «Whitney», a los «Docks» de New Jersey…, han ocurrido allí los desastres citados en los periódicos. Estamos hartos de leerlos, de ver las noticias ante nuestras narices, sin alcanzar su significado. ¿No es cierto que han visitado ustedes *todos* esos lugares, Ridges?

—Cielos, sí. Aunque borrosamente, recuerdo que…

—Es suficiente —cortó Wade enérgicamente—. Estuvieron allí. Después, hubo explosiones, voladuras, muerte, destrucción, siempre sin causa justificada. Accidente, error…

—¿A dónde va usted a parar, Lash?

—A una sola palabra, Ridges: ¡Sabotaje!

CAPÍTULO IX

¡Sabotaje! Suena completamente fantástico, Lash. Como una novela o una película. El «Dodge» verde devoraba el asfalto, a través de la madrugada desierta y triste de Manhattan. Todo el bullicio, el estruendo y la vitalidad de las arterias centrar les de la ciudad, era después de las dos de la madrugada quietud luminosa, amplias vías bañadas de claridad multicolor, pero sorprendentemente deshabitadas. Únicamente los «*night club*» de mayor precio continuaban abiertos.

Wade hizo girar el coche en una esquina de la Calle Cuarenta, y siguió adelante.

—Pero no es novela ni cine, Ridges —habló serenar mente—. Es algo real, algo que nos está sucediendo a nosotros.

—Sí, eso lo entiendo. A mí me sucede, porque fatalmente me he visto envuelto dentro de la telaraña. Pero usted… ¿por qué se ha metido usted en este baile de locos suicidas?

—Porque yo soy un poco loco también… y un mucho suicida. Tengo razones para serlo, después de todo.

—¿Qué razones? ¿Odia la vida, o desafía a la muerte por deporte?

—Ni una cosa ni otra. Adoro el vivir, y detesto la fea cara de la Muerte. Pero no siempre es dueño el hombre de elegir su destino.

—Cierto. —Ridges vio, pensativo, cómo viraba Wade de nuevo, manejando expertamente el volante. Ahora subían por Broadway, en busca de la parte de Manhattan—. ¿A dónde vamos, Lash?

—En busca de la última pista, del último eslabón de la cadena: los «Blue Apartments», en la Calle Cincuenta y Cuatro.

—¡Demonio! Allí viven los demás: Gallagher, Campbell, Eaton y Dicky Carson.

—Esperemos que sigan aún allí.

—¿Qué quiere decir?

—En su mismo edificio, Ridges, reside Shere Grant, lo sé. Pero no he querido indagar sí continuaba allí, por evitar que ella advirtiese a los demás, ahuyentando la caza. Tenemos que encontrarlos allí a toda costa.

—¿Y si los encontramos?

—Aclararemos de una vez para siempre muchas cosas.

—Ellos son cuatro, Lash. Y nosotros, dos. ¿No será algo difícil?

—Posiblemente. Pero hay que intentarlo, hay que encontrar a toda costa a Ada Goring. Ella es la única que puede llevarnos al final del asunto, la que podría, con su declaración, desenmascarar ante el Departamento Federal a la cuadrilla de saboteadores metida en la formación teatral.

—¿Es sólo por esa razón por la que busca a Ada Goring como un demente? ¿Por patriotismo y amor a la Ley?

Wade no respondió, Ridges soltó una breve risita, al advertir la crispación de sus mandíbulas, en tanto que continuaba con la vista fija ante sí, en la cinta asfaltada, bañada en luz, de la amplia y recta línea de Broadway.

—Si su teoría es cierta, Lash, ¿cómo pudieron hacer los sabotajes? —habló Ridges, tras un largo silencio.

—A pesar de las drogas, tendría que recordar algo… y le confieso que me es imposible imaginar a cualquiera de ellos haciendo cosa alguna que le permitiera emplazar un poderoso explosivo en alguna parte. Son sitios muy vigilados y controlados, nosotros íbamos en visita turística… Resulta fantástico, Lash.

—Lo sé. Por eso no puedo ir al F. B. I y contarles eso. Dirían que es un cuento chino, y no me harían el menor caso. ¿Comprende ahora por qué seguimos adelante? Hacen falta pruebas, razones contundentes… y Ada Goring puede dárnoslas. Si apuntó aquellas fechas y lugares, es porque sabía algo.

—¿Y si la han asesinado también, como a Susan Brownley?

—Entonces… Entonces lucharé de otro modo…

Y por la forma en que lo dijo, a Clem Ridges, el actor inglés, no le cupo la menor duda de que lo haría.

Los «Blue Apartments» constituían un bello lugar, rodeado por una verja cuya media parte inferior la formaba una cerca de piedra

rústica. Unos breves jardincillos, al otro lado de la verja, con una corta y ancha senda de grava bien iluminada, iban a morir en los escalones de acceso a un edificio que tenía todas las apariencias de una clínica, pero sobre cuya fachada, decorada en azules vivos y suaves, un fluorescente rezaba: «Blue Apartments. Luxury and confort».

—Lujosos y confortables —recitó con un suspiro Ridges—. Nunca había estado aquí.

—¿No visitaba a sus compañeros?

—No. Vivían muy apartados de los demás. Ahora comprendo la razón.

Entraron en el sendero de grava con el coche, dejándolo aparcado en una amplia plazoleta lateral de mosaicos azules y blancos, donde otros varios vehículos se alineaban en diagonal.

Avanzaron hacia la puerta con paso firme. Súbitamente, Ridges apoyó en Wade una mano, oprimiendo con fuerza su brazo.

—Espere. ¿De qué forma vamos a presentarnos ahí? Si les avisan nuestra presencia, tal vez lo malogremos todo. Nos esperarán alerta. ¿No sería mejor avisar a la policía?

—¿Y ponernos en ridículo con simples sospechas disparatadas, que a ellos aun les sonarían a más disparate? No, Ridges. Hemos de confiar sólo en nuestras fuerzas. Y, naturalmente, no hay más que un medio de entrar ahí sin infundir sospechas. Sígame.

El actor, tras una breve duda, resolvió seguir al decidido aventurero. Wade y él entraron en los «Blue Apartments» con paso resuelto. Wade caminaba unos pasos adelantado, y llegó ante el lujoso «comptoir», donde un empleado, de soberbio uniforme, igualmente azul, les sonrió, obsequioso, aunque torció algo el gesto al advertir que no traían consigo equipajes. Producía la impresión de un almirante en su navío insignia.

—Necesitamos un apartamento doble —dijo gravemente Wade —. ¿Tienen disponibles?

El conserje dudó.

—Verá, señor. Es costumbre de la casa no alquilar apartamento alguno a huéspedes que carecen de equipaje, y…

—No precisaba equipaje en esta corta estancia en la ciudad — observó Lash—. Tengo mi coche ahí fuera y creí que ello no iba a implicar dificultades.

—¡Oh, tiene coche! —El rostro del almirante de azul se iluminó —. Esto es diferente.

Basta conseguir su matrícula, para que sean admitidos. Por favor, ¿quiere hacerlo en el libro registro? Es la costumbre en casos así, señor…

—Por supuesto —sonrió Wade. Tomó el grueso libro de ingreso, y extendió su nombre en la casilla correspondiente, anotando después el número de matrícula de su «Dodge».

Siguió Ridges en la inscripción, y mientras el inglés escribía, Wade habló al conserje:

—Me recomendó estos apartamentos un buen amigo mío, que se alojó aquí hace cosa de un mes… Por cierto que tenía pensado quedarse aquí una larga temporada, según me dijo en su carta. ¿Tiene la bondad de decirme si sigue aún aquí? Le daría una gran alegría, si pudiera verle.

—Naturalmente, señor. ¿Cuál era el nombre de ese caballero?

—Billy Carson —dijo con toda serenidad Wade Lash.

—De Virginia.

Clem alzó los ojos, asombrado, dejando la pluma. El conserje tomó el libro, buscó unas fechas determinadas y su índice recorrió las hileras de nombres. Wade aguzó la mirada cuanto le fue posible. Había observado que era también norma de la casa consignar a los nombres de los huéspedes el número de su apartamento, con cifras rojas. De pronto, el dedo del conserje se detuvo en un Carson. Meneó la cabeza negativamente, al leer el nombre.

—¿Ha dicho Billy o Dicky? —indagó.

—Billy.

—No, no es éste —dijo el hombre—. Vea, es Dicky Carson, no Billy. Y procede de Inglaterra, no de Virginia.

Wade, tranquilamente, lo comprobó así.

—Sí, ya veo —sus ojos miraron el número en rojo, lo grabó en su memoria. Luego, se apartó—. Bien, gracias. De todos modos, es posible que se inscribiera con nombre falso. Es un poco bribón, ¿entiende?

—Sí, señor —sonrió el «almirante», recogiendo el guiño de Wade y, sobre todo, el billete de cinco dólares que le tendió el joven—. Y mil gracias, señor.

Pulsó un timbre, apareció un botones de flamante azul y aire

soñoliento, que recibió el encargo:

—Piso doce, Jimmy. Apartamento
B-129
para estos señores.

El chico asintió, arrastrando de ellos hacia un ascensor reducido y confortable, tapizado inevitablemente en azul. A Wade empezaba a fatigarle aquel color.

—Si fuera verde, empezaría a preguntarme si estoy en la Ciudad del Mago de Oz —comentó mordazmente a Ridges, ganándose una sonrisa divertida del botones.

Les dejaron en un apartamento puramente cinematográfico, con dobles dormitorios gemelos, doble cuarto de baño y doble saloncito de estar. Todo lujoso, diminuto, bien amueblado y con un exceso de azules realmente intolerable, pese a la delicadeza y buen gusto con que se habían armonizado.

Pero a Wade le importaban un ardite el apartamento y sus lujos. Se quedó plantado en mitad de la habitación, con las manos en los bolsillos. Ridges le miró, calculador.

—¿Y ahora? —indagó el británico.

—Ahora, a entrar en acción —dijo rudamente Wade—. Si el
B-129
está en el piso doce, apuesto diez contra uno a que el
A-187
tiene que estar en el piso dieciocho.

—¿Cómo sabe usted el apartamento que ocupan ellos?

—Cuestión de vista y de rapidez —dijo sin modestia alguna Lash, echando a andar de nuevo hacia la puerta. Pegó el oído a la hoja de madera—. Baja el ascensor, al parecer.

—¿Vamos a subir al piso dieciocho?

—Naturalmente —abrió la puerta con cautela, miró a un lado y otro del corredor. No vio a nadie, e hizo una seña a Ridges—. Vamos, amigo. Hay que obrar con premura. Disponemos de poco tiempo.

Salieron al pasillo. Wade cerró con llave tras sí, y avanzó hasta el ascensor. Había tres cabinas, pero todas señalaron, a excepción de la que funcionaba en sentido descendente, el emplazamiento del ascensor en la planta baja. Wade hizo una seña y siguió hacia la escalera.

—Vamos por aquí —dijo—. No nos cansaremos demasiado por seis pisos.

Subieron. Wade, al pisar el decimoctavo, hundió significativamente la mano en el bolsillo derecho. Ridges lo observó y tragó saliva.

—¿Va a hacer falta *eso*? —preguntó, algo inquieto.

—Nunca se sabe —dijo Wade, con sonrisa de lobo, buscando el apartamento
B-187.

Lo encontró al final de un corredor. Miró a Ridges, que no las tenía todas consigo, y se iba rezagando más y más. Wade le hizo una viva seña, sin despegar los labios.

Una vez frente a la puerta del apartamento, las facciones de Lash se endurecieron. Extrajo la automática, con la que señaló la hoja de madera, ante el sobresalto de Ridges, que miró el arma con aprensión.

—No me gustan las puertas abiertas —susurró—. Es señal de que no guardan nada.

Ridges no le entendió, hasta que pudo apartar los fascinados ojos de la «*browning*» y miró a la entrada del apartamento. Wade tenía razón; la hoja aparecía sólo entornada. Una tibia luz azulada salía del interior, trazando una línea quebrada en la alfombra celeste y cobalto del corredor.

—¿Qué piensa hacer ahora? —susurró Ridges.

Por toda respuesta, Lash soltó una risita. Después cargó violentamente contra la puerta, pistola por delante, y se echó a un lado, tras haber penetrado de un brinco felino en la estancia. Ridges, automáticamente, guiado más por el instinto que por la seguridad en cuanto ocurría, saltó también de costado, eludiendo el hueco de entrada.

Wade escrutó, amenazador, la estancia alumbrada suavemente, los muebles y decoración gemelas al apartamento recién adquirido. Allí no había nadie visible.

—Es curioso —dijo—. Me paso la noche allanando moradas, y en todas partes me encuentro un cuadro similar. Ni rastro de ser viviente. Vamos, Ridges, entre. No se le van a comer…

Clem Ridges, algo corrido, entró detrás de Wade, que avanzaba ya cautamente por el piso. Le vio detenerse frente a un mueble-bar,

cuyas puertas abiertas mostraban hileras de botellas sobre un fondo de luz azul. Había algo curioso en aquello, y la perspicacia de Lash no dejó de advertirlo.

—¿Ha observado? —dijo con un asomo de sonrisa—. Todas las botellas son de vodka.

Raro, ¿no le parece?

Ridges no respondió más que con un asentimiento. Estaba mirando hacia el suelo, en cuya alfombra se veía un gran charco de líquido, y fragmentos de vidrios. Wade siguió su mirada.

—Una botella rota —observó. Inclinóse a tocar los vidrios, y olfateó las yemas de sus dedos tras rozar la alfombra celeste—. Hum… Esto no era vodka. Huele a *brandy*.

Alzó la cabeza, pensativo, fijando la mirada en un teléfono de pasta color cielo, y junto a él un listín telefónico. Había líquido también en la mesa, y había goteado al suelo. La madera pulimentada mostraba amplias manchas descoloridas. Wade frunció el ceño al advertir algo más. Un fragmento de cristal que no encajaba en los otros. Lo tomó de la mesa y lo estudió a la luz. Se lo tendió a Ridges.

—Una extremidad de una ampolla de inyectables, cortada por una lima —observó—. Han drogado a nuestro amigo Robertson… o a alguien más.

—Es usted un detective admirable, Lash —se asombró Ridges.

—Gracias —hizo una mueca el joven aventurero y se inclinó sobre el listín, hojeándolo distraídamente. Luego, muy resuelto, tomó el teléfono. Lo alzó, ante el horror de Ridges, y habló, torciendo la boca, con una voz deformada, algo estridente.

—Oiga, ¿es la centralita?

—Sí, señor —le respondió una voz femenina—. ¿Qué desean ahora?

—Llama el apartamento
A-187,
señorita…

—De sobra lo sé. ¿Se cree que se me puede olvidar su departamento, después de tantas llamadas?

—Perdone. Ahora es algo diferente.

—Menos mal —bostezó sin duda la airada operadora—. Supongo que no se pasan la vida buscando clínicas por puro

deporte.

—¿Clínicas? —Wade tensó sus facciones. Miró a Ridges, que hizo un gesto de extrañeza, y le guiñó un ojo, añadiendo—: No, no, señorita, ya encontramos lo que buscábamos.

—Sí, eso dijeron la última vez. ¿Qué es lo que quiere ahora, señor?

—Verá. Deseo comunicarme de nuevo con el último número de las clínicas buscadas. —Wade había pergeñado rápidamente su plan de batalla ante aquel regalo providencial. ¿Lo recuerda aún por casualidad, o tendré que buscarlo otra vez?

—¿De modo que era algo diferente, eh? —se mofó la operaria—. Vaya, vaya…

—Bueno, ahora es sobre seguro, ¿no? —rió Wade, esperando.

—Sí, claro. Espere un momento. Tengo aquí el número. Sí, éste es… —hizo una pausa. Entretanto, Wade estaba abriendo febrilmente, con la otra mano, el listín telefónico. Encontróse varias hojas manchadas, pero no se detuvo hasta llegar a la letra C y buscar el apartado de clínicas. Había miles en Nueva York. Y las hojas estaban empapadas de licor. Olían a *brandy* también, no a vodka.

—Columbus… Doce… tres… nueve… —La voz de la operadora y la acción de marcar seguían sonando en el otro oído de Wade, que rápidamente archivaba las cifras en su mente. Acabó ella—: Veintidós… cinco. Es ése, ¿verdad?

—Creo que sí —asintió Wade.

—Ya tiene la conexión. Y espero que sea la última —dijo airadamente ella, cortando. Wade rió, en tanto que su índice recorría con vertiginosa rapidez las cifras del listín, bajo la mirada perpleja y admirativa de Ridges.

—¿Diga? —habló una voz. Lo hizo un segundo después de detenerse el índice de Wade en un número: Columbus
1 239 225.
El índice siguió a la izquierda, en tanto repetía la voz, impaciente, al otro extremo del hilo—: ¿Diga, por favor?

—¿Clínica Hamilton? —inquirió secamente Wade, tras leer el nombre que correspondía al establecimiento de aquel número.

—Sí, señor. ¿Quién llama?

—Tenemos un enfermo aquí. Haría falta su ambulancia en el

acto, por favor.

—¿Ambulancia ahora? Ésta es una clínica particular, señor, y el servicio urgente nocturno corre de cuenta del solicitante por completo. Si lo desea…

—Claro que lo deseo. ¡En el acto!

—Bien, señor. ¿A dónde ha de ser enviada la ambulancia y de qué naturaleza es el caso? Nosotros únicamente nos ocupamos de nuestra especialidad. Dolencias cerebrales y Psiquiatría en general…

—Por supuesto. El enfermo está en los «Blue Apartments», Calle Cincuenta y Cuatro.

—Un momento, señor. ¿No habrá algún error en esto? Ya hemos acudido esta noche a los «Blue Apartments» para un caso urgente cerebral y…

—Se trata de *otro* caso —cortó fríamente Wade, cuyos ojos centelleaban ahora con una vitalidad increíble—. ¡No pierdan tiempo, por favor! El otro enfermo pertenecía al apartamento
A-187.
Ahora se trata del
B-129,
y han de preguntar por Clem Ridges al llegar. Es urgentísimo, por favor. No tarden.

—La ambulancia llegará enseguida —aseguró, cortando la comunicación, el operador de la clínica.

Wade colgó, mirando con aire triunfal a Ridges, que parecía realmente atónito.

—Pero… pero… ¡que me ahorquen si entiendo algo de esto!

Wade consultó su reloj, mordiéndose los labios. Recuperó su «*browning*» y le sonrió al actor inglés.

—Aún falta lo más divertido —dijo con dureza—. La lógica no falla nunca, amigo mío.

—Yo no veo nada lógico en todo esto, Lash.

—Y, sin embargo, lo hay. ¿Dónde ocultaría usted a una persona de quien quisiera deshacerse momentáneamente, en forma impune, y sin necesidad de matarla?

—No sé.

—Imagínese que esa persona va inconsciente, narcotizada o algo así. ¿No se le ocurriría la idea de buscar una clínica privada,

internarla allí, abonando una semana o quince días anticipadamente, y despreocuparse por completo de ella en ese tiempo?

—Pero en la clínica descubrirían la superchería.

—No, mi querido amigo. Recuerde que la droga que se pone en juego *afecta realmente* al funcionamiento cerebral y puede ser totalmente desconocida por los médicos. Tal vez éstos, perplejos por el caso, no lleguen a advertir en cierto tiempo que todo obedece a la acción de una droga.

—¿Cree que Robertson está internado allí, como un supuesto enfermo mental?

—Es posible. —Wade estaba cerca de la alcoba del fondo ya. Se volvió a Ridges. Terminemos de ver esto y volvamos a nuestro apartamento. Hay que preparar la farsa…

El actor británico le siguió, no muy convencido. Wade llegó al dormitorio, lo examinó sin encontrar nada anormal. De igual forma recorrieron otros dos dormitorios. No había nadie en ninguno de ellos.

—Ha volado la caza —dijo Wade por último, con un suspiro—. Temían algo, o algo les obligó a salir. Nuestra única esperanza consiste en esa clínica…

Wade Lash habíase parado ante la última estancia que le quedaba por ver. El cristal escarchado indicaba que era un cuarto de baño. Lo abrió, girando la llave de la luz.

Una claridad azul, tenue y suave, alumbró el suelo de mosaicos celestes, la bañera, blanca y rectangular… y también el cadáver que flotaba dentro del recipiente lleno de agua.

Unas gafas aparecían enredadas en la tela hinchada de su chaqueta. El pelo grisáceo se agitaba como una medusa en el agua de la bañera. Un rostro anguloso, unos agudos ojos grises, vidriados por la muerte, les contempló desde el fondo del baño.

—Bueno —suspiró Wade Lash, mirando de reojo el pálido rostro de su compañero—. Ya hemos encontrado al profesor Claude Robertson, del
«London's
Little Theatre».



Wade Lash se detuvo, arma en mano

CAPÍTULO X

Estaban de vuelta en su apartamento. Ridges cerró la puerta, con una expresión que hacía temer que sus náuseas estallaran violentamente de un momento a otro. Wade Lash, aunque más sereno, mostraba la dureza de gesto de quien se siente rabiosamente humillado por el adversario.

—Van sembrando de cadáveres nuestro camino —dijo sordamente—. Robertson podía ayudamos, Ridges, a desenmascarar a esa cuadrilla de asesinos y saboteadores, pagada sabe Dios por quién y por qué país.

—¿Duda usted eso todavía?

—No, no dudo. Hay cosas claras como la luz del día, y nuestro país no tiene muchos enemigos en el mundo. Entre esos pocos, no sería difícil dar con el instigador de todo eso. Nos han metido un cáncer debajo de la piel, y lo malo es que si acusamos la presencia de ese cáncer a las autoridades, se van a reír de nosotros.

—Me resulta increíble…, ¡increíble!… —Ridges se cogió la cabeza entre las manos, evocando sin duda la horripilante escena del baño del piso dieciocho—. ¡El profesor Robertson asesinado! Una eminencia de la escena inglesa, un hombre que jamás hizo daño a nadie…

—Los inocentes son siempre las víctimas propicias, Ridges. Pero no olvide que usted mismo pudo haber sido antes víctima de los asesinos. Y hasta a manos del propio Robertson, que sin duda fue quien le asestó el golpe en la nuca, al resistirse usted a tomar la droga.

—De eso no puedo guardarle rencor… Fue una acción involuntaria.

—Celebro que piense así, amigo mío —dijo lentamente Wade

Lash, aguzando el oído; una campanilla lejana, resonando insistentemente, le anunció la aproximación de la ambulancia.

—¿Por qué dice eso?

—Porque voy a necesitar un paciente para engañar al personal de esa ambulancia, de la clínica Hamilton, en una palabra.

—¿Y bien? ¿Dónde va a encontrar ese paciente?

—Lo tengo aquí.

—¿Aquí? No le entiendo…

—Es usted, Ridges.

—¿Yo? ¿Se ha vuelto loco? ¡Tardarán un minuto en descubrir que les engañamos!

—Tal vez tarden un poco más. Por eso le decía que celebraba su bondad al no guardar rencor a quien le ataca. De veras lamento lo que he de hacer ahora, pero… no hay otro remedio.

Lash había extraído de nuevo su «*browning*». Clem Ridges adivinó, sin duda alguna, lo que iba a hacer Wade. Su mirada se dilató, e incluso quiso defenderse del ataque. Pero Wade le asestó el impacto con la culata de su automática en el cráneo, antes de que el otro lograra evitarlo.

Gimió entre dientes el rubio galán de la escena inglesa, y se derrumbó de bruces en el alfombrado apartamento azul. Wade guardó su pistola, contemplándole con pesar.

—Lo siento, muchacho —musitó—. Era necesario…

Extrajo rápidamente la ampolla de su bolsillo. Se encaminó al mueble-bar. Había dentro copas diversas. En una de ellas vació la mitad de la ampolla, después de quebrar el vidrio. La otra mitad la echó en una segunda copa. Arrinconó la anterior al fondo del mueble, y en la segunda echó agua del grifo.

Se inclinó sobre Ridges. Entreabrió a viva fuerza sus comprimidos labios y derramó en la boca el licor. Pese a la pasiva resistencia del desvanecido, un setenta u ochenta por ciento del líquido penetró por su garganta. Wade secó con una toalla el resto que fluía por sus comisuras y se irguió satisfecho. Era cuanto podía hacer por engañar a la clínica. Si esto fallaba, sería por los imponderables.

El timbre sonó. Wade estiró una mano, alzando el receptor.

—Ha llegado una ambulancia, señor —informó el conserje de *comptoir*—. ¿Es cierto que tienen un enfermo ahí? Insisten en que es

del apartamento
B-129.

—Es cierto. Mi compañero ha sufrido un ataque cerebral. Pueden subir a recogerle. Yo iré con él a la clínica. No tiene a nadie más en la ciudad, compréndalo.

—Sí, claro, claro. Demonio, es también coincidencia…

—¿El qué?

—Nada, nada —el conserje pareció arrepentido de su comentario—. Ahora suben, señor.

Wade colgó con una sonrisa. La aventura estaba iniciada. Sólo Dios sabía si al final de ella estaría Ada Goring. El hecho cierto es que había conseguido olvidar a Johnny Moran y a Doc Hausman. Eso ya era algo.

* * *

Mientras la ambulancia le conducía a través de la madrugada de Nueva York; en dirección al establecimiento sanitario, Wade Lash, inmóvil junto a la litera en la que reposaba profundamente Clem Ridges, con la apariencia de un enfermo auténtico, no podía dejar de pensar en lo sencillo que hubiera resultado, pistola en mano, reducir a los dos sanitarios del vehículo, haciéndose el amo de él para abandonar la ciudad y eludir así el cerco puesto por Moran y su banda.

Pero no podía hacerlo. Su vida no contaba ahora. Antes que ella, insignificante y carente de valor, estaba la de Ada Goring, una linda muchacha en peligro. Y la de muchos americanos que seguirían muriendo en «accidentes» sin explicación plausible.

Tenía que salvar a Ada Goring, la bella pelirroja inglesa. Y con ella, a cuantos ignoraban lo cerca que estaba de ellos la muerte solapada, la mano trágica y ensangrentada del odio, del crimen abominable pagado por el extranjero…

Era extraño, pensó, que él se ocupara ahora de cosas así. Wade Lash, jugador y bribón de los bajos fondos, metido en una tarea patriótica. Luchando con todas las desventajas, frente a unos agentes pagados con oro extraño, contra el sabotaje organizado, que se encubría tras la apariencia inocente de una formación teatral británica.

La ambulancia devoraba calles y calles. En la litera, Ridges no se movía. Wade tampoco, en su asiento. A su lado, un sanitario atendía al supuesto enfermo, en tanto que el otro conducía el vehículo.

Por fin la ambulancia se detuvo. Abriéronse las portezuelas posteriores…

* * *

La enfermera contempló a Lash con aire fríamente profesional.

—No se preocupe por su amigo, señor Scott —dijo a Wade—. Estará bien atendido por el doctor Ross, en el piso de enfermos cerebrales.

Wade sonrió a la matrona vestida de blanco. Tenía demasiada pintura en la cara para su cargo de enfermera. También tenía demasiado de todo bajo el blanco almidonado de su uniforme. Y ella lo sabía.

—De acuerdo, preciosa —dijo el falso Scott con aire jovial—. De todos modos, me gustaría subir y ver cómo está atendido. Será sólo un momento y…

—Está terminantemente prohibido —cortó ella, con voz glacial —. No insista. Aunque yo le dejara subir, cosa que no ocurrirá, el doctor Ross haría que le expulsaran en el acto. Es un pabellón de enfermos muy delicados. No puede entrar nadie ajeno a la clínica. Y aun el personal, con ciertas restricciones.

—¿Tampoco puedo esperar a que termine usted su turno, para consolarme de la desgracia de mi amigo en buena compañía? —dijo con enorme cinismo Wade.

La enfermera le examinó con ojos helados. Pero había en ella algo que no era helado, y se le escapaba aun sin querer.

—Si me molesta, llamaré al director —dijo con sequedad.

—Yo no molesto nunca a las chicas. Pregúnteles a ellas —estiró una mano audazmente y pellizcó su barbilla. Se ganó una mirada electrizante—. ¿Tarda mucho en salir de este horrible lugar?

—Hará bien en largarse —dijo la enfermera irritada—. De todos modos, aun tengo trabajo hasta las ocho de la mañana.

Wade rió entre dientes, mirando con insolencia a la opulenta enfermera.

—Demasiado tarde, hijita —y supo que acababa de decir una gran verdad—. Mi vida termina a las seis. Ni un minuto más.

—¿Sí? —El despecho hizo que ella se mostrara más agria ahora —. Pues puede irse a acostar antes de las seis, porque aquí no va a sacar nada en limpio. Buenas noches.

—Buenos días —rectificó amablemente Wade, dando media vuelta.

Salió del blanco vestíbulo con olor a desinfectantes. El jardincillo de la clínica se extendía, en suave pendiente, hasta la verja que daba a la calle. Wade no pensaba seguir ese camino.

Rápidamente se desvió a la derecha, siguiendo un arriate de hierbas y flores, que pisoteó sin remordimientos de conciencia, pegada la espalda al muro del edificio.

De ese modo, siguió una prolongada galería de cristales, herméticamente cerrada, que concluía en una nueva puerta vidriera.

Wade se ocultó tras una columna de ladrillos, cuando una enfermera que allí se encontraba abrió la vidriera para salir al jardín. Se encaminó con paso rápido y seguro a un edificio anexo, de sólo dos plantas, en cuyas ventanas superiores brillaba luz. No hizo acción de asegurar el cierre de la puerta a su salida.

Lash, rápidamente, maniobró en aquella entrada al desaparecer ella. Se encontró en un corredor blanco e impoluto, con fuerte olor a medicamentos. Al fondo, otra vidriera daba a una escalera, y sobre ella, un luminoso en rojo señalada: *Plantas superiores*.

La suerte seguía siendo su aliado en aquella descabellada aventura. Con la mano hundida en el bolsillo donde reposaba su inseparable «*browning*», Lash avanzó hasta la vidriera rotulada, la empujó, enfrentándose con la escalera. Acto seguido se hundió con gran viveza de movimientos, en un hueco situado junto a los tramos.

Un hombre descendía por la escalera. Su bata blanca, el gorro de igual color, y la mascarilla colocada sobre su rostro, le hacían exactamente igual a otros doscientos sanitarios que pudiera haber allí.

Wade no necesitaba más. Aún tenía al lado a la suerte. Esperó a que bajara el sanitario. El hombre, al pisar el último escalón, se encaminó a una puerta en la que se leía: *Dependencias*. Empezó a

despojarse de la mascarilla de blanca tela…

Entonces le cayó encima la culata de la automática y no sintió ninguna otra cosa. Los brazos amorosos de Wade le tomaron urgentemente, arrastrándole al hueco donde se había refugiado hasta aquel momento. Una vez allí, procedió a despojarle de bata, gorro y mascarilla, ocupándose después en la tarea de meterle su pañuelo en la boca, hecho un ovillo, y anudar a su nuca un segundo pañuelo, el suyo propio, completando así la mordaza.

Arrancó sin contemplaciones tiras de tela de la camisa del caído, y las trenzó, convirtiéndolas en eficaces ligaduras, con las que aseguró muñecas y tobillos al sanitario.

Terminada esa labor en un tiempo increíblemente corto, se enfundó él dentro del batín blanco, el sombrero y la mascarilla. Muy solemne, tomó en sus brazos al caído, tras observar que nadie venía, y se encaminó a la puerta de las dependencias. Era una doble hoja de batientes, que empujó, tras observar a través de las dos mirillas circulares de cristal, que no había nadie en la amplia sala llena de armarios y guardarropas.

Uno de ellos le sirvió para ocultar perfectamente al desvanecido sanitario. Tras esa operación, se apresuró a salir del lugar, subiendo con paso natural, sin prisas, la escalera de acceso a los pisos altos.

Un gráfico, en la primera planta, con iluminación interior, señalaba la distribución de cada piso. En la *planta cuarta leyó*:

> *Enfermos cerebrales. Observación. Doctor Howard Ross.*

Aquél era su objetivo. Siguió adelante. Se cruzó con dos hombres vestidos igual que él, que le saludaron con un monosílabo y él sólo respondió con un gruñido ahogado por la máscara. Ninguno pareció interesado por él, y Wade respiró. Su frente aparecía sudorosa, y sentía una fría humedad en la palma de sus manos. Pero siguió adelante.

Cada planta tenía un reloj luminoso, de amplias proporciones. Era como si quisieran recordarle a cada momento que el plazo de su vida iba expirando lenta, implacablemente.

Las cuatro y media… Las cinco menos veintinueve… Las cinco

menos veintiocho, cuando alcanzó la planta número cuatro.

Una enfermera le estudió con aire crítico desde un mostrador con teléfonos.

—¿A dónde va? —le preguntaron con aspereza.

Wade se quedó plantado frente a ella, mirándola serenamente.

—Me llamó el doctor Ross —manifestó con toda frialdad—. Es para el enfermo recién ingresado, señorita.

—Oh, sí, ese hombre del diecisiete —la enfermera no apartó de él sus ojos—. Creí que habían llamado a Taylor. Usted debe ser de la planta segunda, ¿no?

—Acertó —respondió Lash, escueto.

—Bien, pase —la enfermera le señaló el largo corredor saturado de olor a ácido fénico—. Cuarto diecisiete. Cuidado al pasar por el quince. Es una paciente especial…

Asintió Wade, notando que el corazón le daba un vuelco. *Una paciente especial en el quince…*

Caminó corredor adelante. Sus pasos eran firmes, seguros, aunque toda firmeza y seguridad empezaban a huir de él. Sentía incluso un temblor ligero en las piernas. Con el rabillo del ojo iba examinando las cifras luminosas de cada cuarto.

Pares e impares, según su colocación a derecha o izquierda. Uno… tres… cinco… siete… nueve… once… trece… *Quince*.

Sus pies casi le frenaron, aunque el diecisiete era su destino, y estaba seguro de que la enfermera seguía sus pasos con mirada crítica. Aquél era un piso restrictivo, la empleada del vestíbulo lo había dicho. Todo iba a ser muy difícil. Pero no imposible.

Empujó la puerta del diecisiete. Entró. La cama estaba vacía. Wade se quedó perplejo, con la vista fija en las sábanas revueltas, sin rastro de Ridges. Tampoco había nadie más en la estancia.

El muro de comunicación con el cuarto número quince mostraba una puerta. Pero la distancia entre ambas estancias señalaba la presencia de algo más, separándolas. Tal vez un cuarto de baño.

Rápidamente Wade probó el picaporte, que no resistió a su presión. Estaba abierto. Empujó lenta, muy lenta y sigilosamente. Se encontró, como ya esperaba, en un reducido cuarto de baño, con ducha y una pequeña pileta cuadrangular, de mosaicos verde claros. Al fondo otra puerta comunicaba, directamente ya, con la sala número quince.

Wade extrajo su pistola. Acercóse muy despacio a aquella puerta. Pegó el oído a la madera.

Captó el sonido de voces de hombre. Eran varias, y todas ellas hablaban en tono susurrado, apenas audible. A pesar de ello le llegaron varias frases sueltas:

«Es preciso eliminarla…». «Ese hombre es muy listo…». «Puede declarar contra nosotros…». «Lo de Robertson era inevitable…».

Wade contuvo el aliento, tensó sus músculos y nervios. Muy lenta, sin temblar, la mano izquierda de Lash se acercó al picaporte, apoyó en él los dedos, probó sin esperanza alguna, girando muy despacio, muy cauteloso…

Contra todos sus temores, también cedía la puerta. No cabía más que una explicación: Les interesaba el contacto entre una estancia y otra. Además de los saboteadores, había más gente complicada en el asunto. Gente de aquel establecimiento sanitario. Estaba, ahora lo comprendía, en terreno totalmente enemigo. Y sólo gracias a su enorme audacia, le había sido permitido llegar hasta allí.

El último eslabón empezaba a estar ya claro para Wade. Su aguda mente lo había recelado antes. Y ésta era la total confirmación. Las voces continuaban su charla, bien ajenas a su maniobrar en la puerta.

De repente una nueva voz sonó en la estancia. Fue más aguda, femenina sin duda, Y su sonido plañidero una queja prolongada y penosa:

—Tengo… sed…

—¡La chica se despierta, doctor! —dijo una voz áspera, familiar a Wade—. ¿Qué hacemos?

—Es el momento —respondió la otra voz—. En la naranjada, el veneno surtirá su efecto. Rápido, admínístrenselo. Yo firmaré la defunción, y todo resuelto…

—Tengo sed… Mucha sed… —gimió aquella voz ronca, apagada.

Y Wade la hubiera reconocido entre mil, entre un millón de voces distintas: *¡Era la de Ada Goring!*

Rápidamente terminó de girar el picaporte. Empujó la puerta con violencia y penetró en la estancia, pistola por delante.

—Buenas noches, señores —saludó duramente—. ¿No se han olvidado de invitarme a mí?

Los rostros de seis hombres se volvieron hacia él en redondo. Seis expresiones petrificadas, atónitas. De manos de Gallagher, el regidor del «Rívoli», cayó el vaso de naranjada, estrellándose con sordo chasquido en el embaldonado suelo.

—¡Wade Lash! —musitó otro de los presentes, con estupor.

La mirada de Wade, pasando por encima del femenil Carson, de Campbell, de Eaton y de un hombre con bata blanca y rostro adiposo, innoble pero inteligente, se clavó en el último de los presentes, acaso el más sorprendido y sobresaltado de todos por su presencia.

—Tenía ganas de comprobar la última parte de mi teoría —dijo secamente Lash, perforándole con sus heladas pupilas—. La que hacía referencia al verdadero cerebro de la organización. En resumen, a usted, Clem Ridges.

El guapo galán de rubios cabellos y depurado inglés no hizo sino una observación:

—¿También sabía eso, Lash? Es más listo de lo que imaginaba…

Capítulo XI

Todo lo que siguió a la dramática revelación de la última verdad sospechada por Wade Lash fue rápido, más aún, vertiginoso y terrible.

Su mirada había ido a detenerse en la pelirroja cabecita apoyada en la almohada de un lecho gemelo a aquel que tenía que haber ocupado Ridges. Ahora sí estaba contemplando el rostro sencillo y delicado de Ada Goring. Y jamás a persona alguna podía haberle transformado más el simple paso de unas horas. Parecía su propio espectro.

—Vamos, Ada —dijo gravemente Wade—. Usted y yo vamos a salir de aquí ahora mismo. Y estos caballeros no intentarán detenemos…

Unos ojos jaspeados, inteligentes pero llenos de opacidad y torpeza, se fijaron en él. Algo tembló en ella, extendió sus manos trémulas, como reconociéndole.

—Sáqueme…, sáqueme de aquí —musitó—. Son… todos… malos…

—Son criminales feroces, Ada —recitó con aspereza Wade—. Hombres que no dudan en destruir o en matar, si sirven sus intereses o sus ideas políticas. Pero ahora no van a resistirse, si no quieren ver aquí a toda la policía de la ciudad. En marcha, Ada…

—No… puedo… —gimió ella, intentando incorporarse, para caer en el lecho de nuevo—. No puedo… Váyase usted… sin mí.

—Jamás. He venido a por usted. Los dos o ninguno.

—¡Ninguno! —rugió Gallagher de repente. Y en su mano, que alzó súbitamente, centelleó algo.

—¡Ruidos no! —aulló con premura Clem Ridges, lanzándose de un salto hacia la puerta—. ¡Impedid que salgan! ¡A toda costa!

Wade se echó a un lado al ver maniobrar a Gallagher. El afilado cuchillo silbó en el aire, pasando su fulgurante hoja a dos o tres pulgadas del cuello de Wade, para hincarse, con furiosas vibraciones, en la puerta del baño.

Lash no vaciló un solo momento. Ya se acercaban a él Carson, Eaton y Campbell, en tanto que el doctor Ross se apresuraba a empuñar un bisturí que yacía sobre la mesilla.

Su dedo apretó el gatillo de la «*browning*», y Gallagher, alcanzado mortalmente en el vientre, chilló como una rata, apretándose el abdomen con ambas manos y rebotando contra la puerta de salida, antes de caer de rodillas sobre las baldosas.

El estampido atronó todo el recinto sanitario, y Ross gritó:

—¡Atacadle, evitad que dispare de nuevo! ¡Lo revolverá todo!

Pero era más fácil ordenarlo que hacerlo. Wade vio venir encima de él a tres hombres, en tanto que Ross se abalanzaba sobre la indefensa Ada Goring empuñando su bisturí, con un brillo homicida en los ojos.

Dejó que Eaton estuviera sobre él. El falso actor aulló horriblemente, al cubrirse su rostro de sangre, bajo el impacto del balazo de la «*browning*», y la segunda detonación retumbó en la estancia con virulencia.

—¡Mátala a ella, Ross! —aulló Ridges, extrayendo una automática plana y empavonada—. ¡Ya que Lash quiere ruido, va a tenerlo…!

Sobre Wade cayeron Carson y Campbell, atenazando sus brazos. Ridges levantó la mano armada, apuntando a Wade con dura y brutal sonrisa. Ya no era la víctima inocente de los saboteadores, sino el falso drogado, el hombre que se había fingido ajeno a todo, y era en realidad cabeza directora de la organización criminal.

Lash hizo su último esfuerzo. Volvió a apretar el gatillo, mecánicamente, y el femenil Carson chilló como una mujer, pareciendo derretirse de pronto. La bala de la pistola le había alcanzado en el cuello, por donde brotaban borbotones rojos, en tanto que se derrumbaba como un pelele, soltando a Lash.

Libre su brazo, Wade logró asestar un tremendo golpe con el cañón en la sien de Campbell, y se agazapó acto seguido, con una precisión y elasticidad de movimientos realmente increíble.

La bala de Ridges pasó ligeramente alta, rozando sus cabellos. La

detonación, potente y agria, debió llegar a la calle.

Wade saltó sobre el lecho, a tiempo de frenar el ataque de Ross a la enferma. Le asestó un golpetazo de pistola en el mentón con verdadera ferocidad. Aunque el hueso crujió, estallando bajo el mazazo, Wade golpeó sin compasión una vez más. Sangre y dientes escaparon de la boca del médico, que soltó el bisturí, reculando por la habitación con gritos roncos y angustiosos.

—¡Maldito Lash! —rugió Ridges, en el paroxismo de su cólera, volviendo a encañonarle fríamente.

Wade llegó antes. Y no vaciló al apretar el gatillo de la «*browning*» por tres veces seguidas. Sus ojos no parpadearon mientras vibraba el arma entre sus dedos, y las piezas mortíferas del cargador iban alojándose en el vientre y pecho del traidor, sacudiéndole como a un monigote de trapo.

La muerte borró toda inteligencia del rostro de Ridges, y su rubia melena barrió el suelo cuando hincó la faz en las baldosas.

Ante la orgía de sangre, Ada Goring lanzó un chillido terrible y se desvaneció.

Wade Lash, sin perder un momento, se abalanzó sobre ella, la tomó fácilmente entre sus brazos, sin que la mano derecha abandonara un momento la pistola, y cargó con ella, avanzando hacia la salida.

Su aparición en el corredor provocó una fuga en masa de los enfermeros y enfermeras, así como de dos doctores auxiliares, que retrocedieron despavoridos. Wade avanzó, sin soltar a Ada Goring, y comenzó a bajar las escaleras en un alarde de serenidad y sangre fría.

—¡Ya llega la policía! —gritó alguien abajo—. ¡Evitad que ese loco escape de la clínica!

Los médicos y enfermeros se miraron entre sí, confusos. Nadie se atrevía a atacar el primero al hombre armado, de lívido rostro y siniestra mirada.

Lash sonrió a todos con ironía.

—No tienen que preguntarse cómo van a hacerlo. Yo no me marcharé de aquí. Espero con ustedes a la policía. Y eviten, sobre todo, que sea el doctor Howard Ross quien escape. Creo que tendrán que sentarlo en una silla bastante incómoda y caliente…

* * *

—Vamos, señorita Goring —pidió el hombre inclinado sobre ella —. Ha llegado el momento de hablar. Le hemos administrado un fuerte reactivo contra cualquier droga letal, y el tiempo corre demasiado ligero. De usted depende que podamos salvar aún la Estatua de la Libertad y el Edificio de las Américas, si el relato de su compañero es totalmente cierto. Por favor, señorita Goring, está entre amigos.

Ada miró en torno, parpadeando después. La luz era intensa, la habitación confortable y muy blanca. Hubiérase dicho que seguía en la Clínica Hamilton, de no verse ante rostros afables y amistosos. Y entre ellos, más ansioso que ninguno, uno que le hizo sonreír con ternura y gratitud: Wade Lash.

—Wade Lash… —musitó ella, esbozando una sonrisa—. Aun recuerdo su nombre, ¿verdad?

—Sí. —Wade, emocionado, trémulo, avanzó hacia ella—. Sí, Ada, aun recuerda usted quién soy. Pero con ser maravilloso, no es bastante. Hace falta que recuerde lo demás. Todo lo ocurrido hasta hoy. Toda la historia del
«London's
Little Theatre», de Robertson y los demás, de usted misma… y de los sabotajes perpetrados en el país.

—¡Sabotajes! —Ada se irguió, estremecida—. Sí, Lash, los sabotajes… Hay que impedirlo… Ya han hecho bastantes… ¿Lo sabía usted?

—Lo supe al ver sus anotaciones y relacionarlas con los sucesos últimamente ocurridos. Vamos, Ada, tiene que hablar. Las horas van deprisa, y estoy seguro de que dentro de la estatua hay algún explosivo ya, igual que en el Edificio de las Américas, donde el Presidente tiene que pronunciar un discurso a la nación dentro de tres días. Hay legiones de policías y expertos buscando en ambos sitios. Pero estoy seguro de que ha de ser algo muy difícil de hallar, cuando lograron emplazarlo en todos esos lugares. Y muy pequeño…

—Tiene que ser pequeño… Me pareció descubrirlo en la estatua, hoy mismo…

Bueno, ayer, para ser más exactos. Ya debe de ser domingo, ¿no?

—Sí. Domingo… —Wade miró un reloj mural. Las seis y cuarto. Habían pasado ya las trece horas. Pero ¿cuánto tiempo más iba a transcurrir hasta…? No quiso pensar en ello. Añadió—: Hable sin miedo. Es el Departamento Federal y todos esos señores son agentes del
F. B. I.
Me costó hacerme oír por la policía, pero al final lo conseguí. Y aquí estamos. Puede hablar, Ada.

—No es mucho lo que sé. Comencé a sospechar cuando vi que cada lugar visitado era después escenario de una explosión o un incendio. Entonces recordé muchas cosas raras que no acababa de entender, desde que íbamos a salir de Londres. Los cambios en la compañía, la escasa calidad de actores de los substitutos, que siempre hablaban un inglés demasiado perfecto para ser normal… *como si fueran extranjeros especializados* en nuestro idioma tras años y años de preparación. Recordé que Shipman, nuestro representante en Londres, tenía ideas políticas bastante sospechosas, aunque bien escondidas siempre. Posteriormente, el observar el aire hipnótico; mecánico, de Robertson y de Ridges, los únicos veteranos conmigo en la formación, mis sospechas se acentuaron. Algo raro sucedía allí, ante mis propios ojos. Y me dispuse a vivir bien alerta.

—Ridges interpretaba un papel. No estaba hipnotizado ni drogado. Pero en cualquier riesgo, así lo haría creer. Bastaba para ello imitar la actitud de Robertson, verdadera víctima de la droga. Pero a veces se le olvidaba su papel, como la primera ocasión en que nos vimos. Asomó a la puerta de su cuarto, señal de que la espiaba a usted, Ada, muy de cerca, y se portó normalmente. Además, con él, estaba una mujer de bellas piernas y zapatos rojos. También Susan Brownley tenía lindas extremidades y rojos zapatos. Si estaban juntos en el camerino, es que Ridges no estaba drogado. Después, conmigo, tras la lucha que debió tener para dominar a Robertson, que fue quien realmente no se dejaba drogar, y a quien se llevaron Gallagher y los demás como a usted misma, por la parte posterior de la casa, deshaciéndose posteriormente de él, en los «Blue Apartments». Ridge cometió otro grave error al referirse a Susan Brownley, «asesinada a tiros», cuando yo no había mencionado aún la forma en que fue muerta. Entonces sospeché de él, y fingí confianza en su amistad y colaboración, para no apartarlo

de mi lado y vigilarle hasta el fin. El fin tuvo que ser en la clínica utilizada por Ridges para ocultar a Ada…

—Pero yo no sabía que Ridges mintiera. Creí que era otra víctima, como Robertson —siguió Ada—. Y mi vigilancia se vio compensada. Habíamos entrado en lugares donde se nos miraba minuciosamente cuanto llevábamos. ¿De qué modo, pues, podían introducir los explosivos, por pequeños que fueran? Lo descubrí precisamente en la Estatua, y por eso iba tan preocupada que tropecé con usted, Lash.

—Vamos, señorita Goring, ¿cómo lo descubrió? —pidió suavemente un federal de cabello canoso—. Soy el inspector Mason, jefe del Departamento de Contraespionaje y Seguridad Nacional. Hable, hija mía, sin miedo alguno. Trate de recordar…

—Yo siempre llevaba conmigo una radio de pilas. Es una afición inveterada en mí, y sólo en una ocasión la olvidaba en el teatro, tras un ensayo, y Gallagher me lo recordó. Ese interés de nuestro regidor podía ser normal, pero me hizo sospechar, y sopesé la radio en su estado normal durante varias veces, hasta hacerme una idea exacta de su peso. Cuando me la eché al hombro para visitar la Estatua de la Libertad me pareció advertir mayor peso del habitual. Una vez dentro del monumento, como hacía muchas veces, la dejé sobre una repisa de piedra, mientras contemplaba el panorama desde arriba. Cuando la recuperé, no tuve duda alguna de que pesaba menos otra vez.

—¡Siga! —apremió, anhelante, el inspector Mason, del F. B. I.

—La examiné en un aparte, con toda rapidez, y faltaba una pila, la más pequeña de las dos que lleva dentro.

—¡Una pila! —Mason rugió, volviéndose a los demás—. ¡Dígales que busquen una pila diminuta, de las de radio portátil, en el último rincón de la Estatua! ¡Y añada que corren mayor peligro de muerte a cada minuto que transcurre! Por lo menos ahora, ya saben lo que hay que buscar… Gracias, señorita Goring. Nos ha prestado usted un servicio inestimable. Y el señor Lash también. Wade, esto va a ayudarle mucho con nosotros.

—Gracias, inspector —el tono de Wade era amargo—. Ya era hora de que el F. B. I, y yo hiciéramos buenas migas, ¿no le parece?

—Nunca es tarde para rectificar, Lash —sonrió Mason—.

Después de todo, el juego prohibido y la pillería no son delitos tan graves como la traición, el sabotaje o la labor de espías al servicio de las potencias extranjeras enemigas de nuestra patria. Y usted nos ha ayudado inestimablemente a deshacer esa organización.

Wade asintió sin decir palabra. Sentóse junto al lecho de Ada, tomó una de sus manos impulsivamente, y le preguntó:

—Ada, dígame una cosa: cuando yo fui a verla al teatro, ¿qué pensó de mí?

—Primeramente, que era usted uno de la organización, enviado para sonsacarme o vigilarme de cerca. Sabía que pronto iban a recelar de mí, y tenía miedo a la droga. He leído cosas sobre drogas de ésas, Lash.

—¿Y después?

—Después comprendí que nada sabía, que había entrado por accidente en mi vida y que podía llegar a ser un buen amigo. Por eso tuve miedo y le cité fuera del teatro. Ellos debieron creer que usted era peligroso para sus planes. Y resolvieron hacerme desaparecer.

»Gallagher entró en mi camerino nada más irse usted… y me puso algo húmedo en la cara. Un olor muy fuerte me invadió, aturdiéndome… y no recuerdo nada más, hasta que desperté, sintiendo seca la garganta y los labios… Pedí agua… Entonces volví a verle allí, vestido de enfermero, pistola en mano. Me sentí mejor, más segura…

—Y lo estaba —asintió Mason—. Wade salvó su vida y muchas más.

Enhorabuena, muchacho.

—Gracias. —Wade se puso en pie—. Bien, Ada. Ahora he de marcharme. Nos veremos más tarde.

—¿Cuándo? —preguntó ella débilmente.

—No sé… —Sintió un nudo en la garganta, una profunda amargura en todo su ser. Pensó: «¿Por qué, Dio§ mío? ¿Por qué ha tenido que ocurrir esto *después* de lo de Dorset y no antes? ¿Por qué tengo que morir ahora, cuando la he conocido a ella?». Pero se contuvo, tragó saliva y agregó sordamente—. No sé, Ada. Tal vez mañana…

—No suena a sincero, Lash —sonrió la pelirroja desde su lecho. Y ahora fue ella la que le tendió su mano trémula, débil aún. Estaba

hermosa como nunca, con aquella dorada palidez—. ¿Es que no le gusta verme tal vez?

—No diga eso. Yo… —Iba a decir muchas cosas. Se contuvo—. Yo le prometo venir… en cuanto me sea posible.

—Eso es muy vago, Lash.

—Mi vida ha sido siempre algo presidido por la vaguedad y la incertidumbre, Ada. Sólo usted le ha traído un soplo de firmeza. Por usted he hecho muchas cosas que jamás hubiera hecho por nadie. Soy egoísta, lo admito. No me crea un patriota. Pensaba en su vida cuando hice lo que hice.

—A Lash le gusta parecer siempre mucho peor de lo que es —sonrió otro federal, un agente conocido por Wade, de la represión del vicio—. Pero en el fondo es un buen chico. Demasiado noble para trabajar con Moran. ¿Cuándo te desligarás de esa rata, Wade?

—Pronto. —Lash sonrió. No mentía ahora—. Muy pronto, esté seguro… Adiós, Ada.

—¿Adiós? —Ella retuvo su mano con fuerza—. Es una despedida, Wade.

—Toda despedida es siempre un adiós. ¿Quién sabe nunca si hemos de volvernos a ver los que cruzamos nuestras vidas por un momento?

—Nos volveremos a ver —aseguró ella—. Lo sé.

—Ojalá sea así —suspiró Wade. ¡Si supiera cómo se engañaba Ada en aquello!

—Lo será. Lo será, si usted quiere volver a mí, Wade.

—¿Volver? Lo que desearía es no apartarme de usted jamás.

—¡Lash! —El federal se echó a reír—. ¡Eso es toda una declaración!

—Todavía no —dijo vivamente Wade, apartando su mano de ella—. Todavía no, Ada…

—¿Tendré que declararme yo antes? —sonrió la muchacha.

—No, dejemos eso… aún —avanzó de espaldas hacia la puerta, sin dejar de mirar a Ada—. Ahora me voy. Tengo una cita todavía… Una cita a las seis de la madrugada. Llego algo tarde…

—¿Es con una chica? —dijo ella, sarcástica.

—No. Es otra clase de cita. De ella dependen muchas cosas. No sé cuándo terminaré. Ada, ocurra lo que ocurra, no piense nunca mal de mí. Recuérdeme… con afecto. Adiós…

—¡Wade! —llamó ella débilmente.

No quiso escucharla. Salió de la estancia. Los federales no se lo impidieron.

Tampoco le impidieron salir del edificio.

Amanecía ya. Frente al Departamento Federal en Nueva York los árboles de la Avenida formaban dos hileras iguales, simétricas. No se veía a ser viviente alguno en toda su longitud. El fondo tenía un azul lívido, fantasmal, helado…

Wade Lash comenzó a andar por la avenida, las manos hundidas en los bolsillos, la cabeza alta. Pero eso no resolvería nada. Moran podría quedar burlado.

Huiría de nuevo, o acaso no. Siempre habría uno, diez hombres dispuestos a cumplir su sentencia en él.

Y Ada Goring correría el peligro que él corriese. O si algún día llegaba a ser su mujer, se convertiría en la viuda de Wade Lash en cualquier momento. La espada de Damocles continuaría pendiente de sus cabezas. Johnny Moran no olvidaba. Su gente tampoco.

Una sentencia, era una sentencia en los bajos fondos de Nueva York. Sin apelación.

Wade no detuvo su marcha, ni siquiera la redujo o la aceleró, cuando de la hilera de árboles se despegó una silueta humana, y un hombre con el sombrero echado sobre el rostro empezó a andar tras él, a su derecha. Cuatro o cinco árboles más allá se repitió el hecho a su izquierda.

Los dos hombres siguieron sus pasos. Sin acercarse, sin intentar nada de nada…

Wade Lash era un héroe de tragedia griega, avanzando hacia el destino inexorable.

Sin miedo, sin dudas. Sin retroceder ni tener prisa.

Wade iba pensando en lo que quedaba atrás. En Ada, en dos crímenes estúpidos y cobardes… Susan, muerta por Ridges, que sin duda tenía con ella relaciones más profundas que las puramente políticas, y sabía bien sus debilidades… El profesor Robertson, cuyo único delito consistió en resistirse a la administración de la droga, hasta el punto de obcecar a sus raptores y obligarles a matarle… Una tenebrosa, horrible historia de sangre y de ferocidad, dictada por ideologías torcidas que pretendían alterar la paz y el orden de un gran pueblo. Ahora, el instrumento de ese monstruo había sido

una modesta formación teatral. Otro día sería una institución, una empresa o un solo individuo, ¿qué más daba eso? El caso era que el mal existía. Y para extirparlo era preciso estar alerta, luchar de firme, no tener piedad, como ellos no la tenían…

Pero todo esto quedaba ya atrás. Ahora iba por aquel camino rectilíneo, arbolado y triste, bajo un cielo azul-gris que pronto se teñiría de rojo. Con el rojo de su propia sangre también…

Los pistoleros seguían a espaldas suyas, inmutables y rígidos. Wade no variaba su paso tampoco. Los árboles desfilaban, desfilaban, desfilaban…

Las trece horas de plazo habían expirado. Aquél era el epílogo, el final de Wade Lash.

Nunca hubiera imaginado que lo acogiera tan serena, resueltamente. Acaso porque detrás suyo quedaba algo por lo que valía la pena morir. Algo resuelto, vidas salvadas…

Había merecido la pena también vivir esos años. ¿Qué importaba ya si Johnny Moran era su verdugo? Nada podía importar ya.

Terminaba la senda de árboles. Wade la dobló, sin inmutarse. No hacia la izquierda, sino a la derecha, precisamente donde estaba aparcado, silencioso y enorme como un extraño monstruo, aquel «Packard» negro, de bruñida carrocería y cristales corridos.

Avanzó hacia él en derechura. Había sacado sus manos de los bolsillos, pendían sus brazos a lo largo del cuerpo erguido. Se detuvo cuando uno de los cristales de atrás se bajó lentamente.

Presintió, más que vio, el brillo de unos ojos febriles y helados a la vez, clavándose en él con ironía, con insolencia.

—Hola, Wade Lash —saludó una voz sibilante, ronca, fría como el amanecer.

—Hola, Johnny Moran —respondió la voz tranquila de Wade.

—Te he estado buscando por la ciudad —siguió aquel timbre metálico, de duras aristas. El rostro del prohombre de los bajos fondos no asomó siquiera—. Por fin alguien me dijo dónde estabas.

—Lo esperaba. Nada escapa a Johnny Moran.

—Nada —una risa sibilante sonó dentro del coche. Wade no se movió. Con el rabillo del ojo advirtió la presencia rígida de los dos

pistoleros a espaldas suyas—. He oído cosas raras de ti, en la media hora que llevo pisando esta abominable cárcel de cemento que es Nueva York. Parece que te has convertido en héroe o cosa parecida, ¿eh?

—No lo sé. He intentado luchar contra seres peores que tú mismo, Moran. Hasta hoy creí que no podía haber nadie peor que Johnny Moran o que Doc Hausman.

—¿Y lo hay?

—Sí. Mucho peores. Gente que vende a su patria y a su raza. Otros que matan por servir una idea perversa, no por lucro, por ambición o por odio. Tú eres malo, Moran. Muy malo. Pero los hay peores.

—Es un consuelo —volvió a reír el hombre oculto en el coche—. Bien, Wade, ya estamos frente a frente.

—Sí.

—Ya ves que he levantado el cristal de la ventanilla. Sé que eres rápido disparando. Y muy certero. ¿No vas a intentar matarme, antes de que ordene tu ejecución?

—No.

—¿Ni has advertido al F. B. I, para que proteja al nuevo héroe nacional?

—No.

—¿Por qué, Wade? Sabes que he venido a una sola cosa: a matarte.

—Y yo he salido de allí a una sola cosa: a morir. Terminemos cuanto antes.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Ya lo veo. Eso me irrita, Lash. Todos me tienen miedo. Los he visto morir implorando, llorando o en silencio. Una y otra vez el llanto, las súplicas o el mutismo eran dictados por igual razón: el terror a la muerte. Nadie habló conmigo como tú lo estás haciendo. Al principio creí que tu paseo hasta el coche era una trampa.

—No lo es.

—También lo veo. No te comprendo, Wade. Y la gente a quien no comprendo me da miedo.

—Hablamos demasiado, Moran. Vamos ya.

Reinó un silencio. Un largo cañón metálico asomó

silenciosamente por la ventanilla. Era una pistola automática de calibre 45, provista de silenciador. El arma predilecta personal de Johnny Moran. Él mismo iba a cumplir su sentencia…

Wade no se movió. Su pensamiento fue a Dios, a Ada Goring…

—Adiós, Wade Lash —dijo sordamente la voz de Johnny Moran —. Es la última vez que nos veremos tú y yo en este mundo.

Siguió esperando. No ocurría nada. Y ya enrojecía el horizonte tras los rascacielos recortados sobre el azul frío del amanecer. Miró, sorprendido, hacia la ventanilla. No había arma alguna asomada. Subía el cristal.

Captó una sombra que se movía tenuemente, reclinándose en el asiento. Una mano enguantada hizo un gesto al conductor. El «Packard» negro se puso en marcha lentamente…

Wade Lash no comprendía nada. Estuvo a punto de gritar, de correr tras el coche, de implorarle la muerte rápida a Johnny Moran. Pero no hizo nada de eso.

Siguió quieto, rígido, como clavado en el asfalto gris de la avenida. Tras él uno de los pistoleros comentó:

—Te has salvado, Lash. Es el indulto de Johnny Moran. No vuelvas nunca a sus dominios. Para él has dejado de existir.

Wade giró en redondo, se encaró patéticamente con ellos.

—Pero ¿por qué? —gimió, extendiendo sus manos—. ¿Por qué, decidme?

—Nadie puede saberlo —dijo gravemente el pistolero que hablara—. Busca la respuesta en ti mismo, Lash.

Dieron media vuelta, se alejaron por el camino, sus anchas espaldas vueltas hacia Wade. Poco después, no eran sino dos puntitos en la distancia. Del «Packard» negro, ya no quedaba nada.

Lash irguió la cabeza. Una dorada claridad solar hirió sus ojos brillantes, febriles, abiertos a una nueva vida.

Una vida que empezaba allí, después de trece horas de espera. Después de toda una vida errónea.

Era tiempo de rectificar. Era tiempo de volver al camino sin sombras. Y aquel camino sólo tenía una dirección.

Wade volvió sobre sí mismo lentamente. Comenzó a andar de nuevo con los árboles a los lados. Pero la avenida recta, que terminaba en el edificio federal neoyorquino, ya no era triste ni sombría.

Tenía la luminosidad de un nuevo amanecer.

Y allá, al fondo, la razón de una vida diferente: Ada Goring…

Wade Lash empezó a caminar con más y más vitalidad. Sus pasos eran largos, rápidos, firmes.

Su figura se irguió, recortada contra el rojo y azul de la aurora. Pareció agigantarse sobre el fondo del rascacielos.

Avanzaba, resuelto y lleno de esperanzas, hacia un futuro nuevo y radiante.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.